
AR VALLEJO
EL
UNGSTENO

César Vallejo

EL TUNGSTENO

(Novela)



edición de cultura universitaria
F. de C. P.
lima - perú

I

Dueña, por fin, la empresa norteamericana "Mining Society", de las minas de tungsteno de Quivilca, en el departamento del Cuzco, la gerencia de Nueva York dispuso dar comienzo inmediatamente a la extracción del mineral.

Una avalancha de peones y empleados salió de Colca y de los lugares del tránsito, con rumbo a las minas. A esa avalancha siguió otra y otra, todas contratadas para la colonización y labores de minería. La circunstancia de no encontrar en los alrededores y comarcas vecinas de los yacimientos, ni en quince leguas a la redonda, la mano de obra necesaria, obligaba a la empresa a llevar, desde lejanas aldeas y poblaciones rurales, una vasta indiada, destinada al trabajo de las minas.

El dinero empezó a correr aceleradamente y en abundancia nunca vista en Colca, capital de la provincia en que se hallaban situadas las minas. Las transacciones comerciales adquirieron proporciones inauditas. Se observaba por todas partes, en las bodegas y mercados, en las calles y plazas, personas ajustando compras y operaciones económicas. Cambiaban de dueños

gran número de fincas urbanas y rurales, y bullían constantes ajetreos en las notarías públicas y en los juzgados. Los dólares de la "Mining Society" habían comunicado a la vida provinciana, antes tan apacible, un movimiento inusitado.

Todos mostraban aire de viaje. Hasta el modo de andar, antes lento y dejativo, se hizo rápido e impaciente. Transitaban los hombres, vestidos de caqui, polainas y pantalón de montar, hablando con voz que también había cambiado de timbre, sobre dólares, documentos, cheques, sellos fiscales, minutas, cancelaciones, toneladas, herramientas. Las mozas de los arrabales salían a verlos pasar y una dulce zozobra las estremecía, pensando en los lejanos minerales, cuyo exótico encanto las atraía de modo irresistible. Sonreían y se ponían coloradas, preguntando:

—¿Se va usted a Quivilca?

—Sí. Mañana muy temprano.

—¡Quién como los que se van! ¡A hacerse ricos en las minas!

Así venían los idilios y los amores, que habrían de ir luego a anidar en las bóvedas sombrías de las vetas fabulosas.

En la primera avanzada de peones y mineros marcharon a Quivilca los gerentes, directores y altos empleados de la empresa. Iban allí, en primer lugar, místers Taik y Weiss, gerente y subgerente de la "Mining Society"; el cajero de la empresa, Javier Machuca; el ingeniero peruano Baldomero Rubio, el comerciante José Marino, que había tomado la exclusiva del bazar y de la contrata de peones para la "Mining Society"; el comisario del asiento minero, Baldazari, y el agrimensor Leónidas Benites, ayudante de Rubio. Este traía a su mujer y dos

hijos pequeños. Marino no llevaba más parientes que un sobrino de unos diez años, a quien le pegaba a menudo. Los demás iban sin familia.

El paraje donde se establecieron era una despoblada falda de la vertiente oriental de los Andes, que mira a la región de los bosques. Allí encontraron, por todo signo de vida humana, una pequeña cabaña de indígenas, los soras. Esta circunstancia, que les permitiría servirse de los indios como guías en la región solitaria y desconocida, unida a la de ser ése el punto que, según la topografía del lugar, debía servir de centro de acción de la empresa, hizo que las bases de la población minera fuesen echadas en torno a la cabaña de los soras.

Azarosos y grandes esfuerzos hubo de desplegarse para poder establecer definitiva y normalmente la vida en aquellas punas y el trabajo en las minas. La ausencia de vías de comunicación con los pueblos civilizados, a los que aquel paraje se hallaba apenas unido por una abrupta ruta para llamas, constituyó, en los comienzos, una dificultad casi invencible. Varias veces se suspendió el trabajo por falta de herramientas y no pocas por hambre e intemperie de la gente, sometida bruscamente a la acción de un clima glacial e implacable.

Los soras, en quienes los mineros hallaron todo género de apoyo y una candorosa y alegre mansedumbre, jugaron allí un rol cuya importancia llegó a adquirir tan vastas proporciones, que en más de una ocasión habría fracasado para siempre la empresa, sin su oportuna intervención. Cuando se acababan los víveres y no venían otros de Colca, los soras cedían sus granos, sus ganados, artefactos y servicios personales, sin tasa ni reserva, y, lo que es más, sin remuneración alguna. Se contentaban con vivir

en armoniosa y desinteresada amistad con los mineros, a los que los soras miraban con cierta curiosidad infantil, agitarse día y noche, en un forcejeo sistemático de aparatos fantásticos y misteriosos. Por su parte, la "Mining Society" no necesitó, al comienzo, de la mano de obra que podían prestarles los soras en los trabajos de las minas, en razón de haber traído de Colca y de los lugares del tránsito una peonada numerosa y suficiente. La "Mining Society" dejó, a este respecto, tranquilos a los soras, hasta el día en que las minas reclamasen más fuerzas y más hombres. ¿Llegaría ese día? Por el instante, los soras seguían viviendo fuera de las labores de las minas.

—¿Por qué haces siempre así? — le preguntó un sora a un obrero que tenía el oficio de aceitar grúas.

—Es para levantar la cangalla.

—¿Y para qué levantas la cangalla?

—Para limpiar la veta y dejar libre el metal.

—¿Y qué vas a hacer con metal?

—¿A ti no te gusta tener dinero? ¡Qué indio tan bruto!

El sora vio sonreir al obrero y él también sonrió maquinalmente, sin motivo. Le siguió observando todo el día y durante muchos días más, tentado de ver en qué paraba esa maniobra de aceitar grúas. Y otro día, el sora volvió a preguntar al obrero, por cuyas sienes corría el sudor:

—¿Ya tienes dinero? ¿Qué es dinero?

El obrero respondió paternalmente, haciendo sonar los bolsillos de su blusa:

—Esto es dinero. Fíjate. Esto es dinero. ¿Lo oyes?...

Dijo el obrero esto y sacó a enseñarle varias monedas de níquel. El sora las vio, como una criatura que no acaba de entender una cosa:

—¿Y qué haces con dinero?

—Se compra lo que se quiere. ¡Qué bruto eres, muchacho!

Volvió el obrero a reírse. El sora se alejó saltando y silbando.

En otra ocasión, otro de los soras, que contemplaba absortamente y como hechizado a un obrero que martillaba en el yunque de la forja, se puso a reír con alegría clara y retozona. El herrero le dijo:

—¿De qué te ríes, cholito? ¿Quieres trabajar conmigo?

—Sí. Yo quiero hacer así.

—No. Tú no sabes, hombre. Esto es muy difícil.

Pero el sora se empecinó en trabajar en la forja. Al fin, le consintieron y trabajó allí cuatro días seguidos, llegando a prestar efectiva ayuda a los mecánicos. Al quinto, al mediodía, el sora puso repentinamente a un lado los lingotes y se fue.

—Oye —le observaron—, ¿por qué te vas? Sigue trabajando.

—No —dijo el sora—. Ya no me gusta.

—Te van a pagar. Te van a pagar por tu trabajo. Sigue no más trabajando.

—No. Ya no quiero.

A los pocos días, vieron al mismo sora echando agua con un mate a una batea, donde lavaba trigo una muchacha. Después se ofreció a llevar la punta de un cordel en los socavones. Más tarde, cuando se empezó a cargar el mineral de la bocamina a la oficina de ensayos, el mismo sora

estuvo llevando las parihuelas. El comerciante Marino contratista de peones, le dijo un día:

—Ya veo que tú también estás trabajando. Muy bien, cholito, muy bien. ¿Quieres que te "socorra"? ¿Cuánto quieres?

El sora no entendía este lenguaje de "socorro" ni de "cuánto quieres". Sólo quería agitarse y obrar y entretenerse, y nada más. Porque no podían los soras estarse quietos. Iban, venían, alegres, acezando, tensas las venas y erecto el músculo en la acción, en los pastoreos, en la siembra, en el aporque, en la caza de vicuñas y guanacos salvajes, o trepando las rocas y precipicios, en un trabajo incesante y, diríase, desinteresado. Carecían en absoluto del sentido de la utilidad. Sin cálculo ni preocupación sobre sea cual fuese el resultado económico de sus actos, parecían vivir la vida como un juego expansivo y generoso. Demostraban tal confianza en los otros, que en ocasiones inspiraban lástima. Desconocían la operación de compra-venta. De aquí que se veían escenas divertidas al respecto.

—Véndeme una llama para charqui.

Entregado era el animal, sin que se diese y ni siquiera fuese reclamado su valor. Algunas veces les daban por la llama una o dos monedas, que ellos recibían para volverlas a entregar al primer venido y a la menor solicitud.

* * *

Apenas instalada en la comarca la población minera, empleados y peones fueron prestando atención a la necesidad de rodearse de los elementos de vida que, aparte de los que venían de fuera, podía ofrecerles el lugar, tales como animales de trabajo, llamas para carne, granos alimenticios y otros. Sólo que había que

llevar a cabo un paciente trabajo de exploración y desmonte en las tierras incultas para convertirlas en predios labrantíos y fecundos.

El primero en operar sobre las tierras, con miras no sólo de obtener productos para su propia subsistencia, sino de enriquecerse a base de la cría y del cultivo, fue el dueño del bazar y contratista exclusivo de peones de Quivilca, José Marino. Al efecto, formó una sociedad secreta con el ingeniero Rubio y el agrimensor Benites. Marino tomó a su cargo la gerencia de esta sociedad, dado que él, desde el bazar, podía manejar el negocio con facilidades y ventajas especiales. Además Marino poseía un sentido económico extraordinario. Gordo y pequeño, de carácter socarrón y muy avaro, el comerciante sabía envolver en sus negocios a las gentes, como el zorro a las gallinas. En càmbio, Baldomero Rubio era un manso, pese a su talle alto y un poco encorvado en los hombros, que le daba un asombroso parecido de cóndor en acecho de un cordero. En cuanto à Leónidas Benites, no pasaba de un asustadizo estudiante de la Escuela de Ingenieros de Lima, débil y mojigato, cualidades completamente nulas y hasta contraproducentes en materia comercial.

José Marino puso el ojo, desde el primer momento, en los terrenos, ya sembrados, de los soras y resolvió hacerse de ellos. Aunque tuvo que vérselas en apretada competencia con Machuca, Baldazari y otros, que también empezaron a despojar de sus bienes a los soras, el comerciante Marino salió ganando en esta justa. Dos armas le sirvieron para el caso: el bazar y su cinismo excepcional.

Los soras andaban seducidos por las cosas, raras para sus mentes burdas y salvajes, que veían en el bazar: franelas en colores, botellas pintorescas, paquetes polícromos, fósforos, cara-

melos, baldes brillantes, transparentes vasos, etc. Los soras se sentían atraídos al bazar, como ciertos insectos a la luz. José Marino hizo el resto con su malicia de usurero.

—Véndeme tu chacra del lado de tu choza — les dijo un día en el bazar, aprovechando de la fascinación en que estaban sumidos lo soras ante las cosas del bazar.

—¿Qué dices, taita?

—Que me des tu chacra de ocas y yo te doy lo que quieras de mi tienda.

—Bueno, taita.

La venta, o, mejor dicho, el cambio, quedó hecho. En pago del valor del terreno de ocas, José Marino le dio al sora una pequeña garrafa azul, con flores rojas.

—¡Cuidado que la quiebres! — le dijo paternalmente Marino.

Después le enseñó cómo debía llevar la garrafa el sora, con mucho tiento, para no quebrarla. El indio, rodeado de otros dos soras, llevó la vasija lentamente a su choza, paso a paso, como una custodia sagrada. Recorrieron la distancia —que era de un kilómetro— en dos horas y media. La gente salía a verlos y se moría de risa.

El sora no se había dado cuenta de si esa operación de cambiar su terreno de ocas con una garrafa, era justa o injusta. Sabía en sustancia que Marino quería su terreno y se lo concedió. La otra parte de la operación —el recibo de la garrafa— la imaginaba el sora como separada e independiente de la primera. Al sora le había gustado ese objeto y creía que Marino se lo había cedido, únicamente porque la garrafa le gustó a él, al sora.

Y en esta misma forma siguió el comerciante apropiándose de los sembríos de los soras, que ellos seguían, a su vez, cediendo a cambio

de pequeños objetos pintorescos del bazar y con la mayor inocencia imaginable, como niños que ignoran lo que hacen.

Los soras, mientras por una parte se deshacían de sus posesiones y ganados en favor de Marino, Machuca, Baldazari y otros altos empleados de la "Mining Society", no cesaban, por otro lado, de bregar con la vasta y virgen naturaleza, asaltando en las punas y en los bajíos, en la espesura y en los acantilados, nuevos oasis que surcar y nuevos animales para amansar y criar. El despojo de sus intereses no parecía infligirles el más remoto perjuicio. Antes bien, les ofrecía ocasión para ser más expansivos y dinámicos, ya que su ingénita movilidad hallaba así más jubiloso y efectivo empleo. La conciencia económica de los soras era muy simple: mientras pudiesen trabajar y tuviesen cómo y dónde trabajar, para obtener lo justo y necesario para vivir, el resto no les importaba. Solamente el día en que les faltase dónde y cómo trabajar para subsistir, sólo entonces abrirían acaso los ojos y opondrían a sus explotadores una resistencia seguramente encarnizada. Su lucha con los mineros, sería entonces a vida o muerte. ¿Llegaría ese día? Por el momento, los soras vivían en una especie de permanente retirada, ante la invasión, astuta e irresistible de Marino y compañía.

Los peones, por su parte, censuraban estos robos a los soras, con lástima y piedad.

—¡Qué temeridad! —exclamaban los peones, echándose cruces—. ¡Quitarles sus sembríos y hasta su barraca! ¡Y botarlos de lo que les pertenece! ¡Qué pillería!

Alguno de los obreros observaba:

—Pero si los mismos soras tienen la culpa. Son unos zonzos. Si les dan el precio, bien; si

no les dan, también. Si les piden sus chacras, se ríen como una gracia y se la regalan en el acto. Son unos animales. ¡Unos estúpidos! ¡Y más pagados de su suerte! . . . ¡Que se frieguen!

Los peones veían a los soras como si estuviesen locos o fuera de la realidad. Una vieja, la madre de un carbonero, tomó a uno de los soras por la chaqueta, refunfuñando muy en cólera:

—¡Oye, animal! ¿Por qué regalas tus cosas? ¿No te cuestan tu trabajo? ¿Y ya te vas a reir? . . . ¿No ves? Ya te vas a reir. . .

La señora se puso colorada de ira, y por poco no le da un tirón de orejas. El sora, por toda respuesta, fue a traerle un montón de ollucos, que la vieja rechazó, diciendo:

—Pero si yo no te digo para que me des nada. Llévate tus ollucos.

Luego la asaltó un repentino remordimiento, poniéndose en el caso de que fuesen aceptados por ella los ollucos, y puso en el sora una mirada llena de ternura y de piedad.

En otra ocasión, la mujer de un picapedrero derramó lágrimas, de verles tan desprendidos y desarmados de cálculo y malicia.

Les había comprado una cosecha de zapallos ya recolectados, por los que, en vez de darles el valor prometido, les había dicho a última hora, poniendo en la mano del sora unas monedas:

—Toma cuatro reales. No tengo más. ¿Quieres?

—Bueno, mama —dijo el sora.

Pero como la mujer necesitase dinero para remedios de su marido, cuya mano fue volada con un dinamitazo en las vetas, y viese que todavía podía apartar de los cuatro reales algo más para sí, le volvió a decir, suplicante:

—Toma mejor tres reales solamente. El otro lo necesito.

—Bueno, mama.

La pobre mujer cayó aún en la cuenta de que podía apartar un real más. Le abrió la mano al sora y le sacó otra moneda, diciéndole, vacilante y temerosa:

—Toma mejor dos reales. Lo demás te lo daré otro día.

—Bueno, mama — volvió a contestar, impasible, el sora.

Fue entonces que aquella mujer bajó los ojos, enternecida por el gesto de bondad inocente del sora. Apretó en la mano los dos reales que habrían de servir para el remedio del marido y la estremeció una desconocida y entrañable emoción, que la hizo llorar toda la tarde.

* * *

En el bazar de José Marino solían reunirse, después de las horas de trabajo, a charlar y a beber coñac —todos trajeados y forrados de gruesas telas y cueros contra el frío—, místers Taik y Weiss, el ingeniero Rubio, el cajero Machuca, el comisario Baldazari y el preceptor Zavala, que acababa de llegar a hacerse cargo de la escuela. A veces, acudía también Leónidas Benites, pero no bebía casi y solía irse muy temprano. Allí se jugaba también a los dados, y, si era domingo, había borrachera, disparos de revólver y una crápula bestial.

Al principio de la tertulia, se hablaba de cosas de Colca y de Lima. Después, sobre la guerra europea. Luego se pasaba a tópicos relativos a la empresa y a la exportación de tungsteno, cuya cotizaciones aumentaban diariamente. Por fin se departía sobre lo chismes de las minas, las domésticas murmuraciones vinculadas a la

vida privada. Al llegar al caso de los soras, Leónidas Benites decía, con aire de filósofo y en tono redentor y dolorido:

—¡Pobres soras! Son unos cobardes y unos estúpidos. Todo lo hacen porque no tienen coraje para defender sus intereses. Son incapaces de decir no. Raza endeble, servil, humilde hasta lo increíble. ¡Me dan pena y me dan rabia!

Marino, que ya estaba en sus copas, le salía al encuentro:

—Pero no crea usted. No crea usted. Los indios saben muy bien lo que hacen. Además, esa es la vida: una disputa y un continuo combate entre los hombres. La ley de la selección. Uno sale perdiendo, para que otro salga ganando. Mi amigo: usted, menos que nadie . . .

Estas últimas palabras eran dichas con marcado retintín. Y todo, por la manía de socarronear y acallar a los demás, que era rasgo dominante en el carácter de Marino. Benites comprendía la alusión y se turbaba visiblemente, sin poder replicar a un hombre fanfarrón, y que, además, estaba borracho. Pero los contertulios sorprendían el detalle, gritando a una voz y con burla:

—¡Ah! ¡Claro! ¡Natural, natural!

El ingeniero Rubio, rayando con la uña, según su costumbre, el zinc del mostrador, argumentaba con su voz tartamuda y lejana:

—No, señor. A mí me parece que a estos indios les gusta la vida activa, el trabajo, abrir brechas en las tierras vírgenes, ir tras de los animales salvajes. Esa es su costumbre y su manera de ser. Se deshacen de sus cosas, sólo por lanzarse de nuevo en busca de otros ganados y otras chozas. Y así viven contentos y felices. Ignoran lo que es el derecho de la propiedad y creen que todos pueden agarrar indis-

tintamente las cosas. ¿Recuerdan ustedes lo de la puerta? . . .

—¿Lo de la puerta de la oficina? — interrogó el cajero, tosiendo.

—Exactamente. El sora, de buenas a primeras, echó la puerta al hombro y se la llevó a colocar en su corral, con el mismo desenfado y seguridad del que toma una cosa que es suya.

Una carcajada resonó en el bazar.

—¿Y qué hicieron con él? Es divertido.

Cuando le preguntaron a dónde llevaba la puerta, "A mi cabaña", contestó sonriendo con un candor cómico e infantil. Naturalmente, se la quitaron. Creía que cualquiera podía apropiarse de la puerta, si necesitaba de ella. Son divertidos.

Marino dijo, guiñando el ojo y echando toda la barriga:

—Se hacen los tontos. ¡Son unas balas!

A cuyo concepto se opuso Benites, poniendo una cara de asco y piedad:

—¡Nada, señor! Son unos débiles. Se dejan despojar de lo que les pertenece, por pura debilidad.

Rubio se exasperó:

—¿Llama usted débiles a quienes se enfrentan a los bosques y jalcas, entre animales feroces y toda clase de peligros, a buscarse la vida? ¡A que no lo hace usted, ni ninguno de los que estamos aquí!

—Eso no es valor, amigo mío. Valor es luchar de hombre a hombre; el que echa abajo al otro, ése es el valiente. Lo demás es cosa muy distinta.

—¿Así es que usted cree que la fuerza de un hombre, su valor, ha sido creada para invertirla en echar abajo a otro hombre? . . . ¡Magnífico! A mí me parecía que el valor de un in-

dividuo debe servirle para trabajar y hacer la riqueza colectiva, y no para usarlo como arma ofensiva contra los demás. ¡Su teoría es maravillosa! . . .

—Ni más ni menos. Yo soy una persona incapaz de hacer daño a nadie. Todos me conocen. Pero yo me creo obligado a defender mi vida e intereses, si se me ataca y me despojan de ellos.

Marino terció:

—Yo no digo nada. En boca cerrada no entran moscas . . . ¿Qué, se bebe? ¿Quién manda? ¡Vamos! ¡Déjense de zonceras!

El agrimensor no le hizo caso:

—Aquí, por ejemplo, he venido a trabajar, no para dejarme quitar lo que yo gane, sino para reunir dineros que me faltan. Por lo demás, yo no quito a nadie nada, ni quiero echar a tierra a ningún hijo de vecino.

Marino se cansaba de preguntar quién pedía las copas, y como Benites, su socio en lo de la cría y los cultivos, no le hiciese caso, embebecido como estaba en la discusión, el comerciante dijo, con una risa de cortante ironía, para hacerle callar:

—Yo no digo nada. ¡Benites! ¡Benites! ¡Benites! . . . Acuérdese de que en boca cerrada no entran moscas . . .

El cajero Machuca tuvo un acceso de tos, pasado el cual dijo, congestionadas por el esfuerzo las mantecas de su cuello:

—Yo sé decir . . .

Le volvió la tos.

—Yo sé decir que . . .

No podía continuar. Tosió durante algún tiempo, y al fin, pudo desahogarse:

—Los soras son unos indios duros, insensibles al dolor ajeno y que no se dan cuenta de nada. He visto el otro día a uno de ellos sus-

penderse a una cuerda, que sujetaba por el otro extremo un muchacho, arrollada a la cintura. El sora, con el peso de su cuerpo, templó la soga y la ajustó de tal manera, que iba a cortarle la cintura al otro, que no tenía cómo deshacerse y pataleaba de dolor, poniendo morada la cara y echando la lengua. El sora le veía, y, sin embargo, seguía en su maroma riéndose como un idiota. Son unos crueles y despiadados. Unos fríos de corazón. Les falta ser cristianos y practicar las virtudes de la Iglesia.

—¡Bravo! ¡Bien dicho! ¿Pide usted las copas? — dijo Marino.

—Déjeme, que estoy hablando . . .

—Pero pide usted . . .

—¡Maldito sea! Sirva usted no más . . .

Leónidas Benites no hacía más que expresar por medio de palabras lo que practicaba en la realidad de su conducta cotidiana. Benites era la economía personificada y defendía el más pequeño centavo, con un celo edificante. Vendrían días mejores, cuando se haya hecho un capitalito y se pueda salir de Quivilca, para emprender un negocio independiente en otra parte. Por ahora, había que trabajar y ahorrar, sin otro punto de vista que el porvenir. Benites no ignoraba que en este mundo, el que tiene dinero es el más feliz, y que, en consecuencia, las mejores virtudes son el trabajo y el ahorro, que procuran una existencia tranquila y justa, sin ataques a lo ajeno, sin vituperables manejos de codicia y despecho y otras bajas inclinaciones, que producen la corrupción y la ruina de personas y sociedades. Leónidas Benites solía decir a Julio Zavala, maestro de escuela:

—Debía usted enseñar a los niños dos únicas cosas: trabajo y ahorro. Debía usted resumir la doctrina cristiana en esos dos apotegmas supremos, que en mi concepto, sintetizan la mo-

ral de todos los tiempos. Sin trabajo y sin ahorro, no es posible tranquilidad de conciencia, caridad, justicia, nada. Esa es la experiencia de la historia. ¡Lo demás son pamplinas!

Después, emocionándose y dando una inflexión de sinceridad a sus palabras, añadía:

—A mí me crió una mujer y vivo agradecido a ella, por haberme dado la educación que tengo. Por eso puedo manejarme de la manera que todos conocen: trabajando día y noche y esforzándome en hacerme una posición económica, bien humilde por cierto, pero libre y honrada.

Y su crónica mueca de angustia se desembarazaba. Le brillaban los ojos. Como si se acordase de algo, explicaba a Julio Zavala:

—Y no crea usted . . . Una cosa es el ahorro y otra cosa es la avaricia. De Marino a mí, por ejemplo, hay esa distancia: de la avaricia al ahorro. Usted ya me comprende, mi querido amigo . . .

El preceptor daba señal de que le comprendía, y luego parecía reflexionar hondamente en las ideas de Benites.

El agrimensor tenía, en general, íntima y sólida convicción de que era un joven de bien, laborioso, ordenado, honorable y de gran porvenir. Siempre estaba aludiendo a su persona, señalándose como un paradigma de vida, que todos debían imitar. Esto último no lo expresaba claramente, pero fluía de sus propias palabras, pronunciadas con dignidad apostólica y ejemplar, en ocasiones en que se perfilaban problemas de moral y de destino entre sus amistades. Peroraba entonces extensamente sobre el bien y el mal, la verdad y la mentira, la sinceridad y el tartufismo y otros temas importantes.

* * *

Debido a la vida ordenada que llevaba Leónidas Benites, jamás sufrió quebranto alguno su salud.

—¡Pero el día en que se enferme usted! . . . —vociferaba José Marino, que en Quivilca se las echaba de médico empírico— ya no levanta nunca!

Leónidas Benites, ante estas palabras sombrías cuidaba aún más de su conservación. La higiene de su cuarto y de su persona era de una pulcritud esmerada, no dejando nada que tachársela. Andaba siempre buscando el bienestar físico, valiéndose de una serie de actos que nadie sino él, con su paciente meticulosidad de anciano desconfiado, podía realizar. Por la mañana, ensayaba, antes de salir a su trabajo, distintas ropas interiores, para ver cuál se conformaba mejor al tiempo reinante y al estado de su salud, no escaseando ocasiones en que volvía de mitad del camino, a ponerse otra camiseta o calzoncillo, porque había mucho frío o porque los que llevó le daban un abrigo excesivo. Lo mismo ocurría con el uso de las medias, calzado, sombrero, chompa y aun con los guantes y su cartera de trabajo. Si caía nieve, no solo cargaba con el mayor número de papeles, reglas y cuerdas, sino que, para ejercitarse más sacaba sus niveles, trípodes y teodolitos, anque no tuviese nada que hacer con ellos. Se le veía otras veces agitarse y saltar y correr como un loco, hasta ya no poder. Otras veces, no salía de su cuarto por nada, y si alguien venía abría con sigilo y lentamente la puerta, a fin de que no entrase de golpe el ventisquero. Pero si había sol, abría todas las puertas y ventanas de par en par y no quería cerrarlas. Así es como un día, estando Benites en la oficina del cajero, el muchacho a quien dejó cuidando la puerta abierta de

su cuarto se distrajo y entraron a robarle el anafe y el azúcar.

Mas no era esto todo. Tratándose de medidas previsoras contra el contagio de los males, su pulcritud era mayor. De nadie recibía así no más un bocado o bebida. sino exorcisándola previamente y echando sobre las cosas cinco cruces, ni una más ni una menos. El cajero vino a verle un domingo en la mañana, en que la cocinera le acababa de traer de regalo un plato de humitas calientes. Entró el cajero en el preciso momento en que Leónidas Benites echaba la tercera cruz sobre las humitas. Olvidó la cuenta de las cruces y este fue el motivo por el cual ya no se atrevió a probar del regalo y se lo dio al perro. Poco afecto a tender la mano era. Cuando se veía obligado a hacerlo, tocaba apenas con la punta de los dedos la mano del otro, y luego permanecía preocupado, con una mueca de asco, hasta que podía ir a lavarse con dos clases de jabón desinfectante, que nunca le faltaba. Todo en su habitación estaba siempre en su lugar, y él mismo, Benites, estaba siempre en su lugar trabajando, meditando, durmiendo, comiendo o leyendo ***Ayúdate***, de Smiles, que consideraba la mejor obra moderna. En los días feriados de la Iglesia, hojeaba el Evangelio según San Mateo, librito fileteado de oro, que su madre le enseñó a amar y a comprender en todo lo que él vale para los verdaderos cristianos.

Con el correr del tiempo, su voz se había apagado mucho, a consecuencia de las nieves de la cordillera. Esta circunstancia aparecía como un defecto de los peores a los ojos de José Marino, su socio, con quien frecuentemente disputaba por esta causa.

—¡No se haga usted! ¡No se haga usted! —le decía Marino, en tono socarrón y en pre-

sencia de los parroquianos del bazar—. ¡Hable usted fuerte, como hombre! ¡Déjese de humildades y santurronerías! Ya está usted viejo, para hacerse el tonto. Beba bien, coma bien, enamore y ya verá usted cómo se le aclara la voz . . .

Algo respondía Leónidas Benites, que en medio de las risas provocadas por las frases picantes de Marino, no se podía oír. Su socio, entonces, le gritaba con mofa:

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Qué cosa? ¡Pero si no se le oye nada! . . .

Las risas redoblaban. Leónidas Benites, herido en lo profundo por la burla y el escarnio de los otros, se ponía más colorado y acababa por irse.

En general, Leónidas Benites no era muy querido en Quivilca. ¿Por qué? ¿Por su género de vida? ¿Por su manía moralista? ¿Por su debilidad física? ¿Por su retraimiento y desconfianza de los otros? La única persona que seguía de cerca y con afecto la vida del agrimensor era una señora, madre de un tornero, medio sorda y ya entrada en años, que tenía fama de beata y, por ende, de amiga de las buenas costumbres y de la vida austera y ejemplar. En ninguna parte se complacía de estar Leónidas Benites, descontando el rancho de la beata, con quien sostenía extensas tertulias, jugando a las cartas, comentando la vida de Quivilca, y, muy a menudo, echando alguna plática sobre graves asuntos de moral.

Una tarde vinieron a decirle a la señora que Benites estaba enfermo, en cama. La señora fue al punto a verle, hallándole, en efecto, atacado de una fiebre elevada, que le hacía delirar y debatirse de angustia en el lecho. Le preparó una infusión de eucalipto, bien cargada, con dos copas de alcohol y dispuso lo conveniente para darle un baño de mostaza. Se produciría así una

copiosa transpiración, signo seguro de haber cedido el mal, que no parecía consistir sino en un fuerte resfrío. Pero, efectuados los dos remedios, y aun cuando el enfermo empezó a sudar, la fiebre persistía y hasta crecía por momentos.

La noche había llegado y empezó a nevar. La habitación de Benites tenía la puerta de entrada y la ventanilla herméticamente cerradas. La señora tapó las rendijas con trapos, para evitar las rachas de aire. Una vela de esperma ardía y ponía toques tristes y amarillos en los ángulos de los objetos y en la cama del paciente. Según éste se moviese o cambiase de postura, movido por la fiebre, las sombras palpitaban ya breves, largas, truncas o encontradas, en los planos de su rostro cejijunto y entre las almohadas y las sábanas.

Acezaba Benites y daba voces confusas de pesadilla. La señora, abatida por la gravedad creciente del enfermo, se puso a rezar, arrodillada ante un cuadro del Corazón de Jesús, que había a la cabecera de la cama. Dobló la cabeza pálida e inexpresiva, como la mascarilla de yeso de un cadáver, y se puso a orar y gemir. Después se levantó reanimada. Dijo, junto al lecho:

—¿Benites?

Se oía ahora más baja y pausada su respiración. La señora se acercó de puntillas, inclinóse sobre la cama y observó largo rato. Habiendo meditado un momento, volvió a llamar, aparentando tranquilidad:

—¿Benites?

El enfermo lanzó un quejido oscuro y cargado de orfandad, que vino a darle en todas sus entrañas de mujer.

—¿Benites? ¿Cómo se siente usted? ¿Le haré otro remedio?

Benites hizo un movimiento brusco y pesa-

do, agitó ambas manos en el aire, como si apartase invisibles insectos, y abrió los ojos que estaban enrojecidos y parecían inundados de sangre. Su mirada era vaga y, sin embargo, amenazadora. Hizo chasquear los labios amoratados y secos, murmurando sin sentido:

—¡Nada! ¡Aquella curva es más grande! ¡Déjeme! Yo sé lo que hago! ¡Déjeme! . . .

Y se volvió de un tirón hacia la pared, doblando las rodillas y metiendo los brazos en el lecho.

En Quivilca no había médico. Lo habían reclamado a la empresa, sin resultado. Se combatía las enfermedades cada uno según su entendimiento, salvo en el caso de neumonía, en cuyo tratamiento se había especializado José Marino, el empírico del bazar. La señora que asistía a Benites no sabía si acudir al comerciante, por si fuese neumonía, o procurarse otra receta por cuenta propia, sin pérdida de tiempo. Daba mil vueltas por el cuarto, desesperada. De cuando en cuando, observaba al paciente o ponía oído a la puerta, atenta a la caída de la nieve. Podría ser que su hijo acertase a acudir en su busca o que cualquiera otro pasase, para pedirle consejo o ayuda.

A veces, el enfermo se sumía en un silencio absoluto, del que la señora no se apercibía por su sordera, pero, en general, la noche avanzaba poblándose de los gritos dolorosos y palabras del delirio. Contiguo había, por toda vecindad, un extenso depósito de mineral. El resto de los ranchos quedaba lejos, en plena falda del cerro, y había que llamar a gritos para hacerse escuchar.

La señora decidió hacerle otro remedio. Entre las cosas útiles que por precaución guardaba Benites en su mesita, encontró un poco de glicerina, sustancia que le sugirió de golpe la nueva

receta. Encendió otra vez el anafe. Habiéndose luego acercado de puntillas a la cama, examinó al paciente, que hacía rato permanecía en calma, y se percató de que dormía. Decidió entonces dejarle reposar, postergando el remedio para más tarde y para el caso de que la fiebre continuase. Fue a arrodillarse ante el lienzo sagrado y mascullò, con vehemencia dolorosa y durante mucho tiempo, largas oraciones mezcladas de suspiros y sollozos. Después se levantó y llegóse de nuevo a la cama del enfermo, enjugándose las lágrimas con un canto de su blusa de percal. Benites continuaba tranquilo.

—¡Dios es muy grande! —exclamó la señora, enternecida y con voz apenas perceptible—. ¡Ay, divino Corazón de Jesús! —añadió, levantando los ojos a la efigie y juntando las manos, henchida de inefable frenesí—. ¡Tú lo puedes todo! ¡Vela por tu criatura! ¡Ampárale y no le abandones! ¡Por tu santísima llaga! ¡Padre mío, protégenos en este valle de lágrimas! . . .

No pudo contener su emoción y se puso a llorar. Dio algunos pasos y se sentó en un banco. Allí se quedó adormecida.

Despertó de súbito. La vela estaba para acabarse y se había chorreado de una manera extraña, practicando un portillo hondo y ancho, por el que corría la esperma derretida, yendo a amontonarse y enfriarse en un solo punto de la palmatoria, en forma de un puño cerrado, con el índice alzado hacia la llama. Acomodó la vela, y como notase que Benites no había cambiado de postura y que seguía durmiendo, se inclinó a verle el rostro. "Duerme", se dijo, y resolvió no despertarle.

Leónidas Benites, en medio de las visiones de la fiebre, había mirado a menudo el cuadro del Corazón de Jesús, que pendía en su cabecera. La divina imagen se mezclaba a las imágenes del

delirio, envuelta en el blanco arrebol de la caliche del muro. Las alucinaciones se relacionaban con lo que más preocupaba a Benites en el mundo tangible, tales como el desempeño de su puesto en las minas, su negocio en sociedad con Marino y Rubio y el deseo de un capital suficiente para ir a Lima a terminar lo más pronto sus estudios de ingeniero y emprender luego un negocio por su cuenta y relacionado con su profesión. En el delirio vio que el comerciante Marino se quedaba con su dinero y le amenazaba pegarle, ayudado por todos los pobladores de Quivilca. Benites protestaba enérgicamente, pero tenía que batirse en retirada, en razón del inmenso número de sus atacantes. Caía en la fuga por escarpadas rocas, y, al doblar de golpe un recodo del terreno fragoso, se daba con otra parte de sus enemigos. El susto le hacía entonces dar un salto. El Corazón de Jesús entraba inmediatamente en el conflicto y espantaba con su sola presencia a los agresores y ladrones, para luego desaparecer súbitamente, dejándole desamparado, en el preciso momento en que míster Taik, muy enojado, le decía a Benites:

—¡Fuera de aquí! ¡La "Mining Society" le cancela el nombramiento, en razón de su pésima conducta! ¡Fuera de aquí, zamarro!

Benites le rogaba, cruzando las manos lastimeramente. Míster Taik ordenó a dos criados que le sacasen de la oficina. Venían dos soras sonriendo, como si escarneciesen su desgracia. Le cogían por los brazos, arrastrándole y le propinaban un empellón brutal. Entonces, el Corazón de Jesús acudía con tal oportunidad, que todo volvía a quedar arreglado. El Señor se esfumaba después en un relámpago.

Benites, poco después, sorprendía a un sora robándole un fajo de billetes de su caja. Se lanzaba sobre el bribón, persiguiéndole, impulsado

el de una acción meritoria, que Benites reconocía entonces con verdadera fruición paternal. Felizmente, Benites era inteligente y había cultivado con esmero su facultad discursiva y crítica, con la cual podía ahora profundizar las cosas y darles su sentido verdadero y exacto.

Muy poco le faltaba a Benites, según lo intuía, para presentarse ante el Salvador. Al razonarlo, un gran miedo le hizo arrebujarse en su propio pensamiento. De allí vino a sacarle un alfarero de Accoya, al que no veía muchos años, y a quien la madre del agrimensor solía comprarle hierba para sus cuyes, echándole maldiciones por su codicia y avaricia. Por rápida asociación de ideas, recordó que él mismo, Benites, amó también, a veces, el dinero, y quizás con exceso. Recordó que en Colca, una noche, había oído en una vasta estancia desolada, donde dormía a solas, ruido de almas en pena. Empezaron en la oscuridad a empujar la puerta, Benites tuvo miedo y guardó silencio. Rememoraba que al otro día, refirió a los vecinos lo acontecido, no faltando quien le asegurase que en aquella casa penaban las almas a menudo, a causa de un entierro de oro que dejó allí un español, encomendero de la Colonia. Como se repitiesen después los ruidos nocturnos, el ansia de oro tentó, al fin, a Benites. Y una media noche, cuando fueron a empujar la puerta sumida en tinieblas, el agrimensor invocó a las penas.

—¿Quién es? — interrogó, incorporándose en la cama, y dándose diente con diente de miedo.

No contestaron. Siguieron empujando. Benites volvió a preguntar, anheloso y sudando frío:

—¿Quién es? Si es una alma en pena, que diga lo que desea.

Una voz gangosa, que parecía venir de otro mundo, respondió con lastimero acento:

—Soy un alma en pena.

Benites sabía que era malo correr de las penas, y argumentó al punto:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué pena?

A lo que le replicaron casi llorando:

—En el rincón de la cocina dejé enterrados cinco centavos. No me puedo salvar a causa de ellos. Agrega noventa y cinco centavos más de tu parte y paga con eso una misa al cura, para mi salvación . . .

Indignado Benites por el sesgo inesperado y oneroso que tomaba la aventura, gruñó, agarrando un palo contra el alma en pena:

—He visto muertos sinvergüenzas, pero como éste, nunca! . . .

Al siguiente día, Benites abandonó la posada.

Recordando ahora todo esto, ya lejos de la vida terrenal, juzgó pecaminosa su conducta y digna de castigo. Sin embargo, estimó tras de largas reflexiones, que sus palabras injuriosas para el alma en pena fueron dictadas por un estado anormal de espíritu y sin intención malévola. No olvidaba que, en materia de moral, las acciones tienen la fisonomía que les dé la intención y sólo la intención. Respecto a que no pagase la misa solicitada por el alma en pena, suya no había sido la culpa, sino más bien del párroco, a quien una fuerte dispepsia impedía por aquellos días ir al templo. A Benites no se le ocultaba, dicho sea de paso, que la enfermedad del sacerdote no era mayor que alcanzase a sustraerle del todo del cumplimiento de sus sagrados deberes. Por último, en un análisis más juicioso y serio, quizás no fue, en realidad, una alma en pena, sino una broma pesada de alguno de sus amigos, sabedores de sus cuitas en pos del supuesto tesoro. Puesto en este caso, y de haberse oficiado la misa, la broma habría tenido una repercusión de burla y de impiedad.

con Benites de por medio, como uno de sus promotores. Indudablemente, había, pues, hecho bien en proceder como procedió, defendiendo subconscientemente los fueros de seriedad de la Iglesia, y su conducta podía, en consecuencia, aparejar mérito suficiente para un premio del Señor. Benites puso este recuerdo en medio, exactamente en medio, de todos sus recuerdos, movido de una dialéctica singular e inextricable.

Un sentimiento de algo jamás registrado en su sensibilidad, y que le nacía del fondo mismo de su ser, le anunció de pronto que se hallaba en presencia de Jesús. Tuvo entonces tal cantidad de luz en su pensamiento, que le poseyó la visión entera de cuanto fue, es y será, la conciencia integral del tiempo y del espacio, la imagen plena y una de las cosas, el sentido eterno y esencial de las lindes. Un chispazo de sabiduría le envolvió, dándole servida en una sola plana, la noción sentimental y sensitiva, abstracta y material, nocturna y solar, par e impar, fraccionaria y sintética, de su rol permanente en los destinos de Dios. Y fue entonces que nada pudo hacer, pensar, querer ni sentir por sí mismo ni en sí mismo exclusivamente. Su personalidad, como *yo* de egoísmo, no pudo sustraerse al corte cordial y solidario de sus flancos. En su ser se había posado una nota orquestal del infinito, a causa del paso de Jesús y su divina oriflama por la antena mayor de su corazón. Después, volvió en sí, y, al sentirse apartado del Señor y condenado a errar al acaso, como número disperso, zafado de la armonía universal, por una gris e incierta inmensidad, sin alba ni ocaso, un dolor indescriptible y jamás experimentado, le llenó el alma hasta la boca, ahogándose, como si mascase amargos vellones de tinieblas, sin poderlas siquiera ni pasar. Su tormen-

to interior, la funesta desventura de su espíritu, no era a causa del perdido paraíso, sino a causa de la expresión de tristeza infinita que vio o sintió dibujarse en la divina faz del Nazareno, al llegar ante sus pies. ¡Oh, qué mortal tristeza la suya, y cómo no la pudo contener ni el vaso de dos bocas del Enigma! Por aquella gran tristeza, Benites sufría un dolor incurable y sin orillas.

—¡Señor! —murmuró Benites suplicante—. ¡Al menos, que no sea tanta tu tristeza! ¡Al menos, que un poco de ella pase a mi corazón! ¡Al menos, que las piedrecillas vengan a ayudarme a reflejar tu gran tristeza!

El silencio imperó en la extensión trascendental.

—¡Señor! Apaga la lámpara de tu tristeza, que me falta corazón para reflejarla! ¿Qué he hecho de mi sangre? ¿Dónde está mi sangre? ¡Ay, Señor! ¡Tú me la diste y he aquí que yo, sin saber cómo, la dejé coagulada en los abismos de la vida, avaro de ella y pobre de ella!

Benites lloró hasta la muerte.

—¡Señor! ¡Yo fui el pecador y tu pobre oveja descarriada! ¡Cuando estuvo en mis manos ser el Adán sin tiempo, sin mediodía, sin tarde, sin noche y sin segundo día! ¡Cuando estuvo en mis manos embridar y sujetar los rumores edénicos para toda eternidad y salvar lo Absoluto en lo Cambiante! ¡Cuando estuvo en mis manos realizar mis fronteras homogéneamente, como en los cuerpos simples, garra a garra, pico a pico, guija a guija, manzana a manzana! ¡Cuando estuvo en mis manos desgajar los senderos a lo largo y al través, por diámetros y alturas, a ver si así salía yo al encuentro de la Verdad! . . .

Empezó a callar el silencio por el lado de la nada.

—¡Señor! ¡Yo fui el delincuente y tu ingrato gusano sin perdón! ¡Cuando hasta pude no haber nacido! ¡Cuando pude, al menos, eternizarme en los capullos y en las vísperas! ¡Felices los capullos, porque ellos son las joyas natas de los paraísos, aunque duerman, en sus selladas entrañas, estambres escabrosos! ¡Felices las vísperas, porque ellas no han llegado y no han de llegar jamás a la hora de los días definibles! ¡Yo pude ser solamente el óvulo, la nebulosa, el ritmo latente e inmanente: Dios! . . .

Estalló Benites en un grito de desolación infinita, que luego de apagado, dejó al silencio mudo para siempre.

* * *

Benites despertó bruscamente. La luz de la mañana inundaba la habitación. Junto a la cama de Benites, estaba José Marino.

—¡Qué buena vida, socio! —exclamaba Marino cruzándose los brazos—. ¡Las once del día y todavía en cama! ¡Vamos vamos! ¡Levántese! Me voy esta tarde a Colca.

Benites dio un salto:

—¿Usted a Colca? ¿Hoy se va usted a Colca?

—Marino se paseaba a lo largo de la pieza, apurado.

—¡Sí hombre! ¡Levántese! ¡Vamos a arreglarnos de cuentas! Ya Rubio nos espera en el bazar . . .

Benites, sentado en su cama, tuvo un calofrío:

—Bueno. Me levanto en seguida. Tengo todavía un poco de fiebre, pero no importa.

—¿Fiebre, usted? ¡No friegue, hombre! ¡Levántese! ¡Levántese! Lo espero en el bazar.

Marino salió y Benites empezó a vestirse, tomando sus precauciones de costumbre: medias.

calzoncillo, camiseta, camisa, todo debía adaptarse y servir al momento particular por el que atravesaba su salud. Ni mucho abrigo ni poca ropa.

A la una de la tarde, el caballo en que debía montar José Marino esperaba ensillado a la puerta del bazar. Lo sujetaba por una soga el sobrino del comerciante. Dentro del bazar se discutía a grandes voces y entre carcajadas. Arregladas las cuentas entre Marino, Rubio y Benites daban la despedida al comerciante, sus dos socios, el cajero Machuca, el profesor Zavala, el comisario Baldazari y misters Taik y Weiss. Las copas menudeaban. Machuca, ya un tanto bebido, preguntaba zumbonamente a Marino:

—¿Y con quién deja usted a la Rosada?

La Rosada era una de las queridas de Marino. Muchacha de dieciocho años, hermoso tipo de mujer serrana, ojos grandes y negros y empurpuradas mejillas candorosas, la trajo de Colca como querida un apuntador de las minas. Sus hermanas Teresa y Albina, la siguieron, atraídas por el misterio de la vida en las minas, que ejercía sobre los aldeanos, ingenuos y alucinados, una seducción extraña e irresistible. Las tres vinieron a Quivilca huídas de su casa. Sus padres —unos viejos campesinos miserables— las lloraron mucho tiempo. En Quivilca, las muchachas se pusieron a trabajar, haciendo y vendiendo chicha, obligándolas este oficio a beber y embriagarse frecuentemente con los consumidores. El apuntador se disgustó pronto de este género de trabajo de la Graciela y la dejó. A las pocas semanas, José Marino la hizo suya. En cuanto a Albina y a Teresa, corrían en Quivilca muchos rumores.

Marino, a las preguntas repetidas de Machuca, respondió con desparpajo:

Juguémosla al cachito, si usted quiere.

—¡Eso es! ¡Al cacho! ¡Al cacho! ¡Pero juguémosla entre todos! — argumento Baldazari.

En torno al mostrador se formó un círculo. Todos, y hasta el mismo Benites, estaban borrachos. Marino agitaba el cacho ruidosamente, gritando:

¿Quién manda?

Tiró los dados y contó, señalando con el dedo y sucesivamente a todos los contertulios:

—¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Usted manda!

Fue Leónidas Benites a quien tocó jugar el primero.

—Pero ¿qué jugamos? — preguntaba Benites, cacho en mano.

—¡Tire no más! —decía Baldazari—. ¿No está usted oyendo que vamos a jugar a la Rosada?

Benites respondió turbado, a pesar de su borrachera:

—¡No, hombre! ¡Jugar al cacho a una mujer! ¡Eso no se hace! ¡Juguemos una copa!

Unánimes reproches, injurias y zumbas ahogaron los tímidos escrúpulos de Leónidas Benites, y se jugó la partida.

—¡Bravo! ¡Que pague una copa! ¡El remojo de la sucesión!

El comisario Baldazari se ganó al cacho a la Rosada y mandó servir champaña. Machuca se le acercó, diciéndole:

—¡Qué buena chola se va usted a comer, comisario! ¡Tiene unas ancas así! . . .

El cajero, diciendo esto, abrió en círculo los brazos e hizo una mueca golosa y repugnante. Los ojos del comisario también chispearon, recordando a la Rosada, y preguntó a Machuca:

—Pero ¿dónde vive ahora? Hace tiempo que no la veo.

—Por la Poza. ¡Mándela traer ahora mismo!

—¡No, hombre! Ahora, no. Es de día. La gente puede vernos.

—¡Qué gente ni gente! ¡Todos los indios están trabajando! ¡Mándela traer! ¡Ande!

—Además, no. Ha sido una broma. ¿Usted cree que Marino va a soltar a la chola? Si se fuera para no volver, sí. Pero sólo se va a Colca por unos días . . .

—¿Y eso qué importa? Lo ganado es ganado. ¡Hágase usted el cojudo! ¡Es una hembra que da el opio! ¡A mí me gusta que es una barbaridad! ¡Mándela traer! ¡Además, usted es el comisario y usted manda! ¡Qué vainas! ¡Lo demás son cojudeces! ¡Ande, comisario!

—¿Y cree usted que va a venir?

—¡Pero es claro!

—¿Con quién vive?

—Sola, con sus hermanas, que son también estupendas.

Baldazari se quedó pensando y moviendo su foete.

Unos minutos más tarde, José Marino y el comisario Baldazari salieron a la puerta.

—Anda, Cucho —dijo Marino a su sobrino—, anda a la casa de las Rosadas y dile a la Graciela que venga aquí, al bazar, que la estoy esperando, porque ya me voy. Si te pregunta con quién estoy, no le digas quiénes están aquí. Dile que estoy solo, completamente solo. ¿Me has oído?

—Sí, tío.

—¡Cuidado con que te olvides! Dile que estoy solo, que no hay nadie más en el bazar. Deja el caballo. Amárralo a la pata del mostrador. ¡Anda! ¡Pero volando! ¡Ya estás de vuelta!...

Cucho amarró la punta de la soga del caballo a una pata del mostrador y partió a hacer el mandado.

—¡Volando, volando! — le decían Marino y Baldazari.

José Marino adulaba a todo el que, de una u otra manera, podía serle útil. Su servilismo al comisario no tenía límites. Marino le servía hasta en sus aventuras amorosas. Salían de noche a recorrer los campamentos obreros y los trabajos en las minas, acompañados de un gendarme. A veces, Baldazari se quedaba a dormir, de madrugada, en alguna choza o vivienda de peones, con la mujer, la hermana o la madre de un jornalero. El gendarme volvía entonces sólo a la Comisaría, y Marino, igualmente solo, a su bazar. ¿Por qué las adulaciones del comerciante al comisario? Las causas eran múltiples. Por el momento, el comerciante iba a ausentarse y le había pedido al comisario el favor de supervigilar la marcha del bazar, que quedaba a cargo del profesor Zavala, que estaba de vacaciones. De otro lado, el comisario le estaba consumiendo ahora en gran escala en el bazar, al propio tiempo que entrenaba a los otros a hacer lo mismo. Las tres de la tarde y ya José Marino había vendido muchas botellas de champaña, de cinzano, de coñac y de whisky . . . Pero todas éstas no eran sino razones del momento, y muy nimias. Otras eran las de siempre y las más serias. El comisario Baldazari era el brazo derecho del contratista José Marino, en punto a la peonada y en punto a los gerentes de la "Mining Society". Cuando Marino no podía con un peón, que se negaba a reconocerle una cuenta, a aceptar un salario muy bajo o a trabajar a ciertas horas de la noche o de un día feriado, Marino acudía al comisario, y éste hacía ceder al peón con un carcelazo, con la "barra" (suplicio original de las cárceles peruanas) o a foetazos. Asimismo, cuando Marino no podía obtener

directamente de misters Taik y Weiss tales o cuales ventajas, facilidades, o en general, cualquier favor o granjería, Marino acudía a Baldazari y éste intervenía, con la influencia y ascendiente de su autoridad, obteniendo de los patrones todo cuanto quería José Marino. Nada, pues, de extraño que el comerciante estuviese ahora dispuesto a entregar a su querida al comisario, *ipso facto* y en público.

Al poco rato, la Graciela aparecía en la esquina, acompañada de Cucho. Los del bazar se escondieron. Solamente José Marino apareció a la puerta, tratando de disimular su embriaguez.

—Pasa —dijo afectuosamente Marino a la Graciela—. Ya me voy. Pasa. Te he hecho llamar porque ya me voy.

La Graciela decía tímidamente:

—Yo creía que se iba usted a ir así no más, sin decirme ni siquiera hasta luego.

Una repentina carcajada estalló en el bazar, y todos los contertulios aparecieron de golpe ante Graciela. Colorada, estupefacta, dio un traspiés contra el muro. La rodearon, unos estrechándole la mano, otros acariciándola por el mentón. Marino le decía, desternillándose de risa:

—Siéntate. Siéntate. Es la despedida. ¡Qué quieres! ¡Los amigos! ¡Nuestros patrones! ¡Nuestro grande y querido comisario! ¡Siéntate! Y ¿qué tomas? . . .

Cerraron a medias la puerta y Cucho jaló de afuera la soga del caballo, sentándose en el quicio a esperar.

Cayó nieve. Varias veces vino gente a hacer compras en el bazar y se iban sin atreverse a entrar. Una india de aire doloroso y apurada, llegó corriendo.

—¿Ahí está tu tío? — le preguntó jadeante a Cucho.

—Sí; ahí está. ¿Para qué?

—Para que me venda láudano. Estoy muy apurada, porque ya se muere mi mama.

—Pase usted, si quiere.

—¿Pero quién sabe está con gente?

—Está con muchos señores. Pero entre usted, si quiere . . .

La mujer vaciló y se quedó a la puerta, esperando. Una angustia creciente se pintaba en su cara. Cucho, sin soltar la soga del caballo, se entretenía en dibujar con el cabo de un lápiz rojo, y en un pedazo de su cuaderno de la escuela, las armas de la patria. La mujer iba y venía, desesperada y sin atreverse a entrar al bazar. Aguaitaba lo que adentro sucedía, se ponía a escuchar y volvía a pasearse. Le preguntaba a Cucho:

—¿Quién está ahí?

—El comisario.

—¿Quién más?

—El cajero, el ingeniero, el profesor, los gringos . . . Están bien borrachos. Están tomando champaña.

—¡Pero oigo una mujer! . . .

—La Graciela.

—¿La Rosada?

—Sí. Mi tío la ha mandado llamar, porque ya se va.

—¡Ay, Dios mío! ¿A qué hora se irán? ¿A qué hora se irán? . . .

La mujer empezó a gemir.

—¿Por qué llora usted? — le preguntó Cucho.

—Ya se muere mi mama y don José está con gente . . .

—Si quiere usted, lo llamaré a mi tío para que le venda ....

—Quién sabe se va a enojar . . .

Cucho aguaitó hacia adentro y llamó tímidamente:

—¡Tío Pepe! . . .

La orgía estaba en su colmo. De la tienda salía un vocerío confuso, mezclado de risas y gritos y un tufo nauseante. Cucho llamó varias veces. Al fin, salió José Marino.

—¿Qué quieres, carajo? —le dijo, irritado, a su sobrino.

Cucho, al verle borracho y colérico, dio un salto atrás, amedrentado. La mujer se hizo también a un lado.

—Para que venda usted láudano — murmuró Cucho, de lejos.

—¡Qué láudano ni la puta que te parió! — rugió José Marino, lanzándose furibundo sobre su sobrino. Le dio un bofetón brutal en la cabeza y le derribó.

—¡Carajo! —vociferaba el comerciante. dándole de puntapiés—. ¡Cojudo! Me estás jodiendo siempre!

Algunos transeúntes se acercaron a defender a Cucho. La mujer del láudano le rogaba a Marino, arrodillada:

—¡No le pegue usted, taita! Si lo ha hecho por mí. Porque yo le dije. ¡Pégueme a mí, si quiere! ¡Pégueme a mí, si quiere! . . .

Algunas patadas cayeron sobre la mujer. José Marino, ciego de ira y de alcohol, siguió golpeando al azar, durante unos segundos, hasta que salió el comisario y lo contuvo.

—¿Qué es esto, mi querido Marino? — le dijo, sujetándole por las solapas.

¡Perdone, comisario! —respondía Marino, humildemente—. ¡Le pido mil perdones!

Ambos penetraron al bazar. Cucho yacía sobre la nieve, llorando y ensangrentado. La india, de pie, junto a Cucho, sollozaba dolorosamente:

—Sólo porque lo llama, le pega. ¡Sólo por eso! ¡Y a mí también, sólo porque vengo por un remedio! . . .

Apareció un indio mocetón llorando y a la carrera:

¡Chana! ¡Chana! ¡Ya murió mama! ¡Ven! ¡Ven! ¡Ya murió! . . .

Y Chana, la india del láudano, se echó a correr, seguida del indio y llorando.

El caballo de José Marino, espantado, había huído. Cucho, secándose las lágrimas y la sangre, lo fue a buscar. Sabía muy bien que, de irse el caballo, "las nalgas ya no serían suyas", como solía decir su tío, cuando le amenazaba azotarle. Volvió, felizmente, con el animal, y se sentó de nuevo a la puerta del bazar, que continuaba entreabierta. Se agachó y aguaitó a hurtadillas. ¿Qué sucedía ahora en el bazar?

José Marino conversaba tras de la puerta, en secreto y copa en mano, con míster Taik, el gerente de la "Mining Society". Le decía en tono insinuante y adulador:

—Pero, míster Taik: yo mismo, con mis propios ojos, lo he visto . . .

—Usted es muy amable, pero eso es peligroso — replicaba muy colorado y sonriendo el gerente.

—Sí, sí, sí. Míster Taik, decídase no más. Yo sé por qué le digo. Rubio es un enfermo. Ella (hablaban de la mujer de Rubio) no lo quiere. Además, se muere por usted. Yo la he visto.

El gerente sonreía siempre:

—Pero, señor Marino, puede saberlo Rubio.

—Yo le aseguro que no lo sabrá, míster Taik. Yo se lo aseguro con mi cuello.

Marino bebió su copa y añadió, decidido:

—¿Quiere usted que yo me lleve a Rubio un día fuera de Quivilca, para que usted aproveche?

—Bueno, ya veremos. Ya veremos. Muchas gracias. Usted es muy amable . . .

—Tratándose de usted, míster Taik, ya sabe que yo no reparo en nada. Soy su amigo, muy modesto, sin duda, muy humilde y muy pobre, el último, quién sabe, pero amigo de veras y dispuesto a servirle hasta con mi vida. Su pobre servidor míster Taik. ¡Su pobre amigo!

Marino se inclinó largamente.

En ese momento, míster Weiss, del otro extremo del bazar, llama al comerciante:

—¡Señor Marino! ¡Otra tanda de champaña! . . .

José Marino voló a servir las copas.

Entretanto, la Graciela estaba ya borracha. José Marino, su amante. la había dado a beber un licor extraño y misterioso, preparado por él en secreto. Una sola copa de este licor la había embriagado. El comisario le decía en voz baja y aparte a Marino:

—¡Formidable! ¡Formidable! Es usted un portento. Ya está más para la otra que para ésta . . .

—Y eso —respondía Marino, jactancioso—, y eso que no le he puesto mucho de lo verde. De otro modo, ya habría doblado el pico hace rato . . .

Abrazaba a Baldazari, añadiendo:

—Usted se lo merece todo, comisario. Por usted todo. ¡No digo un "tabacazo"! ¡No digo una mujer! ¡Por usted, mi vida! Créalo.

La Graciela, en los espasmos producidos por el "tabacazo", cantaba y lloraba sin causa. Se paraba de pronto y bailaba sola. Todos hacían palmas, entre risas y requiebros. La Graciela, con una copa en la mano, decía, bamboleándose y sin pañolón:

—¡Yo soy una pobre desgraciada! ¡Don José! ¡Venga usted! ¿Quién es usted para mí? ¡Hágame el favor! Yo sólo soy una pobre, y nada más . . .

Las risas y los gritos aumentaban, José Marino, del brazo del comisario. le dijo entonces a la Graciela, como a una ciega, y ante todos los contertulios:

—¿Ves? Aquí está el señor comisario, la autoridad, el más grande personaje de Quivilca, después de nuestros patrones, místers Taik y Weiss. ¿Lo ves aquí, con nosotros?

La Graciela, los ojos velados por la embriaguez, trataba de ver al comisario.

—Sí. Lo veo. Sí. El señor comisario. Sí . . .

—Bueno. Pues el señor comisario va a encargarse de ti mientras dure mi ausencia. ¿Me entiendes? El verá por ti. El hará mis veces en todo y para todo . . .

Marino, diciendo esto, hacía muecas de burla y añadía:

—Obedécele como a mí mismo. ¿Me oyes? ¿Me oyes, Graciela? . . .

La Graciela respondía, la voz arrastrada y casi cerrando los ojos:

—Sí . . . Muy bien . . . Muy bien . . .

Después vaciló su cuerpo y estuvo a punto de caer. El cajero Machuca soltó una risotada. José Marino le hizo señas de callarse y guiñó el ojo a Baldazari, significándole que la melaza estaba en punto. Los demás, en coro, le decían a media voz a Baldazari:

—¡Ya, comisario! ¡Entre nomás! Entrele!...

El comisario se limitaba a reír y a beber.

Graciela, agarrándose del mostrador para no caer, fue a sentarse, llamando a grandes voces:

—¡Don José! ¡Venga usted a mi lado! ¡Venga usted! . . .

José Marino insinuó de nuevo a Baldazari que se acercara a la Rosada. Baldazari volvió, por toda respuesta, a beber otra copa. A los pocos instantes, Baldazari se encontraba completamente borracho. Hizo servir varias veces cham-

paña. Los demás estaban, asimismo, ebrios, y en una inconsciencia absoluta. Rubio hablaba de política internacional a gritos con míster Taik, y, de otro lado, el profesor Zavala, Leónidas Benites y míster Weiss, se abrazaban en grupo. José Marino y el comisario Baldazari rodeaban siempre a la Graciela. Un momento, la Rosada abrazó a Marino, pero éste se escabulló suavemente, poniendo en su lugar a Baldazari en los brazos de Graciela. La muchacha se dio cuenta y apartó bruscamente al comisario:

—¡Besa al señor comisario! — le ordenó entonces Marino, irritado.

—¡No! — respondió Graciela enérgicamente y como despertando.

—¡Déjela! — dijo Baldazari a Marino.

Pero el contratista de peones estaba ya colérico, e insistió:

—¡Besa al señor comisario te he dicho, Graciela!

—¡No! ¡Eso, nunca! ¡Nunca, don José!

—¿No le besas? ¿No cumples lo que yo te ordeno? ¡Espérate! — gruñó el comerciante, y se fue a preparar otro "tabacazo".

Al venir la noche, cerraron herméticamente la puerta y el bazar quedó sumido en las tinieblas. Todos los contertulios —menos Benites, que se había quedado dormido— conocieron entonces, uno por uno, el cuerpo de Graciela. José Marino primero, y Baldazari después, habían brindado a la muchacha a sus amigos, generosamente. Los primeros en gustar de la presa fueron, naturalmente, los patrones místers Taik y Weiss. Los otros personajes entraron luego a escena, por orden de jerarquía social y económica: el comisario Baldazari, el cajero Machuca, el ingeniero Rubio y el profesor Zavala. José Marino, por modestia, galantería o refinamiento, fue el último. Lo hizo en medio de una bata-

hola demoníaca. Marino pronunciaba en la oscuridad palabras, interjecciones y gritos de una abyección y un vicio espeluznantes. Un diálogo espantoso. Un ronquido, sordo y ahogado, era la única seña de vida de Graciela. José Marino lanzó, al fin, una carcajada viscosa y macabra . . .

Y, cuando encendieron luz en el bazar, vióse botellas y vasos rotos sobre el mostrador, champaña derramado por el suelo, piezas de tejido deshechas al azar, y las caras, macilentas y sudorosas. Una que otra mancha de sangre negreaba en los puños y cuellos de las camisas. Marino trajo agua en un lavador, para lavarse las manos. Mientras se estaban lavando, todos en círculo, sonó un tiro de revólver, volando el lavador por el techo. Una carcajada partió de la boca del comisario, que era quien había tirado.

—¡Para probar mis hombres! —dijo Baldazari, guardando su revólver—. Pero veo que todos han temblado.

Leónidas Benites despertó.

—¿Y la Graciela? —interrogó, restregándose los ojos—. ¿Ya se fue? . . .

Míster Taik, limpiando sus lentes, dijo:

—Señor Baldazari: hay que despertarla. Me parece que debe irse ya a su rancho. Ya es de noche.

—Sí, sí, sí —dijo el comisario, poniéndose serio—. ¡Hay que despertarla; usted, Marino, que es siempre el hombre!

—¡Ah! —exclamó el comerciante—. Eso va a ser difícil. Contra el "tabacazo" no hay otro remedio sino el sueño.

—Pero, de todos modos —argumentó Rubio—, no es posible dejarla botada así, en el suelo . . . ¿No le parece, míster Taik?

—¡Oh, sí sí! — decía el gerente, fumando su pipa.

Leónidas Benites se acercó a Graciela, seguido de los demás. La Rosada yacía en el suelo, inmóvil, desgreñada, con las polleras en desorden y aun medio remangadas. La llamaron, agitándola fuertemente y no dio señales de despertar. Trajeron una vela. Volvieron a llamarla y a moverla. Nada. Seguía siempre inmóvil. José Marino puso la oreja sobre el pecho de la moza y los otros esperaron en silencio.

—¡Carajo! —exclamó el comerciante, levantándose— ¡Está muerta! . . .

—¿Muerta? —preguntaron todos, estupefactos—. ¡No diga usted disparates! ¡Imposible!

—Sí —repuso en tono despreocupado el amante de Graciela—. Está muerta. Nos hemos divertido.

Míster Taik dijo entonces en voz baja y severa:

—Bueno. Que nadie diga esta boca es mía. ¿Me han oído? ¡Ni una palabra! Ahora hay que llevarla a su casa. Hay que decir a sus hermanas que le ha dado un ataque y que la dejen reposar y dormir. Y, mañana, cuando la hallen muerta, todo estará arreglado . . .

Los demás asintieron, y así se hizo.

A las diez de la noche, José Marino montó a caballo y partió a Colca. Y, al día subsiguiente, se enterró a Graciela. En primera fila del cortejo fúnebre iba el comisario de Quivilca, acompañado de Zavala, de Rubio, de Machuca y de Benites. De lejos, seguía el cortejo Cucho, el sobrino del amante de la muerta.

Todos los del bazar volvieron del cementerio tranquilos y conversando indiferentemente. Sólo Leónidas Benites estaba muy pensativo. El agrimensor era el único de los del bazar, en quien la muerte de Graciela dejó cierto pesar y hasta cierto remordimiento. En conciencia, sabía Benites que la Rosada no había fallecido

de muerte natural. Verdad es que él no vio nada de lo que ocurrió con Graciela en la oscuridad, por haberse quedado profundamente dormido; pero lo sospechaba todo, aunque sólo fuese de modo oscuro y dudoso. Benites, de regreso del entierro, se encerró en su cuarto, arrepentido de la escena del bazar, cosa a la que no estaba acostumbrado y que, en principio, le repugnaba, y se tendió en su cama a meditar. Después, se quedó dormido.

Por la tarde de ese mismo día, se presentaron de pronto en el escritorio del gerente de la "Mining Society", míster Taik, las dos hermanas de la muerta, Teresa y Albina. Venían llorando. Otras dos indias, chicheras también, como las Rosadas, las acompañaban. Albina y Teresa pidieron audiencia al patrón, y, tras de una breve espera, fueron introducidas ante el yanqui, a quien acompañaba a la sazón su compatriota, el subgerente, míster Weiss. Ambos chupaban sus pipas.

—¿Qué se les ofrece? — preguntó secamente míster Taik.

—Aquí, patrón —dijo Teresa llorando—, venimos porque todos dicen en Quivilca que a la Graciela la han matado y que no se ha muerto ella. Nos dicen que es porque la emborracharon en el bazar. Por eso. Y que usted, patroncito, debe hacernos justicia. Cómo ha de ser, pues, que maten así a una pobre mujer y que todo se quede así nomás . . .

El llanto no la dejó continuar.

Míster Taik se apresuró a contestar, enojado:

—¿Pero quién dice eso?

—Todos, señor, todos . . .

—¿Han ido ustedes a quejarse al comisario?

—Sí, patrón. Pero él nos dice que son habladurías y nada más, y que no es cierto.

—¿Entonces? Si así les ha contestado el señor comisario, ¿a qué vienen ustedes aquí y por qué siguen creyendo tonterías y chismes imbéciles? Déjense de zonceras y váyanse a su casa tranquilas. La muerte es la muerte y el resto son necedades y lloriqueos inútiles . . . ¡Váyanse! ¡Váyanse! — añadió paternalmente míster Taik, disponiéndose él también a salir.

—¡Váyanse! —repitió, también en tono protector, míster Wiss, chupando su pipa y paseándose—. No hagan caso de tonterías. Váyanse. No estamos para cantaletas y majaderías. Hagan el favor . . .

Los dos patrones, llenos de dignidad y despotismo, indicaron la puerta a las Rosadas, pero Teresa y Albina, cesando de llorar, exclamaron, a la vez, airadas:

—¡Sólo porque son patrones! ¡Por eso hacen lo que quieren y nos botan así, sólo porque venimos a quejarnos! ¡Han matado a mi Graciela! ¡La han matado! ¡La han matado! . . .

Vino un sirviente y las hizo salir de un empellón. Las dos muchachas se alejaron protestando y llorando, seguidas de las otras chicheras, que también protestaban y lloraban.

II

José Marino fue a Colca por urgentes negocios. En Colca tenía otro bazar, que corría de ordinario a cargo de su hermano menor, Mateo. Los hermanos Marino tenían además, en Colca, la agencia de enganche de peones para los trabajos de las minas de Quivilca. En suma, la firma "Marino Hermanos" consistía, de una parte, en los bazares de Colca y de Quivilca, y, de otra, en el enganche de peones para la "Mining Society".

La "Mining Society" celebró un contrato con "Marino Hermanos", cuyas estipulaciones principales eran las siguientes: "Marino Hermanos" tomaban la exclusiva de proporcionar a la empresa yanqui toda la mano de obra necesaria para la explotación minera de Quivilca, y, en segundo lugar, tomaban, asimismo, la exclusiva del abastecimiento y venta de víveres y mercaderías a la población minera de Quivilca, como medio de facilitar el enganche y reenganche de la peonada. "Marino Hermanos", de este modo, se constituían en intermediarios, de un lado, como verdaderos patrones de los obreros, y, de otro lado, como agentes o instrumentos al servicio de la empresa norteamericana.

Este contrato con la "Mining Society" estaba enriqueciendo a los hermanos Marino con una rapidez pasmosa. De simples comerciantes en pequeño, que eran de Colca, antes de descubrirse las minas de Quivilca, se habían convertido en grandes hombres de finanza, cuyo nombre empezaba a ser conocido en todo el centro del Perú. El solo movimiento de mercaderías de sus bazares de Colca y Quivilca, representaba respetables capitales. En el momento en que José Marino venía a Colca, después de la jarana y la muerte de Graciela, en el bazar de Quivilca, "Marino Hermanos" iban a decidir de la compra de unos yacimientos auríferos en una hoya del Huataca. Tal era el principal motivo del viaje de José Marino a Colca.

Pero, el mismo día de su llegada, por la noche, después de comer, la atención de los hermanos Marino, en el curso de una larga conferencia, fue de pronto y preferentemente atraída hacia diversas cuestiones relativas al enganche de peones para Quivilca. Antes de su partida de Quivilca, José Marino había tenido acerca de

este asunto una extensa conversación con míster Taik. La oficina de la "Mining Society" en Nueva York exigía un aumento en la extracción del tungsteno de todas sus explotaciones del Perú y Bolivia. El sindicato minero hacía notar la inminencia en que se encontraban los Estados Unidos, de entrar en la guerra europea y la necesidad consiguiente para la empresa, de acumular en el día un fuerte ***stock*** de metal, listo para ser transportado, a una orden telegráfica de Nueva York, a los astilleros y fábricas de armas de los Estados Unidos. Míster Taik le había dicho secamente a José Marino:

—Usted me pone, antes de un mes, cien peones más en las minas . . .

—Haré, míster Taik, lo que yo pueda — respondió Marino.

—¡Ah, no! No me diga usted eso. Usted tiene que hacerlo. Para los hombres de negocio, no hay nada imposible . . .

—Pero, míster Taik, fíjese que ahora es muy difícil traer peones desde Colca. Los indios ya no quieren venir. Dicen que es muy lejos. Quieren mejores salarios. Quieren venirse con sus familias. El entusiasmo de los primeros tiempos ha pasado. . .

Míster Taik. sentado rígidamente ante su escritorio, y después de chupar su pipa, puso fin a los alegatos de José Marino diciendo con implacable decisión:

—Bueno. Bueno. Cien peones más dentro de un mes. Sin falta.

Y míster Taik salió solemnemente de su oficina. José Marino, caviloso y vencido, lo siguió a pocos pasos. Pero un diálogo tal —dicho sea de paso— lejos de enfriar la amistad —si amistad era eso—, entre ambos hombres, la afianzó más. José Marino volvió al bazar, y en lo primero que pensó fue en hacer venir por medio

de un amigo, el cajero Machuca, a míster Taik, a la reunión de despedida al comerciante.

—Tráigame a míster Taik y a míster Weiss.

—Va a ser difícil.

—No, hombre. Vaya usted a traerlos. Hágalo como cosa suya, y que no se den cuenta que yo se lo he dicho. Dígales que sólo van a estar unos minutos.

—Va a ser imposible. Están los gringos trabajando. Usted sabe que sólo vienen al bazar en la tarde.

—No, hombre. Vaya usted nomás. Ande, querido cajero. Además, ya va a ser hora de almuerzo. . .

Machuca fue y logró hacer venir a los dos yanquis. Entonces José Marino se deshizo en reverencias y atenciones para míster Taik, lo que, naturalmente, no modificó en nada las exigencias de la "Mining Society", en orden al tungsteno destinado a los Estados Unidos y a la guerra mundial.

—Una vez en el bazar —refería José Marino a su hermano en Colca—, volví a hablarle al gringo sobre el asunto y volvió a decirme que no eran cosas suyas, y que él tenía que cumplir las órdenes del sindicato, muy a su pesar.

—Pero, entonces —argumentaba Mateo—, ¿qué vamos a hacer ahora? En Quivilca mismo, o en los alrededores, no será posible encontrar indios salvajes. ¿Y los soras?

—¡Los soras! —dijo José, burlándose—. Hace tiempo que metimos a los soras a las minas y hace tiempo también que desaparecieron. ¡Indios brutos y salvajes! Todos ellos han muerto en los socavones, por estúpidos, por no saber andar entre las máquinas. . .

—¿Entonces? —volvió a preguntarse con angustia Mateo—. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué podemos hacer?

—¿Cuántos peones hay socorridos? — preguntó, a su vez, José.

Mateo, hojeando los libros y los talonarios de los contratos, decía:

—Hay 23, que debían haber partido a Quivilca este mes, antes del 20.

—¿Los has hecho llamar? ¿Qué dicen?

—He visto a algunos, a nueve de ellos, hace quince días, más o menos, y me prometieron salir para Quivilca a fines de la semana pasada. Si no lo han hecho habría que ir a verlos de nuevo y obligarles a salir.

—¿Está aquí el subprefecto?

—Sí, aquí está, precisamente.

—Bueno. Entonces, no hay más que pedirle dos soldados manaña mismo, para ir por los cholos inmediatamente. ¿Dónde viven? Mira en el talonario ....

Mateo hojeó de nuevo el talonario de los contratos, recitando, uno por uno, los nombres de los peones contratados y sus domicilios. Luego, dijo:

—Al Cruz, al Pío, al viejo Grados y al cholo Laurencio, se les puede ir a ver mañana juntos. De Chocada se puede pasar a Conra y después a Cunguay, de un solo tiro ....

José replicó de prisa:

—No, no, no. Hay que verlos a todos mañana mismo, a los nueve que tú dices, aunque sea de noche o a la madrugada ....

—Bueno. Sí. Naturalmente. Claro que se les puede ver. A los gendarmes les damos su sol a cada uno, su buen cañazo, su coca y sus cigarros, y ya está ....

¡Claro! ¡Claro! —exclamaba José, en tono decidido.

Ambos se paseaban en el cuarto, calzados de botas amarillas, un enorme pañuelo de seda al cuello y vestidos de "diablo-fuerte". Los herma-

nos Marino eran originarios de Mollendo. Hacía unos doce años que fueron a establecerse a la sierra, empezando a trabajar en Colca, en una tienducha, situada en la calle del Comercio, donde ambos vivían y vendían unos cuantos artículos de primera necesidad: azúcar, jabón, fósforos, kerosene, sal, ají, chancaca, arroz, velas, fideos, té, chocolate y ron. ¿Con qué dinero empezaron a trabajar? Nadie, en verdad, lo sabía a ciencia cierta. Se decía solamente que en Mollendo trabajaron como cargadores en la estación del ferrocarril y que allí reunieron cuatrocientos soles, que fue todo el capital que llevaron a la sierra. ¿Cómo y cuándo pasaron de la conducta o contextura moral de proletarios, a la de comerciantes o burgueses? ¿Siguieron acaso —una vez de propietarios de la tienda de Colca—, siendo en los basamentos sociales de su espíritu, los antiguos obreros de Mollendo? Los hermanos Marino saltaron de clase social una noche de junio de 1909. La metamorfosis fue patética. El brinco de la historia fue cruento, coloreado y casi geométrico, a semejanza de ciertos números de fondo de los circos.

Era el santo del alcalde de Colca y los Marino fueron invitados, entre otros personajes, a comer con el alcalde. Era la primera vez que se veían solicitados para alternar con la buena sociedad de Colca. La invitación les cayó tan de lo alto y en forma tan inesperada, que los Marino, en el primer momento, reían en un éxtasis medio animal y dramático, a la vez. Porque era el caso que ni uno ni otro tenía el valor de hacer frente a tamaña empresa. Ni José ni Mateo querían ir al banquete, de vergüenza de sentirse en medio de aristócratas. Sus pulmones proletarios no soportarían un aire semejante. Y tuvieron, a causa de esto, una disputa. José le decía a Mateo que fuese él a la fiesta, y viceversa. Lo de-

cidieron por medio de la suerte en un centavo: cruz o cara. Mateo fue a la comida del alcalde. Se puso su vestido de casimir, su sombrero de paño, camisa con cuello y puños de celuloide, corbata y zapatos nuevos de charol. Mateo se sintió elegante y aún estuvo a punto de sentirse ya burgués, de no empezar a ajustarle y dolerle mucho los zapatos. Primera vez que se los ponía y no tenía otro par, digno de aquella noche. Mateo dijo entonces, sentándose y con una terrible mueca de dolor:

—Yo no voy. Me duelen mucho. No puedo casi dar paso ....

José le rogó:

—¡Pero fíjate que es el alcalde! ¡Fíjate el honor que vas a tener de comer con su familia y el subprefecto, los doctores y lo mejor de Colca! ¡Anda! ¡No seas zonzo! Ya verás que si vas al banquete, nos van a invitar siempre, a todas partes, el juez, el médico y hasta el diputado, cuando venga. Y seremos nosotros también considerados después como personas decentes de Colca. De esta noche depende todo. Y vas a ver. Todo está en entrar en la sociedad, y el resto ya vendrá: la fortuna, los honores. Con buenas relaciones, conseguiremos todo. ¿Hasta cuándo vamos a ser obreros y mal considerados? ....

Ya se hacía tarde y se acercaba la hora del banquete. Tras de muchos ruegos de José, Mateo, sobreponiéndose al dolor de sus zapatos, afrontó el heroísmo de ir a la fiesta. Mateo sufría lo indecible. Iba cojeando, sin poderlo evitar. Al entrar a los salones del alcalde, entre la multitud de curiosos del pueblo, con algo tropezó el pie que más le apretaba y le dolía. Casi de un salto de dolor, en el preciso instante en que la mujer del alcalde aparecía a recibirle a la puerta. Mateo Marino transformó entonces y sin

darse cuenta cómo, su salto de dolor, en una genuflexión mundana, improvisada e irreprochable. Mateo saludó con perfecta corrección:

—¡Señora, tanto honor! ....

Estrechó la mano de la alcaldesa y fue a tomar asiento, con paso firme, desenvuelto y casi flexible. El puente de la historia, el arco entre clase y clase, había sido salvado. La mujer del alcalde le decía, días después, a su marido:

—¡Pero resulta que Marino es un encanto! Hay que invitarle siempre.

En Colca no tenían los Marino más familia que Cucho, hijo de Mateo y de una chichera que huyó a la costa con otro amante.

Mateo vivía ahora en una gran casa, que comunicaba con el bazar, ambos —casa y establecimiento— de propiedad de la firma "Marino Hermanos". Allí, en una de las habitaciones de esa casa, estaban ahora conferenciando acerca de sus negocios y proyectos.

—¿Y cómo dejas los asuntos en Quivilca? —preguntó más tarde Mateo a su hermano.

—Así, así .... Los gringos son terribles. Mister Taik, sobre todo, no se casa ni con su abuela. ¡Qué hombre! Me tiene hasta las orejas.

—Pero, hermano, hay que saber agarrarlo ....

—¡Agarrarlo! ¡Agarrarlo! —repitió José con sorna y escepticismo—. ¿Tú piensas que yo no he ensayado ya mil formas de agarrarlo? .... Los dos gringos son unos pendejos. Casi todos los días los hago venir a los dos al bazar. valiéndome de Machuca, de Rubio, de Baldazari. Vienen. Se bebe. Yo les invito casi siempre. Con frecuencia, los meto con mujeres. Nos vamos de juerga al campamento de peones. Muchas veces, los invito a comer. En fin .... Hasta de alcahuete les sirvo ....

—¡Eso es! ¡Así hay que hacerlo!

—¿Sabes la que le he metido en la cabeza a míster Taik? —le dijo riendo—. Como yo sé que es un mujerero endemoniado, le he dicho que la mujer de Rubio se muere por él. Se lo he dicho el día de mi viaje, porque como acababa de joderme con la cuestión de los peones, yo quise engatusarlo así, para que se ablandara y retirase su exigencia de los cien peones para este mes ....

¿Y qué resultó?

—Nada. El gringo sólo se reía como un idiota. Más a más, casi me oye y se da cuenta Rubio. Después, quise emborracharlo y tampoco se ablandó. Por último, llamé a Baldazari y le dije que viese la manera de tocarle el punto a lo disimulado. Pero tampoco hubo manera de agarrarlo. Con Baldazari se hacía el cojudo. ¡Total, nada!

—¿Pero, en verdad, está la mujer de Rubio enamorada de él, o tú le sacaste ésa?

—¡Qué va a estar enamorada, hombre! Yo se la saqué ésa sólo por halagarlo y por ver qué resultaba. Si el gringo se hubiera entusiasmado, la mujer de Rubio y Rubio mismo se habrían hecho de la vista gorda. Tú conoces ya lo que es Rubio: con tal de sacar algo, vende hasta a su mujer ....

—Bueno —dijo Mateo—. Hay que dormir ya. Tú estás rendido y mañana tenemos mucho que hacer .... ¡Laura! —gritó, parándose en la puerta del cuarto.

—¡Ahí voy, señor! —respondió Laura desde la cocina.

Laura, una india rosada y fresca, bajada de la puna a los ocho años y vendida por su padre, un mísero aparcero, al cura de Colca, fue traspasada, a su vez, por el párroco a una vieja hacendada de Sonta, y luego, seducida y raptada, hacía dos años, por Mateo Marino. Laura desempeñaba en casa de "Marino Hermanos" el múl-

tiple rol de cocinera, lavandera, ama de llaves, sirvienta de mano y querida de Mateo. Cuando José venía de Quivilca, por pocos días a Colca, Laura solía acostarse también con él, a escondidas de Mateo. Este, sin embargo, lo había sospechado y, más aún, últimamente, de la sospecha, pasó a la certidumbre. Pero el juego de Laura no parecía incomodar a "Marino Hermanos". Al contrario, los brazos de la criada parecían unirlos y estrecharlos más hondamente. Lo que en otros habría encendido celos, en "Marino Hermanos" avivó la fraternidad.

Cuando Laura entró al cuarto donde estaban los Marino, éstos la observaron de reojo y largamente: José, con apetito, y Mateo, un tanto receloso. Mientras Laura sirvió la comida, los dos hermanos no la habían hecho caso, absorbidos como estaban por los negocios. Pero ahora, que venía el sueño, y se acercaba el instante de la cama, Laura despertó de pronto una viva atención en "Marino Hermanos".

—¿Ya está lista la cama de José? —le preguntó Mateo.

—Ya, señor —respondió Laura.

—Bueno. ¿Has dado de comer al caballo?

—Sí, señor. Le he echado un tercio de alfalfa.

—Bueno. Ahora, más tarde, cuando se enfríe más, le quitas la montura y le echas otro tercio.

—Muy bien, señor.

—Y bien de mañana, anda donde el tuerto Lucas y dile que vaya a traerme la mula negra. Dile que esté aquí, a lo más, a las nueve de la mañana. Sin falta. Porque tengo que ir a la chacra ....

—Muy bien, señor. ¿No necesitan otra cosa?

—No. Puedes ir a acostarte.

Laura hizo un gesto de sumisión.

—Buenas noches, señores —dijo, y salió inclinada.

Los hermanos Marino miraron largamente el esbelto y robusto cuerpo de Laura, que se alejaba a paso tímido, los polleras granates cubriéndole hasta los tobillos, la cintura cadenciosa y ceñida, los hombros altos, el pelo negro y en trenzas lacias, el porte seductor.

Las camas de José y Mateo estaban en un mismo cuarto. Una vez los dos acostados y apagada la vela, reinó en toda la casa un silencio completo. Ni uno ni otro tenían sueño, pero los dos fingieron quedar dormidos. ¿Cavilaban en los negocios? No. Cavilaban en Laura, que estaba ahora haciendo su cama en la cocina. Se oyó de pronto unos pasos de la muchacha. Después, un leve ruido del colchón de paja, al ser desdoblado. Luego, Laura, poniéndose a remendar un zapato, se compuso el pecho. ¿En qué pensaba, por su parte, Laura? ¿En ir a desensillar el caballo y echarle el otro tercio? No. Laura pensaba en "Marino Hermanos".

Laura, por haber vivido, desde su niñez, la vida de provincia, se había afinado un poco, tomando muchos hábitos y preocupaciones de señorita aldeana. Sabía leer y escribir. Con lo poco que le daba Mateo, se compraba secretamente aretes y vinchas, pañuelos blancos y medias de algodón. También se compró un día una sortija de cobre y unos zapatos de taco. Uno que otro domingo iba a misa, bien temprano, antes que se levantase su patrón y amante. Y Laura, sobre todo, se había impregnado de un erotismo vago y soñador. Tenía veinte años. ¿Quiso alguna vez a un hombre? Nunca. Pero habría deseado querer. Por su patrón sentía más bien odio, aunque este odio anduviese disfrazado, dorado o amordazado por un sentimiento de vanidad de aparecer como la querida del señor Mateo Marino, uno de los más altos personajes de Colca. Pero, el

odio existía. Intimamente, Laura experimentaba repugnancia por su patrón, cuarentón colorado, medio legañoso, redrojo, grosero, sucio, tan avaro como su hermano y que, por su parte, tampoco sentía el menor afecto por su cocinera. Cuando había gente en casa de "Marino Hermanos". Mateo ostentaba un desprecio encarnizado e insultante por Laura, a fin de que nadie creyese lo que todo el mundo creía: que era su querida. Y esto le dolía profundamente a Laura.

Con José, otras eran sus relaciones. Como José no podía poseerla por la fuerza y a la descubierta, puesto que su hermano estaba con ella, la venció y la retenía con la astucia y el engaño. José la hizo entender que Mateo era un tonto, que no la quería y que haría con ella, a la larga, lo que hizo con la madre de Cucho: someterla a la miseria, obligándola a escaparse con el primer venido. Le dijo, de otro lado, que él, José, en cambio, la amaba mucho y la haría su "querida de asiento" el día en que Mateo la abandonase. Además, José, contrariamente a lo que hacía Mateo —que nunca prometió a Laura nada—, le prometía siempre darle dinero, aunque nunca, en realidad, le dio nada. En resumen, José sabía engañarla, halagándola y mostrándose apasionado, cosa ésta que Laura no advirtió nunca en Mateo. El propio género de relaciones culpables que los unía, azuzaba, de una parte, a José, a no ser seco y brutal como su hermano, y de otra parte, a Laura —mujer, al fin—, a sostener y prolongar indefinidamente este juego con "Marino Hermanos". En ello había también en Laura mucho de venganza a los desprecios de Mateo. Con todo, y examinando las cosas en conjunto, tampoco amaba Laura a José Marino, ni mucho menos. Ella no sabía, de otro lado, si, en el fondo, le detestaba tanto como a su hermano. Pero, en todo caso, sentía que lo que había entre

ella y José era algo muy inconsistente, difuso, frágil, insípido. Muchas veces, pensándolo, Laura se daba cuenta que no sentía nada por este hombre. Y, si más lo pensaba, llegaba a apercibirse, en fin, de que le odiaba ....

En esto meditaba Laura, remendando su zapato.

Los hermanos Marino, en sus camas, meditaban, el uno, José, ansiosamente, en Laura, y el otro, Mateo, con cierto malestar, en Laura y en José. Este quería ir a la cocina. Mateo no quería que José pudiera ir a la cocina. José esperaba que Mateo se quedase dormido. Aun cuando estaba convencido de que Mateo lo sabía todo, estaba también ahora convencido de que Mateo se haría el desentendido y de que tendría que quedarse, tarde o temprano, dormido. Sin embargo, las suposiciones de José no correspondían del todo a la realidad del pensamiento y la voluntad de Mateo. Por primera vez, esta noche, Mateo sentía una especie de celos vagos e imprecisos. A Mateo, en verdad, le dolía que José fuese a la cocina. ¿Por qué? ¿Por qué esta noche tales reparos y no las otras veces? ....

Pasó largo rato, las cosas así en la cabeza de Laura y en la doble cabeza de "Marino Hermanos". Estos oyeron luego que Laura salía a desensillar el caballo y a echarle el otro tercio de alfalfa. El ruido de sus pasos era blando, casi aterciopelado y voluptuoso, pues Laura llevaba zapatos llanos. Oyéndola, el deseo se avivó en José. Le vino entonces ganas de tragar saliva y no lo pudo evitar. Mateo, oyendo la deglución salival de su hermano, se aseguró entonces de que éste desvelaba y sus resquemores se avivaron.

Laura volvió a la cocina y cerró de golpe la puerta. Los hermanos Marino se estremecieron.

¿Qué quería decir esta manera brusca de cerrar la puerta? José se dijo que se trataba de un signo tácito, con el cual Laura quería indicarle que pensaba en él y que la noche era propicia a los idilios. Mateo dudaba entre esto que se decía José y la idea de que, con aquel portazo, Laura trataba, por el contrario, de significarle a él, Mateo, su decisión resuelta e inalterable de guardarle fidelidad. Pero José ya no podía contener sus instintos. Se dio una vuelta violenta en la cama. Después se oyó el ruido del colchón de paja, cuando el joven cuerpo de la cocinera cayó y se alargó sobre él. El deseo poseyó entonces por igual a ambos hombres. Los lechos se hacían llamas. Las sábanas se atravesaban caprichosamente. La atmósfera del cuarto se llenó de imágenes .... José y Mateo Marino se hallaron, un instante, de espaldas uno al otro, sin saberlo...

Mateo saltó de repente de su cama, y José, al oírle, sintió que le subía la sangre de golpe a la cabeza. ¿Dónde iba Mateo? Un celo violento de animal poseyó a José. Mateo tiró suavemente la puerta y salió descalzo al corredor. Mateo sabía que su hermano lo estaba oyendo todo, pero él era, al fin y al cabo, el dueño oficial de esa mujer, y el deseo le tenía trastornado. José oyó luego que Mateo rasguñaba la puerta de la cocina, rasguño en el que Laura reconoció a su amante de todos los días. La rabia le hacía a José castañetear los dientes, de pie y pegada la oreja a la puerta del dormitorio fraternal. ¿Abriría Laura? Esta misma vaciló un instante en abrir. Hasta el propio Mateo dudó de si Laura le recibiría. Mas, al fin, habló y triunfó en la cocinera el sentimiento de esclavitud al patrón de "asiento". Cuando ya Laura empezó a deslizarse lentamente del colchón de paja, de puntillas y en la oscuridad, Mateo, a quien la de-

mora de Laura enardecía hasta hacerle perder la paciencia, volvió a rasguñar la puerta, esta vez ruidosamente. Laura tropezó, por la prisa, en el batán de la cocina, y se oyó un porrazo en el suelo. Después se abrió la puerta y Mateo, temblando de ansiedad, entró. José se había apercibido de toda esta escena en sus menores detalles y tornó a su cama. El dolor de su carne sedienta y la idea que se hacía de lo que pasaba en esos momentos entre Laura y su hermano, le hacían retorcerse angustiosamente entre las sábanas y le arrancaban ahogados rugidos de bestia envenenada.

Lo que sucedió en la cocina fue en el suelo. Laura acababa de caer junto al batán y se luxó la muñeca de una mano, un hombro y una cadera. Gemía en silencio y la muñeca le sangraba. Pero nada pudo embridar los instintos de Mateo. Al comienzo, la tomó la mano, acariciándola y lamiendo la sangre. Un momento después, apartó brutalmente la muñeca herida de Laura, y, según su costumbre, lanzó unos bufidos de animal ahito. Ni Laura ni Mateo habían pronunciado palabra en esta escena. Mateo se puso de pie y, con sumo tiento, ganó la puerta, salió y volvió a cerrarla despacio. Se paró al borde del corredor y orinó largo rato. José sintió que una ola de bochorno recorría sus miembros, jaló las frazadas y se tapó hasta la cabeza. Al entrar Mateo al cuarto, por las amplias espaldas de José descendió un sudor caliente y casi cáustico.

Laura quedó tendida en el suelo, llorando. Probó de levantarse y no pudo. La cadera le dolía como quebrada.

Una vez en su cama, Mateo sintió frío. Según sus cálculos, y aunque José daba señas de dormir, estaba Mateo cierto de que no dormía. ¿In-

sistiría José en ir a la cocina? Era muy probable. Sí. José quería siempre ir a la cocina. Pero Mateo ya no sentía ahora celos de su hermano. Imaginando a José en brazos de Laura, ya no se incomodaba. Un sopor espeso e irresistible empezó a invadirle y, cuando unos minutos más tarde, José abrió a su turno y de golpe la puerta y salía, Mateo no lo oyó, pues roncaba profundamente.

José empujó violentamente la puerta de la cocina y entró. Laura se incorporó vivamente, a pesar de sus dolores. Al tanteo, la buscó José en la oscuridad. La tocó al fin. Su mano, ávida y sudorosa, cayendo como una araña gorda en los senos medio desnudos de la cocinera, la quitó el aliento. Un beso apretado y largo unió los labios humedecidos aún de lágrimas de Laura, a la callosa boca encrespada de José. Laura cesó de llorar y su cuerpo cimbróse, templándose. Laura deseaba, pues, a José, ¿y precisamente a José? No. Cualquier otro hombre, que no fuese Mateo, habría provocado en ella idéntica reacción. Lo que bastaba a Laura, para reaccionar así, era un otro contacto que no fuese el conocido y estúpido del patrón cotidiano. Y si este nuevo contacto venía, además, apasionado, mimoso y, lo que es más importante, envuelto en las sombras de lo prohibido, se explica aún mejor por qué Laura acogía a José Marino de una manera distinta que a Mateo Marino. Laura, la campesina —lo hemos dicho ya—, había adquirido muchos modos de conducta de señorita aldeana, y entre éstos, el gusto del pecado.

Al entrar José en los brazos de la cocinera, del cuerpo de ésta salió una brusca y turbadora emanación. José sintió una extraña impresión y permaneció inmóvil un momento. ¿Qué olor era ese —mitad de mujer y otra mitad desconoci-

da—, que le daba así en el olfato, desconcertándole? ¿De dónde salía? ¿Era el olor de Laura? ¿Y solamente de Laura? José pensó inmediatamente en su hermano. Un calofrío de pudor — de un pudor profundamente humano y tormentoso— le sobrecogió. Sí. Mateo acababa de pasar por allí. Sus instintos viriles retrocedieron, como retrocede o resbala un potro desbocado, al borde de un precipicio. Mas eso duró un segundo. El animal caído volvió a pararse y, desatentado y ciego, siguió su camino.

Si no olvidamos que José no hacía más que engañar a Laura y que la caricia y la promesa terminaban una vez saciados sus instintos, se comprenderá fácilmente por qué José se alejase, unos minutos más tarde, de Laura, diciéndole desdeñosamente y en voz baja:

—Y para esto he esperado horas enteras ....

—¡Pero, oiga usted, don José! —le decía Laura, suplicante—. No se aleje usted, que voy a decirle una cosa.

José, incomodándose y sin acercarse a la cocinera, respondió:

—¿Qué cosa?

—Yo creo que estoy preñada ....

—¿Preñada? ¡No friegues, hombre! —dijo José con una risa de burla.

—Sí, don José, sí. Yo sé que estoy preñada.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque tengo vómitos todas las mañanas.

—¿Y desde cuándo crees que estás preñada?

—Yo no sé. Pero estoy casi segura.

—¡Ah! —gruñó José Marino, malhumorado—. ¡Eso es una vaina! ¿Y qué dice Mateo?

—Yo no le he dicho nada.

—¿No le has dicho nada? ¿Y por qué no le has dicho?

Laura guardó silencio. José volvió a decirle:

—Responde. ¿Por qué no se lo has dicho a él?

Este *él* sonó y se irguió entre José y Laura como una pared divisoria entre dos lechos. Laura y José conocían muy bien el contenido de esa palabra. Este *él* era el padre presunto, y José decía *él* por Mateo, mientras que Laura pensaba que *él* no era precisamente Mateo, sino José. Y la cocinera volvió, por eso, a guardar silencio.

—¡Eso va a ser una vaina! —repitió José disponiéndose a partir.

Laura trató de retenerlo con un gemido:

—¡Sí, sí! Porque yo no estoy preñada de su hermano, sino de usted....

José rió en la oscuridad, mofándose:

—¿De mí? ¿Preñada de mí? ¿Quieres echarme a mí la pelota de mi hermano? ....

—¡Sí! ¡Sí, don José! ¡Yo estoy preñada de usted! ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé! ....

Un sollozo la ahogó, José argumentaba:

—Pero si yo no he estado contigo hace ya más de un mes ....

—¡Sí, sí, sí, sí! .... Fue la última vez. La última vez ....

—¡Pero tú no puedes saber nada! .... ¿Cómo vas a saberlo, cuando, muchas veces, en una misma noche, has dormido conmigo y con Mateo? ....

Laura, en ese momento, sintió algo que la incomodaba. ¿Era el sudor? ¿Era la posición en que estaba su cuerpo? ¿Eran sus luxaciones? Cambió de posición y algo resbaló por el surco más profundo de su carne .... Instantáneamente cruzó por el corazón de Laura una duda compacta, tenebrosa, inmensa. En efecto. ¿Cómo iba a saber cuál de los dos Marino era el padre de su hijo? Ahora mismo, en ese momento, ella sentía oscuramente gravitar y agitarse en sus entrañas de mujer las dos sangres de esos hombres, confundidas e indistintas. ¿Cómo diferenciarlas?

—¿Pero cómo vas a saberlo? —repetía José imperiosamente.

Laura iba a responder un disparate, pero se contuvo. No. El hijo no podía ser de los dos hermanos Marino. Un hijo tiene siempre un solo padre. La cocinera, sintiéndose en el colmo de su terrible incertidumbre, lanzó un sollozo entrañable y desgarrador. José salió y cerró la puerta silenciosamente.

* * *

Al otro día, a las diez de la mañana, los hermanos Marino fueron a ver al subprefecto Luna, por el asunto de los peones. Cuando llegaron a la subprefectura, Luna acababa de afeitarse.

—Antes que nada —dijo el viejo subprefecto, en tono campechano— van a probar ustedes lo que es rico ....

Sacó de la otra pieza una botella y unas copas, añadiendo alborozado:

—Adivinen ustedes de dónde viene ....

—¿Del chino Chank?

—No, señor —exclamaba Luna, sirviendo él mismo el pisco.

—¿De la vieja Mónica?

—Tampoco.

—¿De casa del juez?

—Menos.

José tomó la primera copa y dijo, saboreándose:

—¿Del cura Velarde?

—¡Eso es!

—¡Pero es estupendo!

—¡Formidable!

—¡Cojonudo!

A la tercera copa, Mateo le dijo al subprefecto:

—Necesitamos, querido subprefecto, dos gendarmes.

—¿Para qué, hombre? . . . —respondió en broma y ya algo chispo, el viejo Luna—. ¿A quién van a echar bala? . . .

José alegó:

—Es para ir a ver a unos peones prófugos. ¡Qué quiere usted! La "Mining Society" nos obliga a poner en las minas cien peones de aquí a un mes. La oficina de Nueva York exige más tungsteno. Y los cholos que tenemos "socorridos", se resisten a cumplir sus contratos y a salir para Quivilca . . .

El subprefecto se puso serio, argumentando:

—Pero es el caso que yo no dispongo ahora de gendarmes. Los pocos que tengo, faltan para tomar a mis conscriptos. Yo también, como ustedes saben, estoy en apuros. El prefecto me obliga a enviarle para el primero del mes próximo, lo menos cinco conscriptos. ¡Y los cholos se han vuelto humo! . . . No tengo sino dos en la cárcel. Precisamente . . . — dijo, volviéndose a la puerta de su despacho, que daba sobre la plaza, y llamando en voz alta:

—¡Anticona! . . .

—¡Su señoría! — respondió un gendarme, apareciendo al instante, cuadrándose y saludando militarmente desde la puerta.

—¿Salieron los gendarmes por los conscriptos?

—Sí, su señoría.

—¿A qué hora?

—A la una de la mañana, su señoría.

—¿Cuántos han salido?

—El sargento y tres soldados, su señoría.

—¿Y cuántos gendarmes hay en el cuartel?

—Dos, su señoría.

—¿Ya ven ustedes? —dijo el subprefecto,

volviéndose a "Marino Hermanos"—. Tengo los justos para el servicio. Nada más que los justos. ¡Esto es una broma! Porque los mismos gendarmes se hacen los rengos. No quieren secundarme. Son unos borrachos. Unos haraganes. Con tal de que me traigan los conscriptos, les he prometido ascenderlos y premiarlos, y les he dado su pisco, su coca, sus cigarros y, en fin, les he autorizado a que hagan lo que quieran con los indios. ¡Látigo o sable, no me importa! A mí lo que me importa es que me traigan gente, sin pararse en mientes ni en contemplaciones. . .

Luna tomó una expresión de crueldad calofriante. El ordenanza Anticona volvió a saludar y se retiró con la venia del subprefecto. Este se paseaba, pensativo y ceñudo, y "Marino Hermanos" estaban de pie, muy preocupados.

—¿A qué hora volverán los gendarmes con los conscriptos? — preguntó José a la autoridad.

—Supongo que en la tarde, a eso de las cuatro o cinco.

—Bueno. Entonces los gendarmes puede ir con nosotros por los peones, en la noche, entre ocho y nueve por ejemplo.

—Allí veremos. Porque como se han levantado tan temprano, los gendarmes van a querer descansar esta noche.

—¿Entonces? —dijo José contrariado—. Porque la "Mining Society" nos exige. . .

—De otra manera —agregó Mateo—, si no se nos proporciona los gendarmes que necesitamos, nos será completamente imposible cumplir con la empresa.

Porque en el Perú, y particularmente en la sierra, a los obreros les hacen cumplir los patrones sus contratos civiles, valiéndose de la Policía. La deuda del obrero es coercible por la fuerza armada, como si se tratara de un delito.

Más todavía. Cuando un obrero se "socorre", es decir, cuando vende su trabajo, comprometiéndose a darlo en una fecha más o menos fija a las empresas industriales, nacionales o extranjeras, y no llega a darlo en la fecha estipulada, es perseguido por las autoridades como un criminal. Una vez capturado, y sin oír defensa alguna de su parte, se le obliga, por la fuerza, a prestar los servicios prometidos. Es, en pocas palabras, el sistema de los trabajos forzados.

—En fin —repuso el subprefecto, en tono conciliador—. Ya veremos el modo de arreglarnos y conciliar intereses. Ya veremos. Tenemos tiempo. . .

Los hermanos Marino, despechados, refunfuñaron a una voz:

—Muy bien. Perfectamente...

El subprefecto sacó su reloj:

—¡Las once menos cuarto! —exclamó—. A las once tenemos sesión de la Junta Conscriptora Militar. . .

Y, precisamente, al instante, empezaron a llegar al despacho subprefectural los miembros de la Junta. El primero en llegar fue el alcalde Parga, un antiguo montonero de Cáceres muy viejo y encorvado, astuto y ladrón empedernido. Después llegaron juntos el juez de primera instancia, doctor Ortega, el médico provincial, doctor Riaño, y el vecino notable de Colca, Iglesias, el más rico propietario de la provincia. El doctor Ortega sufría de una furunculosis permanente y, originario de Lima, llevaba ya en Colca unos diez años de juez. Una historia macabra se contaba de él. Había tenido una querida, Domitila, a quien parece llegó a querer con frenesí. Pero Domitila murió hacía un año. La gente refería que el doctor Ortega no podía olvidar a Domitila y que una noche, pocas semanas después del en-

tierro, fue el juez en secreto, y disfrazado, al cementerio y exhumó el cadáver. Al doctor Ortega le acompañaron en este acto dos hombres de toda confianza. Eran éstos dos litigantes de un grave proceso criminal, a favor de los cuales falló después el juez, en pago a sus servicios de esa noche. Mas, ¿para qué hizo el doctor Ortega semejante exhumación? Se refería que, una vez sacado el cadáver, el juez ordenó a los dos hombres que se alejasen, y se quedó a solas con Domitila. Se refería también que el acto solitario —que nadie vio, pero del que todos hablaban—, que el doctor Ortega practicara con el cuerpo de la muerta, era una cosa horrible, espantosa. . . ¿Era esto cierto? ¿Era, al menos presumible? El juez, a partir de la muerte de Domitila, tomó un aire taciturno, misterioso y, más aún, extraño e inquietante. Salía poco a la calle. Se decía, asimismo, que vivía ahora con Genoveva, una hermana menor de Domitila. ¿Qué complejo freudiano y qué morbosa realidad se ocultaban en la vida de este hombre? Barbudo, medio cojo, con un algodón o venda siempre en el cuello, emponchado y recogido, cuando pasaba por la calle o asistía a un acto oficial, miraba vagamente a través de sus anteojos. La gente experimentaba, al verle, un malestar sutil e insoportable. Algunos se tapaban las narices.

El médico Riaño era nuevo en Colca. Joven de unos treinta años, y según se decía, de familia decente de Ica, vestía con elegancia y tenía una palabra fácil y florida. Se declaraba con frecuencia un idealista, un patriota ardiente, aunque, en el fondo, no podía esconder un arribismo exacerbado. Soltero y bailarín, tenía locas por él a las muchachas del lugar.

En cuanto al viejo Iglesias, su biografía era muy simple: las cuatro quintas partes de las

fincas urbanas de Colca, eran de su exclusiva pertenencia. Tenía, además, una rica hacienda de cereales y cría, "Tobal", cuya extensión era tan grande, su población de siervos tan numerosa y sus ganados tan inmensos, que él mismo ignoraba lo que, a ciencia cierta, poseía. ¿Cómo adquirió Iglesias tamaña fortuna? Con la usura y a expensas de los pobres. Sus robos fueron tan ignominiosos, que llegaron a ser temas de yaravíes, marineras y danzas populares. Una de éstas rezaba así:

Ahora sí que te conozco
que eres dueño de Tobal
con el sudor de los pobres
que les quitaste su pan . . .
con el sudor de los pobres
que les quitaste su pan . . .

Una numerosa familia rodeaba al gamonal. Uno de sus hijos, el mayor, estaba terminando sus estudios para médico en Lima, y ya se anunciaba su candidatura a la diputación de la provincia.

El subprefecto Luna poseía una ejecutoria administrativa larga y borrascosa. Capitán de gendarmes retirado, seductor y jugador, disponía de un ingenio para la intriga extraordinario. Nunca, desde hacía diez años, le faltó puesto público. Con todos los diputados, ministros, prefectos y senadores, estuvo siempre bien. Sin embargo, a causa de su crueldad y falta de tino, no duraba en los puestos. Es así como había recorrido casi toda la república de subprefecto, comisario, mayor de guardias, jefe militar, etc., etc. Una sola cosa daba unidad a su vida administrativa: los disturbios, motines y sucesos sangrientos que en todas partes provocaba, en razón de sus intrigas, intemperancias y vicios.

Una vez que los hermanos Marino salieron de la subprefectura, la sesión de la Junta Conscriptora Militar quedó abierta. Leyó el acta anterior el secretario del subprefecto, Boado, un joven lleno de barros en la cara, ronco, de buena letra y muy enamorado. Nadie formuló observación alguna al acta. Luna dijo luego a su secretario:

—Dé usted lectura al despacho.

Boado abrió varios pliegos y empezó a leer en voz alta:

—Un telegrama del señor prefecto del Departamento, que dice así: "Subprefecto. Colca. Requiérole contingente sangre fin mes indefectiblemente. (Firmado). Prefecto Ledesma".

En ese momento llenó la plaza un ruido de caballería, acompañado de un murmullo de muchedumbre. El subprefecto interrumpió a su secretario vivamente:

—¡Espérese! Allí vienen los conscriptos. ..

El secretario se asomó a la puerta.

—Sí. Son los conscriptos —dijo—. Pero viene con ellos mucha gente ....

La Junta Conscriptora suspendió la sesión y todos sus miembros se asomaron a la puerta. Una gran muchedumbre venía con los gendarmes y los conscriptos. Eran, en su mayoría, curiosos, hombres, mujeres y niños. Observaban a cierta distancia y con ojos absortos, a dos indios jóvenes —los conscriptos— que avanzaban a pie, amarrados por la cintura al pescuezo de las cabalgaduras de los gendarmes montados. Tras de cada conscripto, venía su familia llorando. El sargento se detuvo ante la puerta de la subprefectura, bajó de su caballo, se cuadró ante la Junta Conscriptora y saludó militarmente:

—¡Traemos dos, su señoría! — dijo en voz alta y dirigiéndose al subprefecto.

—¿Son conscriptos? — preguntó Luna, muy severo.

—No, su señoría. Los dos son "enrolados".

Algo volvió a preguntar el subprefecto, que nadie oyó a causa del vocerío de la mutitud. El subprefecto levantó más la voz, golpeándola imperiosamente;

—¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman? ......

—Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, su señoría.

Un viejo muy flaco, cubierto hasta las orejas con un enorme sombrero de junco, doblado el poncho al hombro, la chaqueta y el pantalón en harapos, uno de los llanques en la mano, se abrió camino entre la multitud y llegó hasta el subprefecto.

—¡Patroncito! ¡Taita! —dijo juntando las manos lastimosamente—. ¡Suéltalo a mi Braulio! ¡Suéltalo! ¡Yo te lo pido, taita!

Otros dos indios cincuentones, emponchados y llorosos, y tres mujeres descalzas, la liclla prendida al pecho con una espina de penca, vinieron a arrodillarse bruscamente ante los miembros de la Junta Conscriptora:

—¡Por qué, pues, taitas! ¡Por qué, pues, al Isidoro! ¡Patroncitos! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo!

Las tres indias —abuela, madre y hermana de Isidoro Yépez— gemían y suplicaban arrodilladas. El padre de Braulio Conchucos se acercó y besó la mano al subprefecto. Los otros dos indios —padre y tío de Isidoro Yépez— volvieron hacia éste y le pusieron su sombrero.

A los pocos instantes había ante la Subprefectura numeroso pueblo. Bajó de su cabalgadura uno de los gendarmes. Los otros dos se-

guían montados, y junto a ellos estaban de pie los dos "enrolados", cada uno atado a la mula de cada soldado. Braulio Conchucos tendría unos veintitrés años; Isidoro Yépez, unos dieciocho. Ambos eran yanaconas de Guacapongo. Ahora era la primera vez que venían a Colca. Analfabetos y desconectados totalmente del fenómeno civil, económico y político de Colca, vivían, por así decirlo, fuera del Estado peruano y fuera de la vida nacional. Su sola relación con ésta y con aquél se reducía a unos cuantos servicios o trabajos forzados que los yanaconas prestaban de ordinario a entidades o personas invisibles para ellos: abrir acequias de regadío, desmontar terrenos salvajes, cargar a las espaldas sacos de granos, piedras o árboles con destino ignorado, arrear recuas de burros o de mulas con fardos y cajones de contenido misterioso, conducir las yuntas en los barbechos y las cuadrigas de las trillas en parvas piramidales y abundantes, cuidar noches enteras una toma de agua, ensillar y desensillar bestias, segar alfalfa y alcacel, pastear enormes porcadas, caballadas o boyadas, llevar al hombro literas de personajes extraños, muy ricos y muy crueles; descender a las minas, recibir trompadas en las narices y patadas en los riñones, entrar a la cárcel, trenzar sogas o pelar montones de papas, amarrados a un brazadero, tener siempre hambre y sed, andar casi desnudos, ser arrebatados de sus mujeres, para el placer y la cama de los mandones, y mascar una bola de coca, humedecida de un poco de cañazo o de chicha. . . Y luego, ser conscriptos o "enrolados", es decir, ser traídos a la fuerza a Colca, para prestar su servicio militar obligatorio. ¿Qué sabían estos dos yanaconas de ***servicio militar obligatorio***? ¿Qué sabían de patria, de gobierno, de orden público ni de seguridad y garantía na-

cionales? ¡Garantías nacionales! ¿Qué era eso? ¿Quiénes debían prestarlas y quiénes podían disfrutarlas? Lo único que sabían los indígenas era que eran desgraciados. Y en cuanto a ser conscriptos, o "enrolados", no sabían sino que, de cuando en cuando solían pasar por las jalcas y las chozas los gendarmes, muy enojados, amarraban a los indios más jóvenes a la baticola de sus mulas y se los llevaban, pegándoles y arrastrándoles al trote. ¿Adónde se los llevaban así? Nadie lo sabía tampoco. ¿Y hasta cuándo se los llevavan? Ningún indio conscripto o "enrolado" volvió ya nunca a su tierra. ¿Morían en países lejanos, de males desconocidos? ¿Los mataban, quién sabe, otros gendarmes o sargentos misteriosos? ¿Se perdían tal vez por el mundo, abandonados en unos caminos solitarios? ¿Eran, quién sabe, felices? No. Era muy difícil ser felices. Los yanaconas no podían nunca ser felices. Los jóvenes conscriptos o "enrolados", que se iban para no volver, eran seguramente desgraciados.

Braulio Conchucos, por toda familia, tenía su padre viejo y hermanos pequeños, una mujercita de diez y un varón de ocho. Su madre murió de tifoidea. Dos hermanos mayores también murieron de tifoidea, epidemia que arrasó mucha gente hacía cuatro o cinco años en Cannas y sus alrededores. Pero el Braulio quería a la Bárbara, hija de unos vecinos vaqueros de Guacapongo, y a quien pensaba hacerla su mujer. Cuando cayeron los soldados en la choza de Braulio, a las cinco de la mañana, y todavía oscuro, los chicos se asustaron y se echaron a llorar. El padre, al partir, siguiendo al "enrolado", les decía:

—¡Váyanse onde la Bárbara! ¡Váyanse onde la Bárbara! ¡Que les den de almorzar ahí! ¡Váyanse! ¡No se queden aquí! ¡Váyanse! ¡Yo vuel-

vo pronto! ¡Vuelvo con el Braulio! ¡Vuelvo! ¡Vuelvo!

Los chicos se agarraron fuertemente a las piernas de Braulio y del viejo, llorando:

—¡No, no, taita! ¡No te vayas! ¡No nos dejes! ¡No te vayas! . . .

Uno de los gendarmes los tomó por los brazos y los apartó de un tirón. Pero, al soltarlos para ir a montar, los chicos se precipitaron de nuevo hacia el viejo y hacia Braulio, llorando desesperadamente e impidiéndolos moverse. El padre los apartaba, consolándolos:

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Ya está! ¡Ya está! Cállense! ¡Váyanse! ¡Váyanse onde la Bárbara!

Braulio habría querido abrazarlos, pero le habían amarrado los brazos a la espalda.

El sargento, ya a caballo, vociferó con cólera:

—¡Arza, carajo, viejo cojudo! ¡Camina y no nos jodas más! . . .

La comitiva arrancó. Tomo la delantera el sargento al trote. Luego, un gendarme, con el otro conscripto, Isidoro Yépez, a pie y atado a su mula. Y luego, otro gendarme, y, junto a él, Braulio Conchucos, también a pie y atado a su cabalgadura. Un jalón repentino y brutal tiró de la cintura a Braulio, que habría caído al suelo de no ir amarrado estrechamente al pescuezo de la bestia, y Braulio empezó a correr al paso acelerado de las mulas. Cerraba la comitiva, a retaguardia, un tercer gendarme fumando su cigarro. Detrás, seguían las familias de los "enrolados".

En el momento de ponerse en camino la mula del gendarme que llevaba a Braulio, éste, tirado por sus amarras, dio el primer paso atropellando a sus hermanos, que cayeron al suelo. Braulio pisó sobre el vientre de la mujercita. Esta permaneció sin resuello unos segundos, tendida. El chico volvió a levantarse, medio ciego y

tonteado, y siguió un trecho a Braulio y a su padre. Tropezó varias veces, a causa de la oscuridad, en las piedras del angosto camino, hincándose en las pecas y en las zarzamoras. El tumulto se alejó rápidamente. El chico se detuvo y cesó de llorar, para oír. Un silencio absoluto imperó en torno de la choza. Luego sopló el viento unos segundos en los guirnales plantados junto al pozo. La chica, al volver en sí, empezó a llorar, llamando a gritos:

—¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Braulio! ¡Juan!

Entonces Juan, el chico, volvió corriendo a la choza. Los dos subieron a la barbacoa, se taparon con unas jergas y se pusieron a llorar. Las siluetas de los gendarmes, pegándole al viejo y al Braulio y amarrándolo a éste, entre gritos y vociferaciones, estaban fijas en la retina de Juan y de su hermana. ¿Quiénes eran esos monstruos vestidos con tantos botones brillantes y que llevaban escopetas? ¿De dónde vinieron? ¿A qué hora cayeron en la choza? ¿Y por qué venían por el Braulio y por el taita? ¡Y les habían pegado! ¡Les habían dado muchos golpes y patadas! ¿Por qué? ¿Serían hombres también como los demás? Juan lo dudaba, pero su hermana, tragando sus lágrimas, le decía:

—Sí. Son como todos. Como taita y como el Braulio. Yo les vi sus caras. Sus brazos también, y también sus manos. Uno me tiró las orejas, sin que yo le haga nada. . .

La chica volvió a gemir, y Juan, un poco sofocado y nervioso, le dijo:

—¡Cállate! ¡Ya no llores, porque van a volver otra vez a llevarnos! . . . ¡Cállate! ¡Son los diablos! Tienen en la cintura unas monturas. Tienen cabezas redondas y picudas. ¡Vas a ver, que van a volver!

—Hablan como todos. Dijeron: "¡Carajo! ¡No te escaparás!" "¡Viejo e mierda!" "¡Camina!" "¡Jijoputa!". . . Están vestidos como el burro mojino. Andan muy fuerte. ¿Has visto por onde se fueron?

—Se fueron por la cueva, a la carrera. ¡Van a volver! ¡Vas a ver! ¡Han salido de la cueva! ¡Así decía mama' ¡Que salen de la cueva con espuelas y con látigos y en mulas relinchando y con patas con candelas!

—¡Mientes! Mama no decía así. ¡Estos son cristianos, como nosotros! ¡Vas a ver que mañana volverán otra vez y los verás que son cristianos! ¡Ahí verás! ¡Ahí verás!

Juan y su hermana guardaron silencio. Seguían preguntándose a sí mismos por qué se llevaban al Braulio y al taita. ¿Adónde se los llevaban? ¿Los volverán a soltar? ¿Cuándo los soltarán? ¿Qué les harán? . . . Y la mujercita dijo, tranquilizándose:

—¿Y los otros? ¿Y los hombres y las mujeres que iban con ellos? ¿No ves? ¡Son cristianos! ¡Son cristianos! ¡Yo sé lo que te digo!

—Los otros —argumentaba en tono siempre febril y temeroso Juan—, los otros sí son cristianos. Pero no son sus compañeros. Los habrán sacado de sus chozas como al taita y al Braulio. Vas a ver que a todos los van a meter en la cueva. ¡Vas a ver! ¡Antes que amanezca! Ahí adentro tienen su palacio con unos diablos de reyes. Y hacen sus fiestas. Mandan por gente para que sirvan a los reyes y vivan allí siempre. Unos se escapan, pero casi todos mueren adentro. Cuando están ya viejos, los echan a las candelas para achicharrarlos vivos. Uno salió una vez y contó a su familia todo . . .

La hermana de Juan se había quedado dormida. Juan siguió pensando mucho rato en los

gendarmes, y, cuando asomaba el día, empezó a tener frío y se durmió.

Guacapongo estaba lejos de Colca. Los gendarmes, para poder llegar a Colca a las once del día, tuvieron que andar rápido, y, con frecuencia, al trote. Las familias de los "enrolados" se quedaban a menudo rezagadas. Pero los dos "enrolados", quieran o no quieran, iban al paso de las bestias. Al principio caminaron con cierta facilidad. Luego, a los pocos kilómetros recorridos, empezaron a flaquear. Les faltaba fuerzas para avanzar parejo con las bestias. Eran diestros y resistentes para correr los yanacones, mas esta vez la prueba fue excesiva.

El camino, desde Guacapongo hasta Colca, cambiaba a menudo de terreno, de anchura y de curso; pero, en general, era angosto, pedregoso, cercado de pencas y de rocas y, en su mayor parte, en zig-zags, en agudos meandros, cerradas curvas, cuestas a pico y barrancos imprevistos. Dos ríos, el Patarati y el Huayal, atravesaron sin puente. La primavera venía parca en aguas, pero las del Huayal arrastraban todo el año, en esa parte, un volumen encajonado y siempre difícil y arriesgado de pasar.

Un metido de velocidad tremendo tuvo lugar entre las bestias y los "enrolados". Los gendarmes picaban sus espuelas sin cesar y azotaban a contrapunto sus mulas. El galope fue continuo, pese a la tortuosidad y abruptos accidentes de la ruta. Las bestias, mientras fue de noche, se encabritaron muchas veces, resistiéndose a salvar un precipicio, un lodazal, un riachuelo, o una valla. El sargento, furibundo, enterraba entonces sus espuelas hasta los talones en los ijares de su caballo y lo cruzaba de riendazos por las orejas y en las ancas, destapándose en ajos y cebollas. Se desmontaba. Sacaba de su alforja de cue-

ro una botella de pisco, bebía un gran trago y ordenaba a los otros gendarmes que hicieran lo propio. Luego llamaba a los deudos de los "enrolados" y les obligaba a empujar al animal. Al fin, las bestias eran empujadas. Tras de un pataleo angustioso en el lodazal, hundidos hasta el pecho, volvían a salir al otro lado del camino. ¿Y los "enrolados"? ¿Cómo salvaban éstos los malos pasos? Como las bestias. Sólo que, a diferencia de ellas, los "enrolados" no ofrecían la menor resistencia. La primera vez que estuvieron ante las gradas de un acantilado a pico y en el que no había la menor traza de camino, Isidoro Yépez osó decir al gendarme que le llevaba:

—¡Cuidado, taita! ¡Nos vamos a rodar!

—¡Calla, animal! — le contestó el gendarme, dándole un bofetón en las narices.

Un poco de sangre le salió a Isidoro Yépez. A partir de ese momento, los dos "enrolados" se sumieron en un silencio completo. Los gendarmes pronto se emborracharon. El sargento quería llegar a Colca cuanto antes, porque a las once tenía una partida de dados en el cuartel con unos amigos. Las indias y los indios que seguían a Yépez y a Conchucos, desaparecían por momentos de la comitiva, porque conocedores del terreno, y como iban a pie, abandonaban el camino real para salir más pronto por otro lado, cortando la vía o a campo traviesa. Lo hacían arañando los peñascos, rodando las lajas, bordeando como cabras las cejas de las hondonadas o atravesando un río a saltos de pedrón en pedrón o a prueba de equilibrio sobre un árbol caído.

Al cruzar el Huayal, ya de día, Braulio Conchucos estuvo a punto de encontrar la muerte. Pasó tras una tenaz resistencia de su caballo, el sargento. Pasó después el gendarme que condu-

cía a Isidoro Yépez, y, cuando la mula del segundo gendarme se vio en medio de la corriente, sus miembros vacilaron y fue arrastrada un trecho por las aguas. Estaba hundida hasta la mitad de la barriga. Las piernas del gendarme no se veían. La angustia de éste fue inmensa. Azuzaba al animal, gritándole y azotándole. El "enrolado", sumergido hasta medio pecho en el río. se mostró por su parte, impasible y tranquilo ante el peligro.

¡Sal, carajo! —le decía, poseído de horror, el gendarme!—. ¡Párate bien! ¡Avanza! ¡Sal del agua! ¡Tira a la mula! ¡Tira! ¡Avanza! ¡Avanza! ¡No te dejes arrastrar! . . .

A una y otra orilla, los otros gendarmes lanzaban gritos de espanto y corrían enloquecidos, viendo cómo la corriente empezaba a derribar a la mula y a llevársela río abajo, con el gendarme y con el "enrolado". Sólo éste, en medio del peligro, e Isidoro Yépez, al otro lado del Huayal, permanecían mudos, serenos, inalterables. El guardia de Conchucos, en el colmo de su terror y fuera de sí, sólo atinó a abofetear a Braulio ferozmente. Conchucos, amarrado, empezó a sangrar, pero no hizo nada por salir del peligro ni pronunció palabra alguna de protesta. A Isidoro Yépez le habían dado de trompadas sólo por haberlos advertido contra un riesgo de la ruta. ¿Para qué entonces hablar ni hacer nada? Los yanaconas comprendían muy bien su situación y su destino. Ellos no podían nada ni eran nada por sí mismos. Los gendarmes, en cambio, eran todo y lo podían todo. Por lo demás, Braulio Conchucos perdió aquella mañana, de golpe, todo interés y todo sentimiento de la vida. Ver llegar a su choza a los soldados, de noche: ser por ellos golpeado y amarrado y sentirse perdido para siempre, todo

no fue sino uno. Le llevarían no se sabe dónde, como a otros yanaconas mozos, y para no soltarlos nunca. ¿Qué más dàba entonces perecer ahogado o de cualquier otra suerte? Además, Braulio Conchucos e Isidoro Yépez concibieron bruscamente por los gendarmes un rencor sordo y tempestuoso. De modo oscuro se daban cuenta que, cualquiera que fuese su condición de simples instrumentos o ejecutores de una voluntad que ellos desconocían y no alcanzaban a figurarse, algo suyo ponían los gendarmes en su crueldad y alevosía. Braulio Conchucos experimentaba ante el miedo del gendarme, una satisfacción recóndita. ¡Y si el agua se los habría llevado, en buena hora! ¿No estaba ya viendo Braulio que la sangre que corría de su boca, se la llevaba el agua? Sintió luego un chicotazo que le cruzó varias veces la cara y ya no vio más. Un ojo se le tapó. Entonces vaciló todo su cuerpo. Durante un instante la mula y el "enrolado" temblaron como arrancados tallos, a merced de la corriente. Pero el gendarme, loco de espanto y por todo esfuerzo, para escapar de la muerte, siguió azotando con todas sus fuerzas al animal y al yanacón. Los chicotazos llovieron sobre las cabezas de Braulio y la mula.

—¡Carajo! —vociferaba aterrado el gendarme—. ¡Mula! ¡Mula! ¡Anda, indio e mierda! ¡Anda! ¡Anda! . . .

Un postrero esfuerzo de la bestia y ésta alcanzó a ganar el otro borde del Huayal, con su doble carga del gendarme y de Conchucos. Reanudóse la marcha. El sol empezó a quemar. Pasado el Huayal, el camino se paró en una cuesta larga, interminable. Pero el sargento picó más espuelas y blandió más su látigo. Paso a paso subían, aunque sin detenerse, los animales, y junto a ellos, los dos "enrolados". Una

que otra vez solamente se paró la comitiva. ¿Por qué? ¿Eran las mulas que ya no podían? ¿Eran los yanaconas, que ya no podían? ¿Eran mulas y "enrolados" que ya no podían?

—¡Te haces el cojudo por no caminar! —decían los gendarmes a los yanaconas—. ¡Anda, carajo! ¡Anda nomás! ¡Avanza y no te cuelgues de la mula! ¡Anda o te muelo a riendazos! . . .

Los "enrolados" y las bestias sudaban y jadeaban. El pelambre de las mulas se encrespó, arremolinándose en mil rizos y flechas. Por el pecho y por los ijares corría el sudor y goteaba. Mascaban el freno las bestias, arrojando abundante espuma. Los cascos delanteros resbalaban en las lajas o, inmovilizados un instante, se cimbraban arqueándose y doblándose. La cabeza del animal se alargaba entonces, echando las orejas atrás, hasta rozar los belfos el suelo. Las narices se abrían desmesuradas, rojas, resecas. Pero el cansancio era mayor en Yépez y en Conchucos. Lampiños ambos, la camisa de cotón negra de mugre, sin sombrero, bajo el sol abrasador, los encallecidos pies en el suelo, los brazos atados hacia atrás, amarrados por la cintura con un lazo de cuero al pescuezo de las mulas, ensangrentados —Conchucos, con un ojo hinchado y varias ronchas en la cara—, los "enrolados" subían la cuesta cayendo y levantando. ¿Cayendo y levantando? ¡No podían ni siquiera caer! Al final de la cuesta, sus cuerpos, exánimes, agotados, perdieron todas las fuerzas y se dejaban arrastrar inertes, como palos o piedras, por las mulas. La voluntad vencida por la inmensa fatiga, los nervios sin motor, los músculos laxos, demolidas las articulaciones y el corazón amodorrado por el calor y el esfuerzo de cuatro horas seguidas de carrera,

Braulio Conchucos e Isidoro Yépez no eran más que dos retazos de carne humana, más muertos que vivos, colgados y arrastrados casi en peso y al azar. Un sudor frío los bañaba. De sus bocas abiertas salían espumarajos y sangre mezclados. Yépez empezó a despedir un olor nauseabundo y pestilente. Por sus tobillos descendía una sustancia líquida y amarilla. Relajadas por la mortal fatiga y en desgobierno todas sus funciones, estaba defecando y orinándose el conscripto.

—¡Se está cagando este carajo! —vociferó el gendarme que le llevaba, y se tapó las narices Los gendarmes se echaron a reír y picaron más espuelas.

Cuando los curiosos se acercaron a Isidoro Yépez, ante la Subprefectura de Colca, también se reían y se alejaban al punto, sacando sus pañuelos. Pero cuando se acercaron a Braulio Conchucos, se quedaban viendo largamente su rostro doloroso y desfigurado. Algunas mujeres del pueblo se indignaron y murmuraban palabras de protesta. Un revuelo tempestuoso se produjo inmediatamente entre la multitud. Los gendarmes le habían lavado la cara a Conchucos en una acequia, antes de entrar a Colca, pero las contusiones y la hinchazón del ojo resaltaron más. También los soldados reanimaron a los "enrolados", metiéndoles la cabeza largo tiempo en el agua fría. Así pudieron Yépez y Conchucos despertar de su coma y penetrar al pueblo andando.

—¡Les han pegado los gendarmes! —gritaba la muchedumbre—. ¡Véanlos cómo tienen las caras! ¡Están ensangrentados! ¡Están ensangrentados! ¡Están ensangrentados! ¡Qué lisura! ¡Bandidos! ¡Criminales! ¡Asesinos! . . .

Muchos vecinos de Colca se mostraban quemados de cólera. Una piedad unánime cundió en el pueblo. La ola de indignación colectiva llegó hasta los pies de la Junta Conscriptora Militar. El subprefecto Luna, dando un paso hacia la vereda, lanzó un grito colérico sobre la multitud:

—¡Silencio! ¿Qué quieren? ¿Qué dicen? ¿Por qué alegan? . . .

Se le acercó el alcalde Parga.

—¡No haga usted caso, señor subprefecto! —le dijo, tomándolo del brazo—. ¡Venga usted! ¡Venga usted con nosotros! . . .

—¡No, no! — gruñó violentamente el subprefecto, en quien las copas de pisco apuradas con "Marino Hermanos" habían producido una embriaguez furiosa.

Luna se irguió todo lo que pudo al borde de la acera y dijo al sargento, que estaba frente a él, esperando sus órdenes:

—¡Tráigame a los "enrolados"! ¡Hágalos entrar!

—¡Muy bien, su señoría! — respondió el sargento, y transmitió la orden a los gendarmes.

Los "enrolados" fueron desatados de los pescuezos de las mulas e introducidos al despacho de la Junta Conscriptora Militar. Siempre amarrados los brazos atrás y sujetos por la cintura con el lazo de cuero. Yépez y Conchucos avanzaron penosamente, empujados y sacudidos por sus guardias. La muchedumbre, al verlos cárdenos, silenciosos, las cabezas caídas, los cuerpos desfallecientes, casi agónicos, se agitó en un solo movimiento de protesta.

—¡Asesinos! —gruñían hombres y mujeres—. ¡Ahí van casi muertos! ¡Bandidos! ¡Asesinos! . .

Las familias de los yanaconas quisieron entrar al despacho del subprefecto, tras de los "enrolados", pero los gendarmes se lo impidieron.

—¡Atrás! —gritó con sorda ira el sargento, desenvainando amenazadoramente su espada.

Una vez que Yépez y Conchucos penetraron, un cordón de gendarmes, rifle en mano, cerraron la entrada a todo el mundo. Algunas amenazas, improperios e insultos dirigieron los gendarmes al pueblo.

—¡Animales! ¡Bestias! ¡No saben ustedes lo que dicen! ¡Ni lo que hacen! ¡Imbéciles! Todos ustedes no son sino unas mulas! . . . ¡Qué saben nada de nada! ¡Serranos sucios! ¡Ignorantes! . .

La mayoría de los gendarmes eran costeños. De aquí que se expresasen así de los serranos. Los de la costa del Perú sienten un desprecio tremendo e insultante por los de la sierra y la montaña, y éstos devuelven el desprecio con un odio subterráneo, exacerbado.

Agolpada a la puerta de la Subprefectura, y detenida por los rifles de los gendarmes, bullía en creciente indignación la multitud. Un diálogo huracanado se produjo entre la fuerza armada y el pueblo.

—¿Por qué les pegan así? ¿Por qué?

—Porque quisieron escaparse. Porque nos atacaron a piedras de sus chozas. . . ¡Indios salvajes! ¡Criminales!

—¡No, no! ¡Mienten!

—¡Pues, entonces, porque se me da la gana!...

—¡Asesinos! ¿Por qué los traen presos?

—¡Porque me da la gana!

—¡Qué conscriptos ni conscriptos! ¡Cuando después se los llevan a trabajar a las haciendas y a las minas y les sacan su platita y les quitan sus terrenitos y sus animalitos!. . . ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!. . .

Un gendarme lanzó un grito, furibundo:

—¡Bueno, carajo! ¡Silencio! ¡O les meto bala!. . .

Levantó su rifle e hizo ademán de apuntar al azar sobre la muchedumbre, la cual respondió a la amenaza con un clamor inmenso. Apareció a la puerta del despacho subprefectural, el alcalde Parga. . .

—¡Señores! —dijo con un respeto protocolar, que escondía sus temores—. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¡Calma! ¡Calma! ¡Serenidad, señores!...

Un hombre del pueblo emergió entonces de entre la muchedumbre y, abalanzándose sobre el alcalde Parga, le dijo muy emocionado, pero con energía:

—¡Señor alcalde! ¡Señor alcalde! El pueblo quiere ver en qué queda todo esto, y pide . . .

Los gendarmes lo agarraron por los brazos y le taparon la boca para impedirle que continuase hablando. Pero el viejo y astuto alcalde de Colca ordenó que le dejasen hablar.

—¡El pueblo, señor, pide que se haga justicia!

—¡Sí!. . . ¡Sí!. . . ¡Sí!. . . —coreó la multitud—. ¡Justicia! ¡Justicia contra los que les han pegado! ¡Justicia contra los asesinos!

El alcalde palideció.

—¿Quién es usted? —se agachó a preguntar al audaz que así le habló—. ¡Pase usted! ¡Pase usted al despacho! Entre usted y ya hablaremos.

El hombre del pueblo penetró al depacho subprefectural. Pero para hacer valer los derechos ciudadanos, ¿quién era este hombre de audacia extraordinaria? La acción popular ante las autoridades no era fenómeno frecuente en Colca. El subprefecto, el alcalde, el juez, el médico, el cura, los gendarmes, gozaban de una libertad sin límites en el ejercicio de sus funciones. Ni vindicta pública ni control social se practicaba nunca en Colca respecto de esos funcionarios. Más todavía. El más abominable y escandaloso abu-

so de la autoridad, no despertaba en el pueblo sino un oscuro, vago y difuso malestar sentimental. La impunidad era en la historia de los delitos administrativos y comunales cosa tradicional y corriente en la provincia. Pero he aquí que ahora ocurría algo nuevo y jamás visto. El caso de Yépez y Conchucos sacudió violentamente a la masa popular, y un hombre salido de ésta se atrevía a levantar la voz, pidiendo justicia y desafiando la ira y la venganza de las autoridades. ¿Quién era, pues, ese hombre?

Era Servando Huanca, el herrero. Nacido en las montañas del Norte, a las orillas del Marañón, vivía en Colca desde hacía unos dos años solamente. Una singular existencia llevaba. Ni mujer ni parientes. Ni diversiones ni muchos amigos. Solitario más bien, se encerraba todo el tiempo en torno a su forja, cocinándose él mismo. Era un tipo de indio puro: salientes pómulos, cobrizo, ojos pequeños, hundidos y brillantes, pelo lacio y negro, talla mediana y una expresión recogida y casi taciturna. Tenía unos treinta años. Fue uno de los primeros entre los curiosos que habían rodeado a los gendarmes y a los yanacones. Fue el primero asimismo que gritó a favor de estos últimos ante la Subprefectura. Los demás habían tenido miedo de intervenir contra ese abuso. Servando Huanca los alentó, haciéndose él guía y animador del movimiento. Otras veces ya, cuando vivió en el valle azucarero de Chicama, trabajando como mecánico, fue testigo y actor de parecidas jornadas del pueblo contra los crímenes de los mandones. Estos antecedentes y una dura experiencia que, como obrero, había recogido en los diversos centros industriales por los que, para ganarse la vida, hubo pasado, encendieron en él un dolor y una cólera crecientes contra la injusticia de

los hombres. Huanca sentía que en ese dolor y en esa cólera no entraban sus intereses personales sino en poca medida. Personalmente, él, Huanca, había sufrido muy raras veces los abusos de los de arriba. En cambio, los que él vio cometerse diariamente contra otros trabajadores y otros indios miserables, fueron inauditos e innumerables. Servando Huanca se dolía, pues, y rabiaba, más por solidaridad o, si se quiere, por humanidad, contra los mandones —autoridades o patrones— que por causa propia o personal. También se dio cuenta de esta esencia solidaria y colectiva de su dolor contra la injusticia, por haberla descubierto también en los otros trabajadores cuando se trataban de abusos y delitos perpetrados en la persona de los demás. Por último. Servando Huanca llegó a unirse algunas veces con sus compañeros de trabajo y de dolor, en pequeñas asociaciones o sindicatos rudimentarios, y allí le dieron periódicos y folletos en que leyó tópicos y cuestiones relacionadas con esa injusticia que él conocía y con los modos que deben emplear los que la sufren, para luchar contra ella y hacerla desaparecer del mundo. Era un convencido de que había que protestar siempre y con energía contra la injusticia, dondequiera que ésta se manifieste. Desde entonces, su espíritu, reconcentrado y herido, rumiaba día y noche estas ideas y esta voluntad de rebelión. ¿Poseía ya Servando Huanca una conciencia clasista? ¿Se daba cuenta de ello? Su sola táctica de lucha se reducía a dos cosas muy simples: unión de los que sufren las injusticias sociales y acción práctica de masas.

—¿Quién es usted? — le preguntó enfadado el subprefecto Luna a Huanca, al verle entrar a su despacho, introducido por el alcalde Parga.

—Es el herrero Huanca —respondió Parga, calmando al subprefecto—. ¡Déjelo! ¡Déjelo! ¡No importa! Quiere ver a los conscriptos, que dice que están muertos, y que es un abuso . . .

Luna le interrumpió, dirigiéndose, exasperado, a Huanca:

—¡Qué abuso ni abuso. miserable! ¡Cholo bruto! ¡Fuera de aquí!

—¡No importa, señor subprefecto! —volvió a interceder el alcalde—. ¡Déjelo! ¡Le ruego que le deje! ¡Quiere ver lo que tienen los conscriptos! ¡Que los vea! ¡Ahí están! ¡Que los vea!

—¡Sí, señor subprefecto! —añadió con serenidad el herrero—. ¡El pueblo lo pide! Yo vengo enviado por la gente que está afuera.

El médico Riaño, tocado en su liberalismo, intervino:

—Muy bien —dijo a Huanca ceremoniosamente—. Está usted en su derecho, desde que el pueblo lo pide. ¡Señor subprefecto! —dijo, volviéndose a Luna en tono protocolar—. Yo creo que este hombre puede seguir aquí. No nos incomoda de ninguna manera. La sesión de la Junta Conscriptora puede, a mi juicio, continuar. Vamos a examinar el caso de estos "enrolados" . . .

—Así me parece —dijo el alcalde—. Vamos, señor subprefecto, ganando tiempo. Yo tengo que hacer. . .

El subprefecto meditó un instante y volvió a mirar al juez y al gamonal Iglesias, y, luego, asintió.

—Bueno —dijo—. La sesión de la Junta Conscriptora Militar, continúa.

Cada cual volvió a ocupar su puesto. A un extremo del despacho, estaban Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, escoltados por dos gendarmes y sujetos siempre de la cintura por un lazo.

Los dos conscriptos mostraban una lividez mortal. Miraban con ojos lejanos y con una indiferencia calofriante y vecina de la muerte, cuanto sucedía en torno de ellos. Braulio Conchucos estaba muy agotado. Respiraba con dificultad. Sus miembros le temblaban. La cabeza se le doblaba como la de un moribundo. Por momentos se desplomaba, y habría caído, de no estar sostenido casi en peso por el guardia.

Junto a los yanaconas pasó Servando Huanca, el sombrero en la mano, conmovido, pero firme y tranquilo.

Al sentarse todos los miembros de la Junta Conscriptora Militar, llegó de la plaza un vocerío ensordecedor. El cordón de gendarmes, apostado a la puerta, respondió a la multitud con una tempestad de insultos y amenazas. El sargento saltó a la vereda y esgrimió su espada con todas sus fuerzas sobre las primeras filas de la muchedumbre.

—¡Carajo! —aullaba de rabia—. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!

El subprefecto Luna ordenó en un gruñido:

—¡Sargento! ¡Imponga el orden, cueste lo que cueste! ¡Yo se lo autorizo!. . .

Un largo sollozo estalló a la puerta. Eran las tres indias, abuela, madre y hermana de Isidoro Yépez, que pedían de rodillas, con las manos juntas, se las dejase entrar. Los gendarmes las rechazaban con los pies y las culatas de sus rifles.

El subprefecto Luna, que presidía la sesión, dijo:

—Y bien señores. Como ustedes ven, la fuerza acaba de traer a dos "enrolados" de Guacapongo. Vamos, pues, a proceder, conforme a la ley, a examinar el caso de estos hombres, a fin de declararlos expeditos para marchar a la capi-

tal del departamento, en el próximo contingente de sangre de la provincia. En primer lugar, lea usted, señor secretario, lo que dice la Ley de Servicio Militar Obligatorio, acerca de los "enrolados".

El secretario Boado leyó en un folleto verde:

—"Título Cuarto. — De los "enrolados". — Artículo 46: Los peruanos comprendidos entre la edad de diecinueve y veintidós años, y que no cumplieran el deber de inscribirse en el registro del Servicio Militar Obligatorio de la zona respectiva, serán considerados como "enrolados". — Artículo 47: Los "enrolados" serán perseguidos y obligados por la fuerza a prestar su servicio militar, inmediatamente de ser capturados y sin que puedan interponer o hacer valer ninguno de los derechos, excepciones o circunstancias atenuantes, acordadas a los conscriptos en general y contenidas en el artículo 9, título segundo de esta Ley. — Artículo 48: . . .".

—Basta —interrumpió con énfasis el juez Ortega—. Yo opino que es inútil la lectura del resto de la Ley, puesto que todos los señores miembros de la Junta la conocen perfectamente. Pido al señor secretario abra el registro militar, a fin de ver si allí figuran los nombres de estos hombres.

—Un momento, doctor Ortega —argumentó el alcalde Parga—. Convendrá saber antes la edad de los "enrolados".

—Sí —asintió el subprefecto—. A ver. . . —añadió, dirigiéndose paternalmente a Isidoro Yépez—. ¿Cuántos años tienes, tú? ¿Cómo te llamas, en primer lugar?

Isidoro Yépez pareció volver de un sueño, y respondió con voz débil y amedrentada:

—Me llamo Isidoro Yépez, taita.

—¿Cuántos años tienes?

—Yo no sé, pues, taita. Veinte o veinticuatro, quién sabe, taita. . .

—¿Cómo "no sé"? ¿Qué es eso de "no sé"? ¡Vamos! ¿Di, cuántos años tienes? ¡Habla! ¡Di la verdad!

—No lo sabe ni él mismo —dijo con piedad y asqueado el doctor Riaño—. Son unos ignorantes. No insista usted, señor subprefecto.

—Bueno —continuó Luna, dirigiéndose a Yépez— ¿Estás inscrito en el Registro Militar?

El yanacón abrió más los ojos, tratando de comprender lo que le decía Luna, y respondió maquinalmente:

—Escriptu, pues, taita, en tus escritus.

El subprefecto renovó su pregunta, golpeando la voz:

—¡Animal! ¿No entiendes lo que te digo? Dime si estás inscrito en el Registro Militar.

Entonces Servando Huanca intervino:

—¡Señores! —dijo el herrero con calma y energía—. Este hombre (se refería a Yépez) es un pobre indígena ignorante. Ustedes están viéndolo. Es un analfabeto. inconsciente. Un desgraciado. Ignora cuántos años tiene. Ignora si está o no inscrito en el Registro Militar. Ignora todo, todo. ¿Cómo, pues, se le va a tomar como "enrólado", cuando nadie le ha dicho nunca que debía inscribirse, ni tiene noticia de nada, ni sabe lo que es registro ni servicio militar obligatorio, ni patria, ni Estado, ni Gobierno? . . .

—¡Silencio! —gritó colérico el juez Ortega, interrumpiendo a Huanca y poniéndose de pie violentamente—. ¡Basta de tolerancias!

En ese momento, Braulio Conchucos estiró el cuerpo y tras de unas convulsiones y de un breve colapso súbitamente se quedó inmovil en los brazos del gendarme. El doctor Riaño acu-

dió, le animó ligeramente y dijo con un gran desparpajo profesional:

—Está muerto. Está muerto.

Braulio Conchucos cayó lentamente al suelo.

Servando Huanca dio entonces un salto a la calle entre los gendarmes, lanzando gritos salvajes, roncos de ira, sobre la multitud:

—¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Lo han matado los soldados! ¡Abajo el subprefecto! ¡Abajo las autoridades! ¡Viva el pueblo! ¡Viva el pueblo!

Un espasmo de unánime ira atravesó de golpe a la muchedumbre.

—¡Abajo los asesinos! ¡Mueran los criminales —aullaba el pueblo—. ¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Un muerto!

La confusión, el espanto y la refriega fueron instantáneos. Un choque inmenso se produjo entre el pueblo y la gendarmería. Se oyó claramente la voz del subprefecto, que ordenaba a los gendarmes:

—¡Fuego! ¡Sargento! ¡Fuego! ¡Fuego! . . .

La descarga de fusilería sobre el pueblo fue cerrada, larga, encarnizada. El pueblo, desarmado y sorprendido, contestó y se defendió a pedradas e invadió el despacho de la Subprefectura. La mayoría huyó, despavorida. Aquí y allí cayeron muchos muertos y heridos. Una gran polvareda se produjo. El cierre de las puertas fue instantáneo. Luego la descarga se hizo rala, y luego, más espaciadas.

Todo no duró sino unos cuantos segundos. Al fin de la borrasca, los gendarmes quedaron dueños de la ciudad. Recorrían enfurecidos la plaza, echando siempre bala al azar. Aparte de ellos, la plaza quedó abandonada y como un desierto. Sólo la sembraban de trecho en trecho los heridos y los cadáveres. Bajo el radiante y

alegre sol de mediodía, el aire de Colca, diáfano y azul, se saturó de sangre y de tragedia. Unos gallinazos revolotearon sobre el techo de la iglesia.

El médico Riaño y el gamonal Iglesias salieron de una bodega de licores. Poco a poco fue poblándose de nuevo la plaza de curiosos. José Marino buscaba a su hermano angustiosamente. Otros indagaban por la suerte de distintas personas. Se preguntó con ansiedad por el subprefecto, por el juez y por el alcalde. Un instante después, los tres, Luna, Ortega y Parga surgían entre la multitud. Las puertas de las casas y las tiendas, volvieron a abrirse. Un murmullo doloroso, llenaba la plaza. En torno a cada herido y a cada cadáver se formó un tumulto. Aunque el choque había ya terminado, los gendarmes y, señaladamente, el sargento, seguían disparando sus rifles. Autoridades y soldados se mostraban poseídos de una ira desenfrenada y furiosa, dando voces y gritos vengativos. De entre la multitud, se destacaban algunos comerciantes, pequeños propietarios, artesanos, funcionarios y gamonales —el viejo Iglesias a la cabeza de éstos— y se dirigían al subprefecto y demás autoridades, protestando en voz alta contra el levantamiento del populacho y ofreciéndoles una adhesión y un apoyo decididos e incondicionales para restablecer el orden público.

—Han sido los indios de puro brutos, de puro salvajes —exclamaba la pequeña burguesía de Colca.

—Pero alguien los ha empujado —replicaban otros—. La plebe es estúpida, y no se mueve nunca por sí sola.

El subprefecto dispuso que se recogiese a los muertos y a los heridos y que se formase inme-

diatamente una guardia urbana nacional de todos los ciudadanos conscientes de sus deberes cívicos, a fin de recorrer la población en compañía de la fuerza armada y restablecer las garantías ciudadanas. Así fue. A la cabeza de este doble ejército iban el subprefecto Luna, el alcalde Parga, el juez Ortega, el médico Riaño, el hacendado Iglesias, los hermanos Marino, el secretario subprefectural Boado, el párroco Velarde, los jueces de paz, el preceptor, los concejales, el gobernador y el sargento de la gendarmería.

En esta incursión por todas las calles y arrabales de Colca, la gendarmería realizó numerosos prisioneros de hombres y mujeres del pueblo. El subprefecto y su comitiva penetraban en las viviendas populares, de grado o la fuerza, y, según los casos, apresaban a quienes se suponía haber participado, en tal o cual forma, en el levantamiento. Las autoridades y la pequeña burguesía hacían responsable de lo sucedido al bajo pueblo, es decir, a los indios. Una represión feroz e implacable se inició contra las clases populares. Además de los gendarmes, se armó de rifles y carabinas un considerable sector de ciudadanos y, en general, todos los acompañantes del subprefecto, llevaban, con razón o sin ella, sus revólveres. De esta manera, ningún indio sindicado en el levantamiento pudo escapar al castigo. Se desfondaba de un culatazo una puerta, cuyos habitantes huían despavoridos. Los buscaban y perseguían entonces revólver en mano, por los techos, bajo las barbacoas y cuyeros. en los terrados, bajo los albañales. Los alcanzaban, al fin, muertos o vivos. Desde la una de la tarde, en que se produjo el tiroteo, hasta media noche, se siguió disparando sobre el pueblo sin cesar. Los más encarnizados en la represión fueron el juez Ortega y el cura Velarde.

—Aquí, señor subprefecto —rezongaba rencorosamente el párroco—; aquí no cabe sino mano de hierro. Si usted no lo hace así, la indiada puede volver a reunirse esta noche y apoderarse de Colca, saqueando, robando, matando. . .

A las doce de la noche, el Estado Mayor de la guardia urbana, y, a la cabeza de él el subprefecto Luna, estaba concentrado en los salones del Concejo Municipal. Después de un cambio de ideas entre los principales personajes allí reunidos, se acordó comunicar por telégrafo lo sucedido a la Prefectura del Departamento. El comunicado fue así concebido y redactado: "Prefecto. Cuzco.— Hoy una tarde, durante sesión Junta Conscriptora Militar provincia, fue asaltada bala y piedras Subprefectura por populacho amotinado y armado. Gendarmería restableció orden respetando vida intereses ciudadanos. Doce muertos y dieciocho heridos y dos gendarmes con lesiones graves. Investigo causas y fines asonada. Acompáñanme todas clases sociales, autoridades, pueblo entero. Tranquilidad completa. Comunicaré resultado investigaciones proceso judicial sanción y castigo responsables triste acontecimiento. Pormenores correo. (Firmado.) Subprefecto Luna".

Después, el alcalde Parga ofreció una copa de coñac a los circunstantes, pronunciando un breve discurso.

—¡Señores!' —dijo, con su copa en la mano—. En nombre del Concejo Municipal, que tengo el honor de presidir, lamento los desgraciados acontecimientos de esta tarde y felicito al señor subprefecto de la provincia por la corrección, justicia y energía con que ha devuelto a Colca el orden, la libertad y las garantías ciudadanas. Asimismo, interpretando los senti-

mientos e ideas de todos los señores presentes —dignos representantes del comercio, la agricultura y administración pública—, pido al señor Luna reprima con toda severidad a los autores y responsables del levantamiento, seguro de que así le seremos más agradecidos y de que lo acompaña lo mejor de la sociedad de Colca. ¡Señores: por nuestro libertador, el subprefecto señor Luna, salud!

Una salva de aplausos premió el discurso del viejo Parga y se apuró el coñac. El subprefecto contestó en estos términos:

—Señor alcalde: Muy emocionado por los inmerecidos elogios que me habéis brindado, yo no tengo sino que agradeceros. Verdaderamente, yo no he hecho sino cumplir con mi deber, He salvado a la provincia de los desmanes y crímenes del populacho enfurecido, ignorante e inconsciente. Eso es todo lo que he hecho por vosotros. Nada más, señores. Yo también lamento lo sucedido. Pero estoy resuelto a castigar sin miramientos y sin compasión a los culpables. Lo que ha hecho la gendarmería no es nada. Yo les haré comprender a estos indios brutos y salvajes que así nomás no se falta a las autoridades. Yo os prometo castigarlos, hasta el último. ¡Salud!

Lo ovación a Luna fue resonante y viril, como su propio discurso. Muchos abrazaron al alcalde y al subprefecto, felicitándolos emocionados. Se sirvió otra copa. Pronunciaron otros discursos el juez Ortega, el cura Velarde y el doctor Riaño, todos condenando al bajo pueblo y reclamando contra él un castigo ejemplar. Los hermanos Marino y el hacendado Iglesias, expresándose mitad en discurso y mitad en diálogo, pedían con insistencia una represión sin piedad contra la indiada. Iglesias dijo en tono vengativo:

—Hay que agarrar al herrero, que era el más listo, y el que empujó a los otros. Debe de haber huído. Pero hay que perseguirlo y darle una gran paliza al hijo de puta. . .

José Marino argumentaba:

—¡Qué paliza ni paliza! ¡Hay que meterle un plomo en la barriga! ¡Es un cangrejo! ¡Un loco de mierda!

—Yo creo que ha caído muerto en la plaza — apunto tímidamente el secretario Boado.

El Subprefecto rectificó:

—No. Fue el primero en escapar, al primer tiro. Pero hay que agarrarlo. ¡Sargento! —llamó en alta voz.

El sargento acudió y saludó, cuadrándose:

—¡Su señoría!

—¡Hay que buscar al herrero Huanca sin descanso! Hay que encontrarlo a cualquier precio. Dondequiera que se halle hay que "comérselo". ¡Un tiro en las tripas y arreglado! ¡Sí! ¡Haga usted lo posible por traerme su cadáver! ¡Yo ya le he dicho que su ascenso a alférez es un hecho!

—Muy bien, su señoría —respondió con entusiasmo el sargento—. Yo cumpliré sus órdenes. ¡Pierda usted cuidado!

De cuando en cuando se oía a lo lejos y en el silencio de la noche, disparos de revólver y de carabinas, hechos por los grupos de la guardia urbana que rondaba la ciudad. En los salones municipales, las copas de coñac se repetían, y el cura Velarde, el subprefecto Luna y José Marino empezaron a dar signos de embriaguez. Una espesa humareda de cigarros llenaba la atmósfera. La reunión se hacía cada vez más alegre. Al tema del tiroteo, sucedieron muy pronto otros rientes y picarescos. En un grupo formado por el sargento, un gendarme y un juez

de paz, éste exclamaba un poco borracho ya y muy colorado:

—¡Pero qué indios tan idiotas!

El sargento decía jactancioso:

—¡Ah! ¡Pero yo los he jodido! Apenas vi al herrero saltar a la plaza gritando: "¡Un muerto!" "¡Un muerto!", le di a un viejo que estaba a mi lado un soberbio culatazo en la frente y lo dejé tieso. Después me retiré un poco atrás y empecé a disparar mi rifle sobre la indiada, como una ametralladora: ¡ran!, ¡ran!, ¡ran! ¡Carajo! Yo no sé cuántos cayeron con mis tiros. Pero lo que yo sé es que no vi sino una polvareda de los diablos y vacié toda mi canana. . . ¡Ah! ¡Carajo! ¡Yo me he "comido", solamente, lo menos siete, sin contar los heridos! . . .

—¡Y yo! —exclamó con orgullo el gendarme—. ¡Y yo! ¡Carajo! Yo no les dejé a los indios ni siquiera menearse. Antes que tirasen ni una sola piedra yo me había "comido" ya dos, a boca de jarro, ahí nomás, junto a mí. Uno de ellos fue una india que desde hacía rato me estaba jodiendo con que "¡patroncito, patroncito!" De un culatazo en la panza, la dejé seca. . . El otro se me arrodilló a pedirme perdón y a llorar, pero le quebré las costillas de un solo culatazo. . .

El juez de paz les oía poseído de un horror que no podía ocultar. Sin embargo, decía entusiasmado a los soldados:

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Indios brutos! ¡Animales! ¡Lo que debía haber hecho es "tirarse" al cholo Huanca! ¡Qué lástima de haberlo dejado vivo! ¡Caramba!

—¡Ah! —juraba el sargento, moviendo las manos—. ¡Ah! ¿Ese? ¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán ustedes cómo me lo "como"! ¡Déjenlo a mi cargo! El subprefecto me ha dicho que si

yo le traigo el cadáver del herrero, que cuente con mi ascenso a oficial. . .

Pero una conversación más importante aún se desarrollaba en ese momento entre los hermanos Marino y el subprefecto Luna. José Marino había llamado aparte a Luna, tomándole afectuosamente por un brazo:

¡—Permítame, querido subprefecto! —le dijo—. Quiero tomar una copa con usted.

Mateo Marino sirvió tres copas y los tres hombres se fueron a un rincón copa en mano.

—¡Mire usted! —dijo José Marino en voz baja al subprefecto—. Yo, ya lo sabe usted, soy su verdadero amigo, amigo de siempre. Yo se lo he probado varias veces. Mi simpatía por usted ha sido siempre grande y sincera. Muchas veces, sin que usted lo sepa —a mí no me gusta decir a nadie lo que yo hago por él—, muchas veces he conversado con místers Taik y Weiss en Quivilca sobre usted. Ellos le tienen mucho aprecio. ¡Ah! ¡Sí! A mí me consta. A mí me consta que están muy contentos con usted. ¡Muy contentos! Algunos de aquí —dijo, aludiendo con un gesto a los personajes allí reunidos— le han escrito a míster Taik repetidas veces contra usted. . .

—¡Sí! ¡Sí! —dijo sonriendo con suficiencia Luna—. Ya me lo han dicho. Ya lo sabía. . .

—Le han escrito chismeándolo y poniéndolo mal y diciéndole que usted no es más que un agente del diputado doctor Urteaga y que aquí no hace usted más que servir a Urteaga en contra de la "Mining Society". . .

El subprefecto sonreía con despecho y con rabia. José Marino añadió, irguiéndose y en tono protector:

—Yo, naturalmente, lo he defendido a usted a capa y espada. Hay más todavía, Míster Taik

estaba ya creyendo esos chismes y un día me hizo llamar a su escritorio y me dijo: "Señor Marino: Lo he hecho llamar a mi escritorio para hablar con usted sobre un asunto muy grave y muy secreto. Siéntese y contésteme lo que voy a preguntarle. ¿Cómo se porta con ustedes en Colca el subprefecto Luna? Hágame el favor de contestarme con entera franqueza. Porque me escriben de Colca tantas cosas contra Luna, que, francamente no sé lo que hay en todo esto de cierto. Por eso quiero que usted me diga sinceramente cómo se conduce Luna con ustedes. ¿Les presta toda clase de facilidades para el enganche de peones? ¿Los apoya y está con ustedes? Porque la "Mining Society" hizo nombrar a Luna subprefecto con el único fin de tener la gendarmería a nuestro servicio para lo que toca a la peonada. Usted lo sabe muy bien. El resto es de menor importancia: que Luna está siempre con los correligionarios políticos de Urteaga; que se emborracha con quien quiere, eso no significa nada". Así me dijo el gringo. Estaba muy enojado. Yo le dije entonces que usted se portaba correctamente con nosotros y que no teníamos nada de qué quejarnos. "Porque —me dijo el gringo—, si Luna no se porta bien con ustedes, yo comunico esto inmediatamente a nuestro escritorio de Lima, para hacerlo destituir en el día. Usted comprende que nuestra empresa representa intereses muy serios en el Perú y no estamos dispuestos a ponerlos a merced de nadie." Así me dijo el gringo. Pero yo le contesté que esos chismes no eran ciertos y que usted era nuestro, completamente nuestro. . . .

—Yo sé —dijo Mateo Marino—, yo sé quiénes le escriben eso a los yanquis. . .

—¡Bueno! ¡Bueno! —añadió vivamente José Marino—. Pero, en resumen, lo que hay es que los yanquis ya tienen la pulga en la oreja y hay que tener mucho cuidado. . .

—¡Pero si todo eso es mentira! —exclamaba Luna—. Ustedes, más que nadie, son testigos de mi lealtad absoluta y de mi devoción incondicional a míster Taik. . .

—¡Naturalmente! —decía José Marino, echando la barriga triunfalmente—. Por eso, precísamente, lo defendí a usted en toda la línea, y míster Taik me dijo: "Bueno, señor Marino: su respuesta, que yo la creo franca, me basta".

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —exclamó Mateo Marino.

El subprefecto Luna, emocionado, respondió a José Marino:

—Yo le agradezco muy de veras, mi querido don José. Y ya sabe usted que soy su amigo sincero, decidido a hacer por ustedes todo lo que pueda. Díganme solamente lo que quieren y yo lo haré en el acto. ¡En el acto! ¡Sí! ¡Como ustedes lo oyen!

—¡Muy bien! ¡Pero muy bien! —volvió a decir Mateo Marino—. ¡Y, por eso, señor subprefecto, bebamos esta copa!

—¡Sí, por usted! —brindó José Marino, dirigiéndose a Luna—. ¡Por nuestra grande y noble amistad! ¡Salud¡

—¡Por eso! ¡Por "Marino Hermanos"! —decía el subprefecto—. ¡Salud! ¡Y por místers Taik y Wiess! ¡Y por la "Mining Society"! ¡Y por los Estados Unidos! ¡Salud!

Varias copas más tomaron los tres hombres. En una de éstas, José Marino le preguntó al subprefecto Luna, siempre aparte y en secreto:

—¿Cuántos indios han caído hoy presos?

—Alrededor de unos cuarenta.

José Marino iba a añadir algo, pero se contuvo. Al fin, habló así a Luna:

—¿Recuerda usted lo que le dijimos esta mañana sobre los peones? . . .

—Sí. Que necesitan cien peones para las minas. . .

—Exactamente. Pero hay una cosa: yo creo que podríamos hacer una cosa. Mire usted: como usted no tiene aún gendarmes suficientes para perseguir en el día a nuestros peones prófugos, y como usted no va a saber qué hacer con todos esos indios que están ahora presos en la cárcel, ¿por qué no nos da usted unos cuantos, para enviarlos a Quivilca inmediatamente?

—¡Ah! ¡Eso!. . . —exclamó el subprefecto—. Usted comprende. La cosa es un poco difícil. Porque. . . ¡Espere usted! ¡Espere usted!. . .

Luna se agarró el mentón, pensativo, y terminó diciendo a José Marino en voz baja y cómplice:

—No hablemos más. Entendido. Se lo prometo.

Mateo Marino corrió y trajo tres copas.

—¡Señores! —exclamó copa en mano y en alta voz José Marino, dirigiéndose a todos los concurrentes—. Yo les invito a beber una copa por el señor Roberto Luna, nuestro grande subprefecto, que acaba de salvarnos de la indiada. Yo, señores, puedo asegurarles que el Gobierno sabrá premiar lo que ha hecho hoy el señor Luna en favor de Colca. Y yo propongo firmar aquí mismo todos los presentes un memorial al Ministro de Gobierno, expresándole la gratitud de la provincia al señor Luna. Además, propongo que se nombre una Comisión que se encargue de organizar un homenaje al señor Luna, con un gran banquete y con una medalla de oro, obsequio de los hijos de Colca. . .

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Hip, hip, hip! ¡Hurra!...

Hubo un revuelo intenso en los salones municipales. El juez, doctor Ortega, ya muy borracho llamó a uno de los gendarmes y le dijo:

—Vaya usted a traer la banda de músicos. Despiértelos a los cholos cueste lo que cueste y dígales que el subprefecto, el juez, el alcalde, el cura, el médico y todo lo mejor de Cannas, está aquí, y que vengan inmediatamente.

El médico Riaño opuso un escrúpulo:

—¡Doctor Ortega! ¿Cree que debe traer la música?

—¡Pero es claro! ¿Por qué no?

—Porque como ha habido muertos hoy, la gente va a decir. . .

—¿Pero qué gente? ¿Los indios? ¡Qué ocurrencia! ¡Vaya usted, vaya nomás! —volvió a decir el juez al gendarme.

Y el gendarme fue a traer la música corriendo.

A la madrugada, los salones municipales estaban convertidos en un local de fiestas. La banda de músicos tocaban valses y marineras entusiastas, y una jarana delirante se produjo. Muchos se habían retirado ya a dormir, pero los que quedaron —una quincena de personas— se encontraban completamente ebrios. Bailaban entre hombres. Los más dados a la marinera eran el cura Velarde y el juez Ortega. El cura se quitó la sotana y se hizo el protagonista de la fiesta. Bailaba y cantaba en medio de todos y a voz en cuello. Después propuso ir a casa de una familia de chicheras en la que el cura y el doctor Riaño tenían pretensiones escabrosas respecto de dos indias buenas mozas. Pero alguien aseguró que no se podía ir, porque el padre de las indias había caído herido en la plaza.

Tomados del brazo, el alcalde Parga, el subprefecto Luna y los hermanos Marino discutían acaloradamente. El alcalde balbuceaba bamboleándose de borracho:

—¡Yo soy todo de los yanquis! ¡Yo se lo debo todo! ¡La alcaldía! ¡Todo! ¡Son mis patrones! ¡Son los hombres de Colca!

—¡No sólo de Colca —argumentaba Mateo Marino—, sino del Departamento! ¡Ellos mandan! ¡Qué carajo! ¡Viva míster Taik, señores!...

El subprefecto Luna, hombre versado en temas internacionales, explicaba entusiastamente a sus amigos:

—¡Ah, señores! ¡Los Estados Unidos es el pueblo más grande de la tierra! ¡Qué progreso formidable! ¡Qué riqueza! ¡Qué grandes hombres, los yanquis! ¡Fíjense que casi toda la América del Sur está en manos de las finanzas norteamericanas! ¡Las mejores empresas mineras, los ferrocarriles, las explotaciones caucheras y azucareras, todo se está haciendo con dólares de Nueva York! ¡Ah! ¡Eso es una cosa formidable! ¡Y van a ver ustedes que la guerra europea no terminará, mientras no entren en ella los Estados Unidos! ¡Acuérdense de lo que les digo! ¡Pero es claro! ¡Ese Wilson es cojonudo! ¡Qué talento! ¡Qué discursos que pronuncia! ¡El otro día leí uno!. . . ¡Carajo! ¡No hay que dudarlo!. . .

José Marino adujo enérgicamente:

—¡Pero, sobre todo, la "Mining Society"! ¡Es el más grande Sindicato minero en el Perú! ¡Tiene minas de cobre en el Norte, minas de oro y plata en el Centro y en el Sur! ¡Por todas partes! ¡Míster Weiss me decía en Quivilca lo que es la "Mining Society"! ¡Qué enorme empresa! ¡Oh! ¡Sólo les digo que los socios de la "Mining" son los más grandes millonarios de

los Estados Unidos! ¡Muchos de ellos son banqueros y son socios de otros mil Sindicatos de minas, de azúcar, de automóviles, de petróleo! ¡Místers Taik y Weiss solamente disponen de fortunas colosales!. . .

—¡Bueno, señores! — dijo, acercándose el cura Velarde del brazo del juez Ortega—. ¿De qué se trata?

—¡Aquí —respondió con orgullo Mateo Marino—, aquí hablando de los yanquis!

—¡Ah! —exclamó el cura—. ¡Los gringos son los hombres! Bebamos una copa por los norteamericanos. Ellos son los que mandan! ¡Qué caracoles! Yo he visto al mismo obispo agacharse ante míster Taik la vez pasada que fui al Cuzco. ¡El obispo quería cambiar al cura de Canta, y míster Taik se opuso y, claro, monseñor tuvo que agachársele! . . .

Mateo Marino ordenó a los músicos en alta voz:

—¡Un "ataque"! ¡Un "ataque"! ¡Un "ataque"!

Los músicos, que estaban en el corredor e ignoraban de lo que se hablaba dentro de los salones, tocaron un "ataque" fogoso, rítmico y algo monótono. Un vocerío confuso y ensordecedor se produjo en los salones. Todos tenían una copa en la mano y todos hablaban a gritos y a la vez:

—¡Vivan los Estados Unidos! ¡Viva la "Mining Society"! !Vivan los norteamericanos! ¡Viva Wilson! ¡Viva míster Taik! ¡Viva míster Weiss! ¡Viva Quivilca! ¡Viva, señores, el subprefecto de la provincia! ¡Viva el alcalde! ¡Viva el juez de primera instancia! ¡Viva el señor Iglesias! ¡Viva "Marino Hermanos"! ¡Abajo los indios! ¡Abajo!. . .

En medio de la bulla, y entre las notas entusiastas del "ataque", sonaron varios tiros de re-

vólver. El juez Ortega y el cura Velarde sacaron sus pañuelos y se pusieron a bailar. Los músicos, al verlos, pasaron a tocar, sin solución de continuidad, la fuga de una marinera irresistible. Los demás rodearon al cura y al juez, haciendo palmas y dando gritos estridentes y frenéticos.

El día empezó a rayar tras de los cerros nevados y lejanos de los Andes.

* * *

Al día siguiente, el doctor Riaño hizo la autopsia de los cadáveres. Tres de los heridos habían muerto a la madrugada. Algunos de los cadáveres fueron enterrados por la tarde.

El subprefecto Luna, a eso de la una del día, y todavía en su cama, recibió entre su correo matinal la respuesta telegráfica del prefecto. El telegrama decía así:

"Subprefecto Luna. Colca.— Deplorando sucesos felicítolo actitud ante atentado indiada y restablecimiento orden público. (Firmado.) Prefecto Ledesma". Luna empezó luego a leer sus cartas y periódicos. Súbitamente, con una sonrisa de satisfacción, llamó a su ordenanza Anticona:

—Su señoría.

—Vaya usted a llamar al señor José Marino. Dígale que le estoy esperando y que venga inmediatamente.

—Muy bien, su señoría.

A los pocos momentos, José Marino entraba al dormitorio del subprefecto, contento y sonriente:

—¿Qué tal? ¿El sueño, ha sido bueno?

—Sí —dijo Luna con gesto de fatiga—. Pase usted. Siéntese. Las copas a mí me hacen siempre mucho daño. La vejez. ¡Qué quiere usted!

—¡Yo, no! ¡Yo he dormido como un chancho!

—Bueno, mi querido Marino. ¡Acabo de recibir telegrama del prefecto! ¡Mire usted!. . .

El subprefecto le tendió el telegrama y José Marino leyó mentalmente.

—¡Estupendo! —exclamaba Marino—. ¡Estupendo! ¡Ya ve usted, ya se lo decía yo ayer! ¡Naturalmente! El prefecto y el Ministro tienen que aprobar lo que usted ha hecho. Además, yo voy a escribirle en seguida a míster Taik contándole lo que ha pasado y diciéndole que lo recomiende a usted inmediatamente al Cuzco y a Lima, a fin de que se apruebe lo de ayer y no lo muevan a usted de Cannas.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Bueno! ¡Bueno¡ Esto lo dejo al cuidado suyo. En cuanto a los indios que están presos, me parece que usted puede tomar unos quince para las minas. Ahí también acabo de leer en el periódico la entrada de los Estados Unidos a la guerra europea.

—¿Sí? — preguntó José Marino alborotado.

—¡Sí, sí, sí! Acabo de leerlo en el periódico.

—Entonces, míster Taik ya debe también saberlo a estas horas y habrá redoblado los trabajos de las minas. Tiene que enviar inmediatamente a Mollendo, para ser embarcado a Nueva York, un gran lote de tungsteno.

—Por eso, justamente, lo he llamado, para decirle que, en vista del apuro de peones en que está la "Mining Society", disponga usted, hoy mismo, si lo quiere, de quince indios de los que tengo ahora en la cárcel.

—¿No es posible tomar de ahí unos veinte?

—Por mi parte yo lo haría con mucho gusto.

Ya sabe usted que yo estoy aquí para servirles a ustedes, y eso es lo único que me interesa. Yo sé que mientras míster Taik esté contento y satisfecho de mí, no tengo nada que temer. Pero ya les he dicho ayer que yo necesito también lo menos cinco "conscriptos" antes de fin de mes. De los indios que hay en la cárcel, tengo que tomar también tres que me faltan para completar mi contingente. Yo no puedo quedar mal con el prefecto. Póngase usted en mi lugar. Además, no conviene ir muy lejos en esto de los indios para Quivilca. Hay que desconfiar de Riaño y del viejo Iglesias. Si el viejo Iglesias llega a saber que yo les he dado a ustedes veinte indios para Quivilca, él va a querer también otros tantos para su hacienda, y, como siempre está escribiéndose con Urteaga, puede indisponerme con el Gobierno. . .

—Pero si tenemos a míster Taik con nosotros. . .

—Sí, sí; pero siempre es bueno estar bien con el diputado. . .

—¡No, no, no! Yo le aseguro, además, que el viejo Iglesias no tiene por qué saberlo. Quivilca está lejos. Una vez que los indios estén en las minas, nadie sabrá de ellos nada, ni dónde están ni qué es lo que hacen, ni nada.

—¿Y las familias de los indios? ¿Y si van a Quivilca?

—Muy bien; pero si usted se lo impide, no se moverán ni harán nada. Además, a todo el mundo hay que decirle que se les ha puesto en libertad y que los indios han huído después de miedo. Haciéndolo así, si se llega a saber que algunos de ellos están en las minas, se puede decir que ellos mismos se habían ido a Quivilca, de miedo al juicio por los sucesos de ayer. . .

Así quedó acordado entre José Marino y el subprefecto Luna. En la noche de ese mismo día, y previa una selección de los más humildes e ignorantes, fueron sacados, en la madrugada, veinte indios de la cárcel, de tres en tres. La ciudad estaba sumida en un silencio absoluto. Las calles estaban desiertas. Los indios iban acompañados de dos gendarmes, bala en boca y conducidos a las afueras de Colca, sobre el camino a Quivilca. Allí se formó el grupo completo de los veinte indios prometidos por Luna a "Marino Hermanos", y a las cuatro de la mañana fue la partida para las minas de tungsteno. Los veinte indios iban amarrados los brazos a la espalda y todos ligados entre sí por un sólido cable, formando una fila en cadena, de uno en fondo. Custodiaban el desfile, a caballo, José y Mateo Marino, un gendarme y cuatro hombres de confianza pagados por los hermanos Marino. Los siete guardias de los indios iban armados de revólveres, de carabinas y de abundante munición.

La marcha de estos forzados, para evitar encuentros azarosos en la ruta, se hizo en gran parte por pequeños senderos apartados.

Nadie dijo a estos indios nada. Ni adónde se les llevaba ni por cuánto tiempo ni en qué condiciones. Ellos obedecieron sin proferir palabra. Se miraban entre sí, sin comprender nada, y avanzaban a pie, lentamente, la cabeza baja y sumidos en un silencio trágico. ¿Adónde se les estaba llevando? Quién sabe al Cuzco, para comparecer ante los jueces por los muertos de Colca! ¡Pero si ellos no habían hecho nada! ¡Pero quién sabe! ¡Quién sabe! O tal vez los estaban llevando a ser conscriptos. ¿Pero también los viejos podían ser conscriptos? ¡Quién sabe! Y, entonces, ¿por qué iban con ellos los Marino y

otros hombres particulares, sin vestido militar? ¿Serían que estaban ayudando al subprefecto? ¿O acaso se los estaban llevando a botarlos lejos, en algún sitio espantoso por haberlos agarrado en la plaza, a la hora de los tiros? ¿Pero dónde estaría ese sitio y por qué esa idea de castigarlos botándolos así, tan lejos? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Pero ni un poco de cancha! ¡Ni un puñado de trigo o de harina de cebada! ¡Y ni siquiera una bola de coca! Cuando ya fue de mañana y el sol empezó a quemar, muchos de ellos tuvieron sed. ¡Pero ni siquiera un poquito de chicha! ¡Ni un poco de cañazo! ¡Ni un poco de agua! ¿Y las familias? ¡La pobre Paula, embarazada! ¡El Santos, todavía tan chiquito! ¡El taita Nico, que se quedó almorzando en el corral! ¡La mama Dolores, tan flacuchita la pobre y tan buena! ¡Y los rocotos amarillos, grandes ya! ¡El tingo de maíz, verde, verde! ¡Y el gallo cenizo, para llevarlo a Chuca!. . . ¡Ya todo iba quedando lejos!. . . ¿Hasta cuándo? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

III

Pocas semanas después, el herrero Huanca conversaba en Quivilca con Leónidas Benites y el apuntador y ex-amante de la finada Graciela. Era de noche. Estaban en el rancho del apuntador situado en el campamento obrero, pero muy a las afueras de Quivilca, cerca ya de las quebradas de "Sal si puedes". En el único cuarto del rancho miserable, donde el apuntador vivía solo, junto a la cama, un candil de kerosene. Por todo mueble, un burdo banco de palo y dos troncos de alcanfor para sentarse. En los muros de cercha, empapelados de periódicos, había

pegadas con goma unas fotografías arrancadas de *Variedades,* de Lima. Los tres hombres hablaban misteriosamente y en voz baja. Con frecuencia, callaban y aguaitaban con cautela entre los magueyes de la puerta, hacia la rúa desierta y hundida en el silencio de la puna. ¿Qué insólito motivo había podido juntar en un ambiente semejante a estos hombres tan distintos unos de otros? ¿Qué inaudito acontecimiento había sacudido a Benites, al punto de agitarlo y arrastrarlo hasta el humilde apuntador y, lo que era más extraño, hasta Servando Huanca, el herrero rebelde y taciturno? ¿Y cómo, de otra parte, había ido a parar Huanca a Quivilca, después de los sucesos sangrientos de Colca?

—¿Estamos, entonces, de acuerdo? — preguntó vivamente Huanca a Benites y al apuntador.

Benites parecía vacilar, pero el apuntador, en tono de plena convicción respondía:

—¡Ya lo creo! ¡Yo estoy completamente convencido!

Servando Huanca volvió a la carga sobre Benites.

—Pero, vamos a ver, señor Benites. ¿Usted no está convencido de que los gringos y los Marino son unos ladrones y unos criminales, y que viven y se enriquecen a costa de la vida y la sangre de los indios?

—Completamente convencido — dijo Benites.

—¿Entonces? Lo mismo, exactamente lo mismo sucede en todas las minas y en todos los países del mundo: en el Perú, en la China, en la India, en Africa, en Rusia. . .

—Pero no en los Estados Unidos, ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Alemania, porque allí los obreros y la gente pobre está muy bien. . .

—"¿La gente pobre está muy bien"? ¿Qué es eso de que "la gente pobre está muy bien"? Si es pobre, no puede entonces estar bien. . .

—Es decir que los patrones de Francia, de Inglaterra, de Alemania y de los Estados Unidos no son tan malos ni explotan tanto a sus compatriotas como hacen con los indígenas de los otros países . . .

—Muy bien, muy bien. Los patrones y millonarios franceses, yanquis, alemanes, ingleses, son más ladrones y criminales con los peones de la India, de Rusia, de la China, del Perú, de Bolivia, pero son también muy ladrones y asesinos con los peones de las patrias de ellos. En todas partes, en todas, pero en todas, hay unos que son patronos y otros que son peones, unos que son ricos y otros pobres. Y la revolución, lo que busca es echar abajo a todos los gringos y explotadores del mundo, para liberar a los indios y trabajadores de todas partes. ¿Han leído ustedes en los periódicos lo que dicen que en Rusia se han levantado los peones y campesinos? Se han levantado contra los patrones, y los ricos, y los grandes hacendados, y contra el Gobierno, y los han botado, y ahora hay otro Gobierno. . .

—Sí. Sí. Sí he leído en *El Comercio* —decía Benites—. Pero se han levantado sólo contra el zar. No contra los patrones y ricos hacendados, porque hay siempre patrones y millonarios. . . Sólo han botado al zar.

—¡Sí; pero ya van a ver ustedes!. . .

—¡Claro! —dijo Benites entusiasmándose—. Hay en el nuevo Gobierno de Rusia un gran hombre, que se llama . . . Que se llama . . .

—¡Kerensky! — dijo Huanca.

—Ese, ése, Kerensky. Y ése dicen que es muy inteligente, un gran orador y muy patriota, y

que va a hacer justicia a los obreros y a los pobres.

Servando Huanca se echó a reír, repitiendo con zumba:

—¡Qué va a hacer justicia! ¡Qué va a hacer justicia!. . .

—Sí; porque es muy inteligente y honrado y muy patriota. . .

—¡Será otro zar, y nada más! —dijo enérgicamente el herrero—. Los inteligentes nunca hacen nada de bueno. Los que son inteligentes y no están con los obreros y con los pobres, sólo saben subir y sentarse en el Gobierno y hacerse, ellos también, ricos y no se acuerdan más de los necesitados y de los trabajadores. Yo he leído, cuando trabajaba en los valles azucareros de Lima, que sólo hay ahora un sólo hombre en todo el mundo que se llama Lenín, y que ése es el único inteligente que está siempre con los obreros y los pobres y que trabaja para hacerles justicia contra los patrones y hacendados criminales. ¡Ese sí que es un gran hombre! ¡Y van a ver! Dicen que es ruso y que los patrones de todas partes no le pueden ver ni pintado, y han hecho que los gobiernos lo persigan para fusilarlo. . .

El agrimensor decía incrédulo:

—No hará tampoco nada. ¿Qué va a hacer, si lo persiguen para fusilarle?

—¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán! Ahí tengo un periódico que me han enviado de Lima, escondido. Ahí dicen que Lenín va a ir a Rusia y va a levantar las masas contra ese Kerensky y lo va a botar y va a poner en el Gobierno a los obreros y a los pobres. Allí también dicen que lo mismo hay que hacer en todas partes: aquí en el Perú, en Chile, en el extranjero, en todos los países, para botar a los gringos y patrones y

ponernos nosotros, los obreros y los pobres, en el Gobierno!

Benites sonreía con escepticismo. El apuntador, en cambio, oía con profunda unción al herrero.

—Eso —dijo Benites muy preocupado—, eso es muy difícil. Los indios y los peones no pueden ser Gobierno. No saben ni leer. Son aún ignorantes. Además hay dos cosas que no hay que olvidar: primero, que los obreros sin los intelectuales —abogados, médicos, ingenieros, sacerdotes, profesores— no pueden hacer nada y no podrán, no podrán, y no podrán nunca! Segundo, que los obreros, así entuviesen preparados para gobernar, tienen que ceder siempre los primeros puestos a los que ponen el capital, porque los obreros sólo ponen su trabajo. . .

—Muy bien. ¡Pero entendámonos, señor Benites! ¡Ya les he dicho que . . .

—Sí. De acuerdo. Estamos acordes en que deben gobernar sólo los que. . .

—¡No, no, no! ¡Espéreme un instante! ¡Hágame el favor! Déjeme hablar. Vamos por orden: dice usted que los obreros no pueden hacer nada sin los abogados, profesores, médicos, sacerdotes, ingenieros. Bueno. Pero lo que pasa es que los curas, profesores, abogados y demás, son los primeros ladrones y explotadores del indio y del peón.

Benites protestó:

¡No, señor! ¡No, señor!. . .

—¡Sí, señor! ¡Sí! — decía el herrero enardecido.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Si! —decía también con ímpetu el apuntador—. Los médicos, los ingenieros y todos esos que se las dan de señoritos inteligentes, son unos ladrones y esquilman a los indios y los pobres. ¡Sí! ¡Sí¡ ¡Usted mismo —añadió

irritado el apuntador, dirigiéndose a boca de jarro al agrimensor—, usted mismo y el profesor Zavala y el ingeniero Rubio tomaron parte en la muerte de la Graciela en el bazar!. . .

—¡No, señor! ¡Está usted equivocado! — argumentaba en tono amedrentado Benites.

—¡Sí! ¡Sí! —decía el apuntador, desafiando al agrimensor—. Usted es un hipócrita, que sólo vino a ver a Huanca para vengarse de los gringos y de Marino, porque le han quitado el puesto y porque le han robado sus socios, y nada más. Usted y Rubio fueron los primeros con el coche Marino, en quitarles sus chacras, sus animales y sus granos a los soras robándoles y metiéndoles después en las minas, para hacerlos morir entre las máquinas y la dinamita como perros. . . Usted quiere ahora engañarnos y decir que quiere ponerse con nosotros, cuando no es cierto. Usted se irá con los gringos y con los Marino, apenas le vuelvan a llamar y a dar un puesto. Y entonces, usted será el primero en traicionarnos y decir a los patrones lo que estamos haciendo y lo que estamos diciendo aquí. ¡Sí! ¡Sí! ¡Así son los ingenieros y todos los profesores, y doctores, y curas, y todos, todos! ¡No hay que creerles a ustedes nada! ¡Nada! ¡Ladrones! ¡Criminales! ¡Traidores! ¡Hipócritas! ¡Sinvergüenzas!. . .

—¡Basta! ¡Basta! ¡Calle! —le dijo afectuosamente Huanca al apuntador, interponiéndose entre éste y Leónidas Benites—. ¡Ya está! ¡Ya está! No se gana nada con ponerse así. Hay que ser serenos. !Nada de alborotos ni de atolondramientos! El revolucionario debe ser tranquilo. . .

—¡Además — decía Benites, pálido y suplicante—, yo no he hecho nada de eso! Yo les

juro por mi madre que yo no me metí en nada para la muerte de la Rosada.

—¡Bueno, bueno! —dijo serenamente Huanca—. !Dejemos eso ya! ¡Vamos al grano! Yo le decía a usted —añadió dirigiéndose a Benites— que los curas y los doctores también son enemigos de los indios y los trabajadores. ¿Qué es lo que pasó aquella vez en Colca? ¡Entre el subprefecto, el médico, el juez de primera instancia, el alcalde y el sargento, y el gamonal Iglesias, y los soldados dieron muerte a más de quince pobres indios! ¡El tuerto Ortega fue el más malo y el más cruel! ¿Y el cura Velarde? ¿No estuvo con todos ellos recorriendo el pueblo, revólver en mano, y persiguiendo a balazos a los indios inocentes?. . . ¿Y el profesor García?. . .

El apuntador, con la cara encendida por el rencor, se paseaba nerviosamente en el rancho. Leónidas Benites oía a Huanca, cabizbajo y como presa de hondas luchas interiores. Una aguda incertidumbre suscitaban en su espíritu los alegatos del herrero. Benites, en el fondo, tenía fe absoluta en la doctrina, según la cual son los intelectuales los que deben dirigir y gobernar a los indios y a los obreros. Eso lo había aprendido en el colegio y en la Universidad y lo seguía leyendo en libros, revistas y periódicos, nacionales y extranjeros. Sin embargo, Benites acogía esta noche la opinión en contrario de Servando Huanca, con extraña atención, con respeto y hasta con simpatía. ¿Por qué? Verdad es que místers Taik y Weiss le habían arrojado de su puesto de agrimensor y que José Marino rompió también con él la sociedad de cultivo y cría. Verdad es que Benites odiaba ahora, a causa de estos daños, a los patrones yanquis tanto como a los patrones peruanos —encarnados estos

últimos en las personas de "Marino Hermanos". Pero —se decía en conciencia—, de aquí a ponerse en tratos con Huanca, para mover a los peones contra la "Mining Society" y —lo que era más grave— para provocar así nomás un levantamiento de las masas contra el orden social y económico reinante, había, en realidad, un gran abismo! . . . ¡Y si las pretensiones del herrero no fuesen más que ésas! ¡Si el herrero quisiese únicamente el aumento de salarios a la peonada, buenos ranchos, disminución de las horas de trabajo, descanso por las noches y los domingos, asistencia médica y farmacéutica, remuneración por accidentes del trabajo, escuelas para los hijos de los obreros, dignificación moral de los indios, el libre ejercicio de sus derechos y, por último, la justicia igual para grandes y pequeños, para patrones y jornaleros, poderosos y desvalidos!. . . Mas eso no era todo. ¡Servando Huanca osaba ir hasta hablar de revolución y de botar a los millonarios y grandes caciques que están en el Gobierno, para ponerlo a éste en manos de los obreros y campesinos, pasando por sobre las cabezas de la gente culta e ilustrada, como los abogados, ingenieros, médicos, hombres de ciencia y sacerdotes!. . . No podía el agrimensor concebir a un herrero de ministro y a un obispo, un catedrático o un sabio, pidiendo audiencia a aquél y guardándole antesala. ¡Ah, no! Eso pasaba todo límite y toda seriedad. Pongamos por caso que muchos intelectuales fuesen pícaros y explotadores del pueblo. Pero, juzgando las cosas en el terreno estrictamente científico y técnico, para Benites, la idea y los hombres de ideas constituyen la base y el punto de partida del progreso, ¿qué podrán hacer los pobres campesinos y jornaleros el día en que se pusieran a la cabeza del Gobierno?

¡Sin ideas, sin noción de nada, sin conciencia de nada! ¡Reventarían! De esto estaba completamente convencido Leónidas Benites. Y justamente, por estarlo no podía explicarse el agrimensor por qué seguía oyendo y discutiéndole a Huanca, un hombre chiflado y ante quien él, Benites, aparecía nada menos que como enemigo y explotador de la clase obrera y campesina.

—Pero, Huanca —le argumentó Benites—, no diga usted disparates. Nosotros, los intelectuales, estamos lejos de ser enemigos de la clase obrera. Todo lo contrario: yo, por ejemplo, soy el primero en venir a hablar con ustedes espontáneamente y sin que nadie me obligue y hasta con peligro de que lo sepan los gringos y me boten de Quivilca. . .

El apuntador le respondió violentamente:

—Pero yo le apuesto que si mañana le vuelven a dar su puesto los gringos, usted no vuelve más a buscarnos y, si hay una huelga, será Ud. el primero en echarles bala a los peones . . .

—¡Sí! ¡Sí! —dijo Servando Huanca—. Los obreros no debemos confiarnos de nadie porque nos traicionan. Ni de doctores, ni de ingenieros, ni menos de curas. Los obreros estamos solos contra los yanquis, contra los millonarios y gamonales del país, y contra el Gobierno, y contra los comerciantes, y contra todos ustedes, los intelectuales. . .

Leónidas Benites se sintió profundamente herido por estas palabras del herrero. Herido, humillado y hasta triste. Aunque rechazaba la mayor parte de las ideas de Huanca, una misteriosa e irrefrenable simpatía sentía crecer en su espíritu, por la causa en globo de los pobres jornaleros de las minas. Benites había también visto muchos atropellos, robos, crímenes e ignominias practicados contra los indios por los yan-

quis, las autoridades y los grandes hacendados del Cuzco, de Colca, de Accoya, de Lima y de Arequipa. Sí. Ahora los recordaba Benites. Una vez, en una hacienda de azúcar de los valles de Lima, Leónidas Benites se hallaba de paseo, invitado por un colega universitario, hijo del propietario de ese fundo, senador de la República éste y profesor de la Facultad de Derecho en la Universidad Nacional. Este hombre, célebre en la región por su despotismo sanguinario con los trabajadores, solía levantarse de madrugada para vigilar y sorprender en falta a los obreros. En una de sus incursiones nocturnas a la fábrica, le acompañaron su hijo y Leónidas Benites. La fábrica estaba en plena molienda y eran las dos de la mañana. El patrón y sus acompañantes se deslizaron con gran sigilo junto al trapiche y a las turbinas, dieron la vuelta por las máquinas *wrae* y descendieron por una angosta escalera a la sección de las centrífugas. En un ángulo del local, se detuvieron a observar, sin ser vistos, a los obreros. Benites vio entonces una multitud de hombres totalmente desnudos, con un pequeño taparrabo por toda vestimenta, agitarse febrilmente y en diversas direcciones delante de enormes cilindros que despedían estampidos isócronos y ensordecedores. Los cuerpos de los obreros estaban, a causa del sofocante calor. bañados de sudor, y sus ojos y sus caras tenían una expresión angustiosa y lívida de pesadilla.

—¿Qué temperatura hace aquí? — preguntó Benites.

—Unos 48 a 50 grados — dijo el patrón.

—¿Y cuántas horas seguidas trabajan estos hombres?

—De seis de la tarde a seis de la mañana. Pero ganan una prima.

El patrón dijo esto y añadió, alejándose en puntillas en dirección a los obreros desnudos. pero sin que éstos pudiesen verlo:

—Un momento. Espéreme aquí. Un momento. . .

El patrón avanzó a paso rápido, agarró un balde que encontró en su camino y lo llenó de agua fría en una bomba. ¿Qué iba a hacer ese hombre? Uno de los obreros, desnudos y sudorosos estaba sentado, un poco lejos, en el borde del rectángulo de acero. Acodado en sus rodillas. apoyaba en sus manos la cabeza inundada de sudor. Dormía. Algunos de los otros obreros advirtieron al patrón y, como de ordinario, temblaron de miedo. Y fue entonces que Leónidas Benites vio con sus propios ojos estupefactos una escena salvaje, diabólica, increíble. El patrón se acercó en puntillas al obrero dormido y le vació de golpe el balde de agua fría en la cabeza.

—¡Animal! —vociferó el patrón, haciendo esto—. ¡Haragán! ¡Sinvergüenza! ¡Ladrón! ¡Robándome el tiempo!. . . ¡A trabajar!. . .

El cuerpo del obrero dio un salto y se contrajo luego por el suelo. en un temblor largo y convulsivo, como un pollo en agonía. Después se incorporó de golpe, lanzando una mirada larga, fija y sanguinolenta en el vacío. Vuelto en sí, y aún atontado un poco reanudó su trabajo.

Aquella misma madrugada murió el obrero.

Benites recordó esta escena, como en un relámpago, mientras Servando Huanca le decía a él y al apuntador:

—Hay una sola manera de que ustedes, los intelectuales, hagan algo por los pobres peones, si es que quieren, en verdad, probarnos que no son ya nuestros enemigos, sino nuestros compañeros. Lo único que pueden hacer ustedes por

nosotros es hacer lo que nosotros les digamos y oírnos y ponerse a nuestras órdenes y al servicio de nuestros intereses. Nada más. Hoy por hoy, ésta es la única manera como podemos entendernos. Más tarde ya veremos. Allí trabajaremos, más tarde, juntos y en armonía, como verdaderos hermanos. . . ¡Escoja usted señor Benites!. . . ¡Escoja usted!. . .

Un silencio profundo guardaron los tres hombres. El herrero y el apuntador miraban fijamente a Benites, esperando su respuesta. El agrimensor seguía meditabundo y agachado. El peso de los argumentos de Huanca le estaban trayendo por tierra. Ya no podía. Ya se sentía casi vencido, por mucho que no alcanzaba a explicarse esa su testaruda inclinación de ahora hacia la causa de los indios y peones. No se daba cuenta Benites, o no quería darse cuenta, de que si ahora estaba con esos dos obreros en el rancho, era sólo porque había caído en desgracia con los yanquis y con "Marino Hermanos". ¿Cómo no tuvo antes lástima de los obreros y yanaconas, cuando era agrimensor de la "Mining Society" y alternaba, en calidad de amigo, con místers Taik y Weiss? Tipo clásico del pequeño burgués criollo y del estudiante peruano, dispuesto a todas las complacencias con los grandes y potentados y a todos los arribismos y cobardías de su clase. Leónidas Benites, al perder su puesto en las minas y verse arrojado de los pies de sus patrones y cómplices, cayó en el abatimiento moral inmenso. Su infortunio era tan completo, que se sentía el más pequeño y desgraciado de los hombres. Vagaba ahora sólo y como un sonámbulo cada día más escuálido y timorato, por los campamentos obreros y por los roquedales de Quivilca. Por las noches, no podía dor-

mir y, con frecuencia, lloraba en su cama. Una gran crisis nerviosa le devoraba. Alguna vez, le vinieron muy negros pensamientos y, entre éstos, la idea del suicidio. Para Benites, la vida sin un puesto y sin una situación social, no valía la pena de ser vivida. Su temple moral, su temperatura religiosa, en fin, todo su instinto vital cabía a las justas entre un sueldo y un apretón de manos de un magnate. Perdidos o desplazados estos dos polos fundamentales de su vida la caída fue automática, tremenda, casi mortal. Cuando tuvo noticias de quién era Huanca y de su llegada oculta a Quivilca, tuvo el agrimensor un súbito sacudimiento moral. Antes de buscar a Huanca, sus reflexiones fueron muchas y desgarradoras. Vaciló varios días entre suplicar y esperar de los yanquis la piedad, o ir a ver a Huanca. Hasta que, una noche, su desesperación fue tan grande que ya no pudo más y fue a buscar al herrero.

Por su parte, Servando Huanca no quiso, al comienzo, descubrirle sus secretos propósitos. El apuntador había ya puesto a Huanca al corriente de toda la situación de los obreros, patrones y altos empleados de la "Mining Society" y le había hablado muy mal de Leónidas Benites. Sin embargo, la insistencia dramática y angustiosa del agrimensor por ponerse al lado de los peones y, en particular la circunstancia de haber sido Benites despedido de la empresa, pesaron en el ánimo y la táctica de Huanca, y se puso en inteligencia con el agrimensor. Quizás éste —pensaba para sí el herrero— le traía un secreto, una confidencia, un documento o cualquiera otra arma estratégica de combate, sorprendida y agarrada a los manejos íntimos de la empresa y de sus directores.

—¿Pero en qué puede usted ayudarnos? —le había preguntado Huanca a Benites, desde el primer momento.

—¡Ah! —había respondido gravemente el agrimensor—. Ya le diré después. . . ¡Yo tengo en mis manos una cosa formidable!. . . ¡Ya se lo diré otro día!. . .

Servando Huanca aguardaba con ansiedad esta revelación del agrimensor, y de aquí su campaña tenaz y ardiente por ganarlo totalmente a la causa de los peones. Además, el herrero tenía prisa en ver claro y orientarse cuanto antes en lo tocante a los lados flacos de la "Mining Society" y de los gringos, para iniciar inmediatamente sus trabajos de propaganda y agitación entre las masas. Ya por impulso propio, los obreros empezaban a dar signos prácticos de descontento y de protesta. No había entonces tiempo que perder. Huanca volvió a decir ahora al agrimensor, con un calor creciente:

—¡Escoja usted! ¡Y escoja usted con sinceridad, con franqueza y sin engañarse a usted mismo! ¡Abra bien los ojos! ¡Piénselo! ¡Usted mismo me dice que le dan asco y pena y rabia los crímenes y robos de los "Marino"! ¡Usted mismo está convencido de que, en buena cuenta la "Mining Society" no hace más que venir al Perú a sacar nuestros metales, para llevárselos al extranjero! ¿Entonces?. . . ¿Y a usted mismo, por qué lo han botado de su puesto? ¿Por qué? ¿Usted cumplía con su deber? ¿Usted trabajaba? ¿Entonces?

—¡Porque Taik se deja llevar de los chismes de Marino! —respondió en una queja infinita Benites—. ¡Por eso! ¡Porque Marino me detesta! ¡Sólo por eso! ¡Pero yo sabré vengarme! ¡Por esta luz que nos alumbra! ¡Yo me vengaré!. . .

. .

Huanca y el apuntador impresionados por el juramento rencoroso de Benites, se lo quedaron mirando.

—¡Eso es! —dijo después Huanca a Benites—. ¡Hay que vengarse! ¡Hay que vengarse de las injusticias de los ricos! ¡Pero que esto no se quede en simples palabras! ¡Hay que hacerlo!

El apuntador dijo, por su parte, con rabia.

—¡Y yo!. . . ¡Y yo!. . . A mí me han de pagar lo que hicieron con la Graciela! ¡Ah! ¡Por éstas!. . . ¡Gringos, hijos de puta!. . .

Los tres hombres estaban caldeados. Una atmósfera dramática, sombría y de conspiración, reinó en el rancho. Leónidas Benites se acercó a la puerta, miró afuera por las rendijas y se volvió a los otros.

—¡Yo tengo cómo fregar a la "Mining Society"! —les dijo en voz baja—. Míster Taik no es yanqui. ¡Es alemán! ¡Yo tengo las pruebas: una carta de su padre, escrita de Hannóver! Se le cayó del bolsillo una noche en el bazar, estando borracho. . .

—¡Muy bien! —dijo a Benites el herrero—. Muy bien. Lo que importa es que usted esté decidido a ponerse a nuestro lado y a luchar contra los gringos. ¡Hay mil maneras de joderlos!. . . ¡Las huelgas, por ejemplo! Ya que usted quiere ayudarnos y usted mismo me ha buscado para hablar sobre estas cosas, yo quisiera saber si usted puede o no ayudarme a mover a los peones. . .

Tras de un largo silencio de los tres, cargado de una gran tensión nerviosa, Benites, abrumado por las verdades, claras y sencillas, del herrero dijo enérgicamente:

—¡Bueno! ¡Yo estoy con los peones! ¡Cuenten conmigo!. . . ¡La carta de míster Taik está a disposición de ustedes! . . .

—¡Muy bien! —dijo con firmeza Huanca—. Entonces, mañana, en la noche, hay que traer con engaños aquí al arriero García, al mecánico Sánchez y al sirviente de los gringos. Usted —añadió, dirigiéndose a Benites—, usted me trae también mañana la carta de míster Taik. Y creo que mañana seremos seis. Hoy empezamos ya entre tres. ¡Buen número!. . .

Unos instantes después, salió del rancho Leónidas Benites, cuidando de no ser visto. Minutos más tarde, salió, tomando idénticas precauciones, Servando Huanca. Sesgó a la derecha, a paso lento y tranquilo, y se alejó, perdiéndose ladera abajo, por "Sal si puedes". Sus pisadas se apagaron de golpe a la distancia.

Dentro del rancho, el apuntador trancó su puerta, apagó el candil y se acostó. No acostumbraba desvestirse, a causa del frío y de la miseria del camastro. No podía dormir. Entre los pensamientos y las imágenes que guardaba de las admoniciones del herrero, sobre "trabajo", "salario", "jornada", "patrones", "obreros", "máquinas", "explotación", "industria" "productos", "reivindicaciones", "conciencia de clase", "revolución", "justicia", "Estados Unidos", "política", "pequeña burguesía", "capital", "Marx", y otras, cruzaba esta noche por su mente el recuerdo de Graciela, la difunta. La había querido mucho. La mataron los gringos, José Marino y el comisario. Recordándola ahora, el apuntador se echó a llorar.

El viento soplaba afuera, anunciando tempestad.

VISION PANORAMICA DE LA OBRA DE VALLEJO

I

En la vida de los pueblos, regístranse hechos que reclaman imperativamente el recuerdo, la admiración y pleitesía de las generaciones posteriores. Uno de aquellos hechos constituye, incuestionablemente, el advenimiento de nuestro más grande poeta de todos los tiempos: **César Vallejo.**

Allá por el año de 1892, bajo el techo de una vieja casona de Santiago de Chuco, insurge a la vida el mestizo que, años más tarde, al igual que Garcilaso, paseara —lleno de gloria— el nombre del Perú por múltiples rincones del Mundo.

Los biógrafos de tan insigne valor inmortal han aceptado como fecha de nacimiento la consignada en la partida que aún corre en los libros de la curia santiaguina. Pues, con el número 72 y con fecha 16 de marzo de 1892, quedó asentado el nacimiento del hijo "shulca" de don Francisco de Paulo Vallejo Benítez y de doña María de los Santos Mendoza y Gurreonero; ambos progenitores de ascendencia española e india, respectivamente.

Los años juveniles del poeta discurren sin mayor importancia. Pero una vez ya matriculado en el Colegio Nacional "San Nicolás", de Huamachuco, el brillo de su capacidad empieza a destacarse. Más tarde, cuando tuvo que referirse a estos hechos de su vida, expresó escuetamente lo siguiente: "Santiago me dio la materia en bruto. Huamachuco la forjó". Evidentemente Vallejo ya en la Universidad de Trujillo, durante los años del 11 al 17, no sólo sobresale como estudiante, profesor y poeta romántico, sino que logra el más alto calificativo al sustentar una tesis sobre "El Romanticismo en la Poesía Castellana", para graduarse como Bachiller en Letras. Asimismo, sus primeros trabajos poéticos, posteriormente podados por el autor, fueron publicados en Trujillo en diferentes órganos de prensa. Primeramente, como maestro y durante los años 1913 al 1914, en la Revista Escolar "Cultura Infantil", dirigida por el profesor Julio E. Manucci, inserta varios poemas didácticos, entre ellos uno

titulado "Fusión", que viene a ser en sí un relato de su viaje a Huánuco, cuando cruzó por primera vez los Andes en el ferrocarril más alto del mundo:

"Cruza el tren la estéril puna
que ya la noche amortaja,
y la lluvia lenta baja
con tristísimo rumor".

(Contribución al conocimiento de Vallejo, pág. 38 — "AULA VALLEJO").

Durante los años 13 al 17, "La Industria", "La Reforma", "Balnearios de Lima", publican varias poesías primerizas de Vallejo, cuya linfa dariana es muy notable:

"¡Excelsa juventud! ¡Jardín de Oro!
¡Palpitación de amor! ¡Gloria de Oriente!
¡Del ritmo celestial eco sonoro!
¡Tú que llevas un sol en la frente!

¡Oh juventud, detén por un momento
tu plácida legión en tu carrera:
Comulga el cielo azul del pensamiento
ante el Altar azul de Primavera!"

Además de estos poemas existen otros que el autor no recogió para incluirlos en sus obras inmortales, pero que para ilustración de los estudiosos se han considerado en los trabajos de Coyné y "Aula Vallejo".

Es así cómo nuestra Patria puede enorgullecerse de contar, dentro de la tabla de valores universales, con un poeta, escritor, periodista y combatiente que supo desgajar aureolas de gloria para ceñirlas al nombre del Perú que tanto amó, y cuya voz, por la magia de su poesía, quedara convertida en grito universal de protesta y de dolor.

Vallejo es el más grande poeta del Perú y de nuestro Continente. Su palabra estuvo siempre colmada de un profundo dolor de humanidad. La sencillez prístina de su poesía rompe a cada paso con la cargazón endémica del simplismo verbalista de los retóricos del intelecto pequeño burgués. Sus poemas, vitalizados con un máximo rol de humanismo que equivale a un supremo rol de expresión estética, particularizan y estrechan a la vez el corazón, vislumbrando las trayectorias de continuidad en la dimensión integral de la naturaleza.

Vallejo fue el gran "buceador de la vida", que afanosamente luchó por encontrar su dimensión de humanidad que cubra, en armonía universal, a todos aquellos que nacieron "un día en que Dios estuvo enfermo". La idiomática expresión de aquel genio de la poesía, que no se detuvo ante la sintaxis y rompió la tapadera armónica que cubre las palabras, penetrando hasta el fondo para arrancarles su máxima expresión y proyectarlas al compás de su amor y su dolor hacia todos sus hermanos de la tierra, conlleva en su profundidad, ternura y reverencia.

El cholo, pues, nacido en aquel apartado rincón del Perú, en donde la dominación española había casi liquidado a su estirpe, deviene en máxima expresión del mestizo que insurge para cumplir un designio impuesto por palpitantes manifestaciones de verdad. De ahí que el joven poeta provinciano de un salto haya llevado su grito hasta el último confín del Universo, cantando el dolor de todos los hombres en "la hora de la verdad" y sin freno de ningún género y con "un supremo esfuerzo de sinceridad".

"Quiero escribir pero me sale espuma,
no hay cifra hablada que no sea suma;
quiero decir muchísimo y me atollo,
ni hay pirámide escrita sin cogollo". (1)

El año 1919, Vallejo ingresa formalmente en la historia literaria del país (2). Pues, con los "Heraldos Negros", considerado por la crítica como el poema luminar, nuestro primer poeta rompe el encanto de los vates de perfume y de vidriera.

Luis Monguió, en **"C. Vallejo: Vida y obra"**, expresa que el poema luminar consta, "arquitectónicamente", "diecisiete versos distribuidos en cuatro estrofas de a cuatro versos, más un verso final. La primera estrofa consta de dos alejandrinos y dos endecasílabos, rimando el primero y el cuarto verso, sueltos el segundo y el tercero. Las otras tres estrofas son todas de verso de catorce sílabas; en cada uno de ellos el segundo y cuarto verso riman, el primero y el tercero son sueltos. Ese pues esta pieza, en su estructura, una poesía de compromiso entre la tradición y la libertad, de rima parcial, atada a la disciplina silábica frente al versolibrismo".

---

(1) Aula Vallejo — Simposium — Córdoba.
(2) Monguió — Vallejo: Vida y Obra.

"Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros Atilas,
o los heraldos negros que nos manda la muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Estos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... ¡Pobre hombre!... vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!"

Naturalmente, no es esta la voz desgarrada y desgarradora de "Poemas Humanos", editados posterior a su muerte. Pero, en ella, está anunciado todo el sentimiento de nuestro gran poeta. Constituye, dentro de la frondosa obra de Vallejo, algo así como "el pabellón que cubre el resto del libro".

André Coyné, en sus "Apuntes Biográficos de César Vallejo", publicado por "Mar del Sur", Nº 8 —Diciembre de 1949, Lima— consigna que el poeta, antes de ingresar definitivamente a la vigencia literaria, perteneció a un grupo de intelectuales donde imperaba el modernismo. "Obstaban nombres alegóricos y bautizaban en igual forma a las muchachas de sus amoríos. La del poeta era "Mirtho", que no sólo sirvió de nombre a uno de sus cuentos en "Escalas Melografiadas", sino que también lo inspiró en algunos de los poemas de "Los Heraldos Negros".

Todos estos pasajes de la vida de Vallejo corresponden a la época moza de Trujillo, en cuyo señorial ambiente el poeta había rasgado las primeras páginas del tiempo. Radicado en Lima, adonde había retornado por segunda vez, el poeta se vincula con lo más graneado de la intelectualidad literaria. Conoce a don José María Eguren, Parra del Riego, González Prada —a quien le

dedicara el poema "Los Dados Eternos"—, Abraham Valdelomar, el que dijera de Vallejo que era "un poeta en la más noble acepción de la palabra" y a quien posteriormente vendría a eclipsar su gloria—; a Juan José Lora, Juan Luis Velásquez y a José Carlos Mariátegui. En aquel año, paralelamente aparecían en el país diferentes círculos literarios, como "El Norte" de Trujillo, el grupo de Alberto Hidalgo en Arequipa y el grupo "Colónida" de Lima. César Vallejo rompe con el futurismo en el cual inclusive había devenido el joven Hidalgo y el mensaje altruista de Guillén, inspirados en Walt Whitman. Pues, las audacias poéticas de los dos arequipeños (Hidalgo y Guillén) por más desconcertantes que parecieran y por más sonoras cajas de resonancia por la influencia de la corriente poética mundial en los años de la primera guerra, quedaron opacadas en su afán predicante y egolátrico.

Mas, de acá no es precisamente de donde parte la gloria del inmortal santiaguino. Incomprendido y mancillado por sus propios paisanos, encerrado en una inmunda cárcel y tratado de "burro" por los críticos encasillados de la burguesía, Vallejo logra sobreponerse frente a la vida marchando, con su infortunio bajo el brazo, hacia el éxito triunfal que, sin saborearlo, nos legara como incomparable herencia universal.

Clemente Palma, el hijo engreído de Don Ricardo, el tradicionista, en su oficio de "crítico literario" de la Revista Variedades, en su sección "Correo Franco", 22/9/17, dijo del poeta lo siguiente, a raíz del envío de su poema intitulado "El Poeta a su Amada", escrito por Vallejo el 2 de setiembre de 1917: "El trabajo recibido es un adefesio literario. Resultaría mejor que el autor se dedique al acordeón o la ocarina más que a la poesía". Y sin siquiera morderse la lengua en su insolencia, Palma agregó que: "eran burradas más o menos infectas y que hasta el momento de largar al canasto su mamarracho no tenemos de usted otra idea sino la de deshonra de la colectividad trujillana, y que si descubrieran su nombre, el vecindario le echaría lazo y lo amarraría en calidad de durmiente en la línea del ferrocarril a Malabrigo".

El poema que a continuación expondré en su versión definitiva, ya había sido publicado por "La Reforma", de Trujillo, el 8/9/17:

EL POETA A SU AMADA

AMADA: ¡En esta noche tú te has crucificado
sobre los dos maderos curvados de mi beso!
¡y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado,
y que hay un viernesanto más dulce que ese beso!

En esta noche rara que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.
En esta noche de setiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.

Amada, moriremos los dos juntos;
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura;
y habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.

Y ya no habrán reproches en tus ojos benditos;
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos dormiremos, como dos hermanitos.

Es conveniente anotar que no solamente esta gente como Palma criticó duramente a Vallejo, sino que también otros personajes, como Luis Alberto Sánchez, quien posteriormente surge como "admirador del poeta". Pues el año 1922, al poco tiempo de aparecer "Trilce", Sánchez arremete calificando de incomprensibles y desconcertantes los poemas publicados y se pregunta entonces: ¿Qué ha pasado con Vallejo? Para, posteriormente, según expresas comprobaciones de Monguió, y cuando la gloria del poeta era innegable, acomodarse en el carro de la crítica elogiosa con su trabajo: "Vallejo, Hombre y Poeta Libre", publicado por Cuadernos Nº 30 del año 1958.

Naturalmente, en los momentos donde veníase debatiendo con la muerte el romanticismo y modernismo como cánones de la poesía, la obra publicada por Vallejo insurge como una clara y promisora esperanza de la nueva expresión poética. En aquellos momentos la expectativa crítica recoge el mensaje de Vallejo y le brinda favorables comentarios. No es verdad, pues, como asevera Luis Alberto Sánchez (Monguió, página 56, cita 74) que "Trilce", "fue isla incógnita y repudiada" y que, según Vallejo, "había nacido en el mayor vacío". Las investigaciones concluyentes al respecto demuestran que tal referencia es una falsedad. (Por razones de espacio señalado para este trabajo me privo de anotar las comprobaciones en contrario, publicadas en las Actas del Simposium celebrado sobre el poeta en la Universidad de Córdoba).

Sin embargo, después de la publicación de "Trilce" el año 1922, la situación económica y la ambición del poeta lo empujan a buscar nuevos horizontes. En el curso del mismo año y posterior a la publicación de "Trilce", Vallejo edita dos libros más, en prosa: "Escalas Melografiadas" y "Fabla salvaje". Decide entonces partir del Perú, "a sembrar papas a la huancaína", para estar con la propia expresión del poeta al momento de partir. Llega a París y se enfrenta con una dura y amarga realidad: hambre, desocupación, miseria y angustia. Angustia por la patria lejana y por los nuevos dramas de su vida y de la sociedad a cuyo seno llegara y en la que murió una tarde en la cual tenía "ya el recuerdo".

En la "Ciudad Luz" la vida del poeta es abatida por todo género de calamidades, desde el aspecto económico hasta el político y sentimental. Es entonces que para subsistir tiene que trabajar intensamente, mas sus artículos no son generalmente publicados en la prensa capitalista. Envía variadas colaboraciones a diarios y revistas de nuestra capital, entre ellos a "El Comercio", "Variedades", "Mundial" y "Amauta". Los asuntos que trata son de diferente temática, y es precisamente en esta época donde se puede apreciar a Vallejo en su dimensión de escritor y periodista. Sus crónicas venían cargadas de profunda pasión y dominio del tema que tocaba. Su alma de artista se daba en pleno, también, en esta otra gran virtud del genio creador de indiscutible valor universal en las letras y en la poesía. En una crónica publicada en "Variedades" el 7 de Mayo de 1927, el poeta expresaba, a raíz de aquella influencia del llamado "espíritu nuevo", recogido del viejo mundo, por lo que calificó a su generación en la siguiente forma:

"La actual generación de América no anda menos extraviada que las anteriores. La actual generación de América es tan retórica y falta de honestidad espiritual, como las anteriores generaciones de las que ella reniega. Levanto mi voz y acuso a mi generación de impotente para crear o realizar un espíritu propio, hecho de verdad, de vida, en fin, de sana y auténtica inspiración humana. Presiento desde hoy un balance desastroso de mi generación, de aquí a unos quince o veinte años.

"Estoy seguro de que estos muchachos de ahora no hacen sino cambiar de rótulo y nombres a las mentiras y convenciones de los hombres que nos precedieron. La retórica de Chocano, por ejemplo, reaparece y continúa, acaso más hinchada y odiosa en los poetas posteriores. Así como en el romanticismo, América presta y adopta

actualmente la camisa europea del llamado "espíritu nuevo", movida de incurable descastamiento histórico. Hoy, como ayer, los escritores de América practican una literatura prestada, que les va trágicamente mal. La estética —si así puede llamarse esa grotesca pesadilla simiesca de los escritores de América— carece allá, hoy tal vez más que nunca, de fisonomía propia. Un verso de Neruda, de Borges o de Maples Arce, no se diferencia en nada de uno de Tzara, de Ribemont o de Reverdy. En Chocano, por lo menos, hubo el barato americanismo de los temas y nombres. En los de ahora, ni eso".

Su inquietud social lo condujo por Alemania, Inglaterra, Italia, Austria, Europa Oriental y la Unión Soviética. En la patria de Lenin, en la cual se había operado una profunda transformación socio-económica, y después de recorrer todo el territorio ruso, Vallejo concibe sus grandes crónicas para describir sus impresiones sobre la cuna del socialismo. Publicados en diferentes idiomas sus trabajos recorren Europa y nuestra América, que más tarde vienen editándose bajo el título de "Rusia en 1931" o "Reflexiones al pie del Kremlin" y "Rusia ante el II Plan Quinquenal". Es así como tales trabajos pasan a la posteridad como las mejores e insuperadas crónicas de un gran acontecimiento histórico. En ellas Vallejo relata con lujo de detalles cuanto significa un cambio sustancial en las estructuras socio-económicas de un pueblo que logró su liberación definitiva. Pormenorizadamente explica cada uno de los detalles que en la solución posrevolucionaria acontecen en la nueva Rusia. Así, por ejemplo, se sorprende al encontrar todavía, después de 13 años de instaurado el nuevo régimen, problemas de mendicidad alarmente como el que constata al ingresar a un restaurant particular. "Delante de la puerta de entrada —expresa Vallejo, en la pág. 156 de su relato— hay un haraposo que pasa y repasa mirando ávidamente el interior. Lleva una mano metida dentro de la americana, a la altura del pecho, y su palidez es la de un hambriento o de un enfermo. Los alemanes (que habían estado comiendo en el restaurant) se levantan y se van. Entonces el haraposo penetra de un salto y recoge, como un animal famélico, las migajas y desperdicios de la mesa. Algunos huesos se echa al bolsillo y vuelve a salir, lanzando miradas de loco y devorando a grandes bocados lo que encontró en la mesa.

"¡Espantoso!, le dijo a la komsomolka, es decir a la joven que lo acompañaba como intérprete y que pertenecía a la juventud comunista. Ella le respondió: "Son

los sobrevivientes del régimen zarista. Antes, esta misma escena se veía con frecuencia. Poco a poco estos mendigos van desapareciendo".

"Sin embargo —agrega Vallejo— se me han acercado muchos a pedirme en los pocos días que llevo en Rusia. ¿Cómo me explica usted semejante plaga en una sociedad como el Soviet? Esto es realmente incomprensible.

"El hambriento está junto a la puerta, triturando ruidosamente un hueso, como un perro. Advierto que no despega los ojos de la mesa donde estamos nosotros. Yeva no ha terminado su pastel. Este está casi entero. Las miradas del hambriento sobre el pastel son febriles y casi rabiosas. Nunca he visto ojos tan extraños en mi vida. Hay en la cara de este pobre una avidez agresiva, furiosa, demoníaca. A veces tengo la impresión que va a saltar sobre nosotros y nos va a arrancar de un zarpazo un trozo de nuestras propias carnes. Se ve que tiene cólera. Se ve que nos odia con todas sus entrañas de hambriento. Inspira miedo, respeto y una misericordia infinita. ¡El apetito es, sin duda, una cosa horrorosa!

"Pienso en los desocupados. Pienso en los cuarenta millones de hambrientos que el capitalismo ha arrojado de sus fábricas y de sus campos. ¡Quince millones de obreros parados y sus familias! ¿Qué va a ser de este ejército de pobres sin precedentes en la historia? (Vallejo se refiere a la debacle económica que sufrió el capitalismo). Ciertamente, ha habido en otras épocas paros forzosos, pero nunca el mal ofreció proporciones, causas y caracteres semejantes. Hoy es un fenómeno simultáneo y universal, creciente y sin salida. Los remedios y paliativos que se ensayan, son superficiales, vanos, inútiles. El mal reside en la estructura misma del sistema capitalista, en la dialéctica de la producción. El mal reside en los progresos inevitables de la técnica de trabajo, en la concurrencia y, en suma, en la sed insaciable de provecho de los patronos. **¡La plus-valía!** He aquí el origen de los desocupados. Suprímase la **plus-valía** y todo el mundo tendrá trabajo. Pero, ¿quién suprime la **plus-valía?** Suprimir el provecho del patrón equivandría a destruir el sistema capitalista, es decir, hacer la revolución proletaria.

"Mas, ya que esta supresión no vendrá jamás por acto espontáneo, por un suicidio del capitalismo, ella vendrá, tarde o temprano, por acción violenta de esos cuarenta millones de hambrientos y víctimas de los patronos".

(Es del caso referirnos que sobre este reportaje de Vallejo, toda la crítica conviene en aceptar que es uno

de los más completos relatos sobre el desarrollo histórico de la revolución rusa. El propio autor en una nota preliminar a la edición española expresa lo siguiente: "...Mi propósito es dar en él una imagen del proceso soviético intepretado objetiva y racionalmente y desde cierto plano técnico. Trato de exponer los hechos tal como los he visto y comprobado durante mis permanencias en Rusia, y trato también de descubrirles, en lo posible, su perspectiva histórica, iniciando a los lectores en el conocimiento más o menos científico de aquéllos, conocimiento científico sin el cual nadie se explica nada claramente. Mi esfuerzo es, a la vez, de ensayo y de vulgarización").

La publicación de su obra "Rusia en 1931", le deparó al poeta situaciones personales de carácter político. El sistema capitalista con todos sus gobiernos en todos los países, especialmente en Francia, principia a cerrarle el paso y acosarlo permanentemente. El gobierno de Tardien lo persigue intensamente por sus campañas constantes a favor de la causa de los trabajadores y en contra del sistema capitalista mundial. En esas circunstancias la vida de nuestro gran poeta se tornaba cada día más dura y complicada. Su miseria era tremenda, pero su espíritu revolucionario se había convertido en oriflama para la combatividad a favor de los más pobres y de los más humildes.

Es entonces que viaja a España. Se vincula con la intelectualidad revolucionaria. Logra pulicar su famosa novela "TUNGSTENO", bajo el sello "La novela proletaria", Editorial Cenit. Se basa en la cruel e inicua explotación imperialista de la Northen and the Smelthing Company contra las grandes masas campesinas de la provincia de Santiago de Chuco, su tierra natal, y de otros lugares aledaños. Pues, en Quiruvilca y Shorey, Callacuyán y Samne, aquel consorcio extranjero se había establecido para succionar la riqueza cuprífera del país, dejando en cambio, cadáveres y sangre regados en los socabones oscuros y lagrimeantes, por tanto vida sepultada en el cardenillo verdoso de sus rocas pétreas. Este es el drama que recoge Vallejo y cuyo mensaje continúa tocando los pechos libérrimos de la juventud. En estas páginas crepitantes de rebeldía el autor no esconde su intención social y la define ideológicamente en el personaje inmortalizado de Servando Huanca marchando a organizar a la clase obrera, como un sólido organismo de poder para enfrentarse y parar el abuso y la indolencia de los "gringos hijos de puta" de la Northen and

the Smelthing Co. Describe a la vez, de una sola pincelada literaria, al intelectual dubitativo de la pequeña burguesía y perenniza para el recuerdo de los santiaguinos y de los huamachucos al "agrimensor" Leónidas Benites, quien, después de su larga trayectoria de incondicional servidor de la Northern y fervoroso creyente de la doctrina según la cual son los intelectuales los que deben dirigir y gobernar a los indios y a los obreros, termina poniéndose al lado de la causa de los trabajadores, convencidos de que las frases de Servando Huanca tenían vigencia irrefutable: "había que hacer la revolución y botar a los millonarios y grandes caciques que están en el Gobierno, para ponerlo a éste en manos de los obreros y de los campesinos".

"EL TUNGSTENO" es una de las preclaras obras de la literatura revolucionaria de Vallejo en el género prosaico. Su mensaje anti-imperialista se desliza emocionado en cada una de sus páginas amenas y rotundas por su clarividencia histórica, tornándose en precursora estela de un movimiento insurreccional en el cual los peones de Quiruvilca capturaron el poder por breves días, tras la gesta armada de los obreros y los campesinos del pueblo de Trujillo, conducidos por "Búfalo" Barreto, allende el año de 1932; es decir, un año después de la publicación del libro que hoy nos apasiona. Su nombre perenniza también los días en que la lucha por la vida empujara al joven estudiante santiaguino a trabajar en las agrestes punas de "Pasto Bueno" y "Tamboras", en la dura y peligrosa tarea del minero que perfora la roca endurecida que custodia el tungsteno y cuya explotación venían operando dos viejos amigos y enemigos de un trato: Fermín Málaga Santolalla y Wenceslao Gálvez. A este último personaje, Vallejo dedicó de puño y letra uno de los ejemplares de su primer libro: "El Romanticismo en la Poesía".

La crítica sobre "EL TUNGSTENO", como bien claro lo expresa Monguió, en su feliz trabajo sobre la "Vida y Obra de Vallejo", solamente cumple cometido constructivo cuando penetra en la concepción de la literatura con disciplina filosófica determinada, en la cual eu autor se muestra plenamente convencido. De ahí que en las páginas quemantes de esta obra sólo debería buscarse el trasunto de un mensaje doctrinario sobre un sólido basamento marxista en el cual Vallejo se significó claramente. No otra es la razón para que el inmortal santiaguino enfocara con tanta precisión la problemática de un fenómeno social que bien pudo desorrollarse en el

Perú, motivando caudalosos ríos de insurgencia y rebeldía, frente a la brutal explotación imperialista, bajo la que aún camina prisionera nuestra patria.

Por otro lado, Vallejo incide abiertamente en la praxis revolucionaria del movimiento obrero y campesino, pintando con elegancia y a la vez con crudeza novelística los fracasos de las luchas desorganizadas, aún frente a la pequeña burguesía pueblerina. No cabe duda, pues, que "EL TUNGSTENO" es una gran novela proletaria cuya dimensión ha roto las barreras de nuestro Continente en la medida del tiempo y del espacio y ha penetrado en la conciencia de todos los que anhelan verdaderamente la justicia social. Frente a esta realidad carece de importancia el sentido folklórico y nativista que algunos críticos han pretendido endosar a la obra como basamento fundamental. Lo esencial y permanente está por sobre esos argumentos, que si bien es cierto le sirvieron de inspiración al añorar la patria chica en los momentos de su concepción, no constituyen el fondo de la obra que deviene plenamente en la temática social.

La inmortalidad de Vallejo, empieza en la legendaria tierra de La Libertad y va creciendo como **la sombra cuando el Sol declina,** ya por los caminos de la vieja Europa, muriendo de España, una tarde de la cual tenía ya el recuerdo.

ROGGER MERCADO

Tip "VENUS" S.A.
EDITORIAL - OFFSET
Granados 851 - Lima-Perú